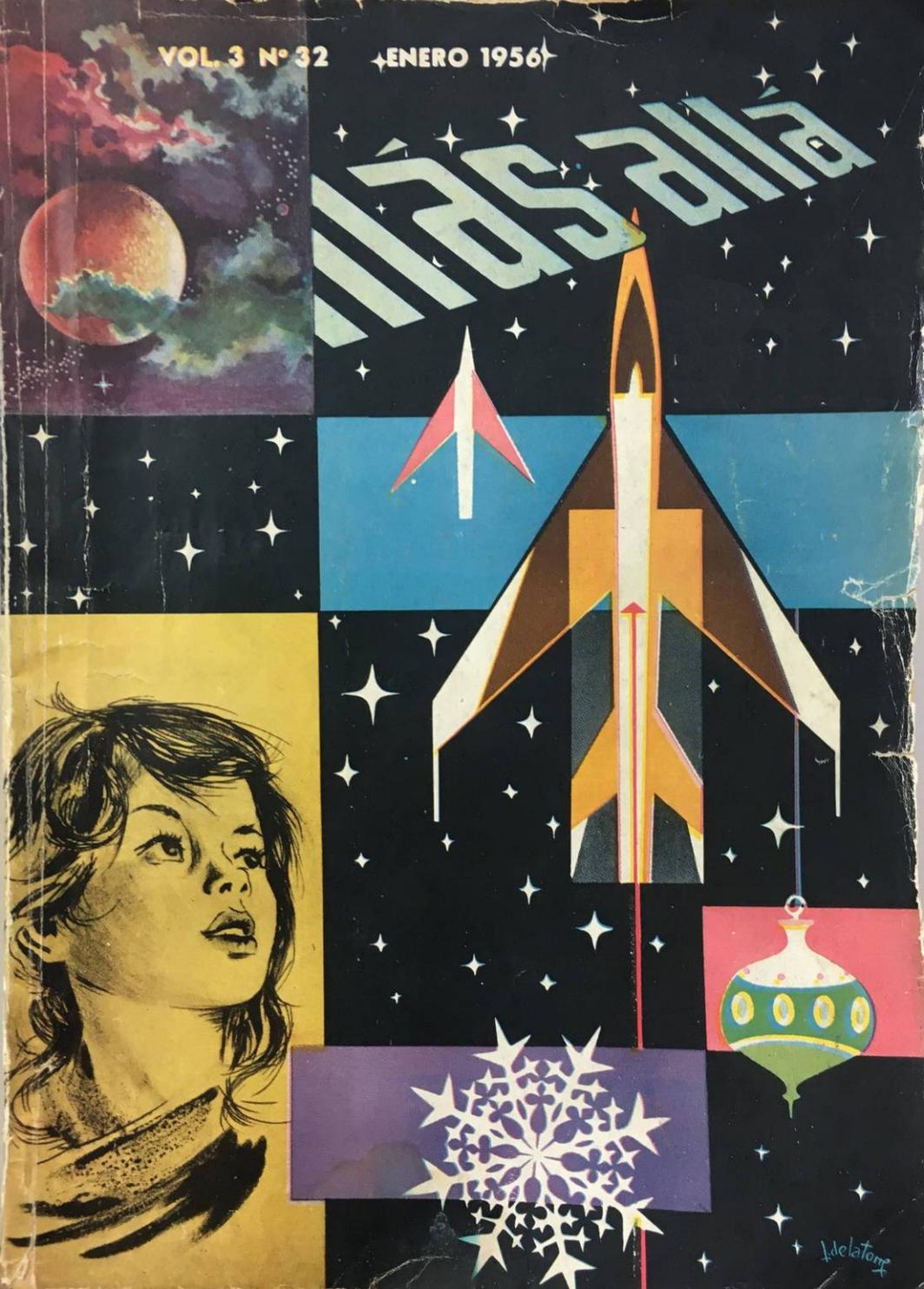


VOL. 3 N° 32

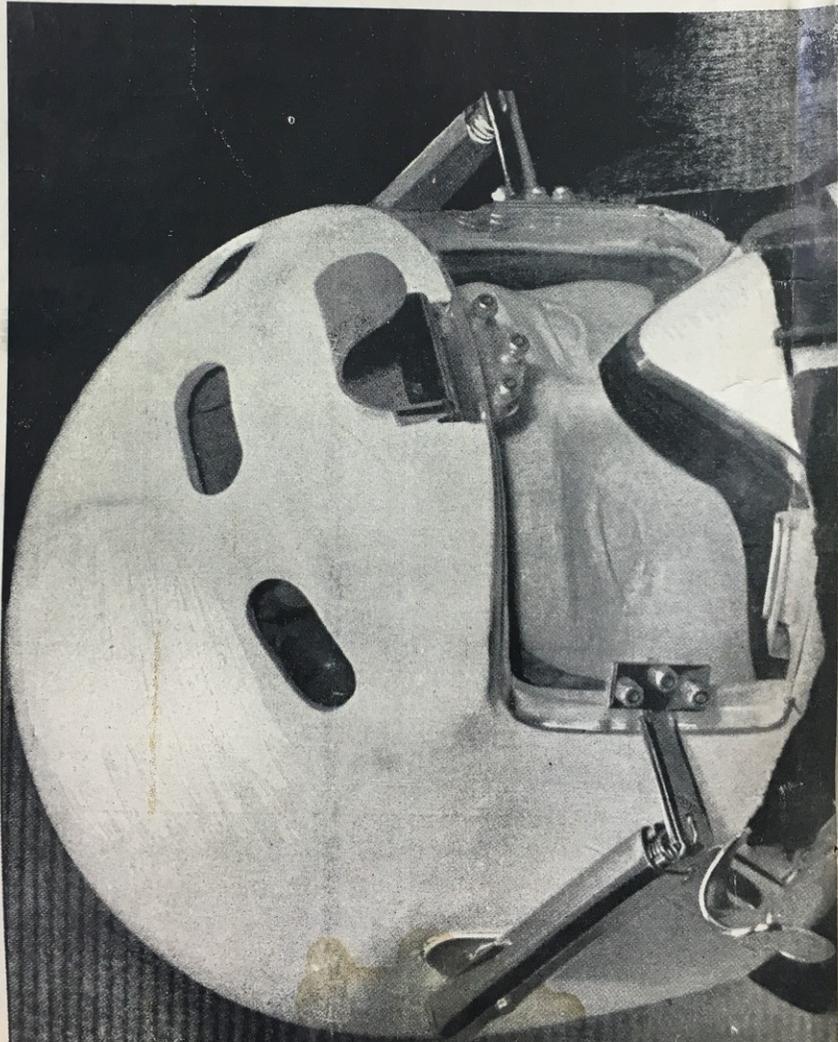
ENERO 1956

Spazio



Idelatore

CASCO PARA ASTRONAUTAS



La aviación norteamericana acaba de dar a publicidad este nuevo modelo de casco para pilotos estratosféricos. Mucho más sólido y liviano que los anteriores, no sólo serviría perfectamente para casco de un traje espacial sino que además está mejor adaptado a los cambios bruscos de velocidad que se experimentarán durante las maniobras de despegue y aterrizaje.

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA
PORTADA

por L. DE LA TORRE

Una visión cifrada
de esperanzas aliena-
ta, hasta los confi-
nes del sistema so-
lar, con su mensaje
de paz.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs As., Rep. Argentina

novela (1ra. parte):

LA AGUJA, por JERRY SOHL

Absorbe vida y el pánico se agiganta. ¿Una victoria de la ciencia o una catástrofe universal? 64

cuentos:

MATE EN DOS JUGADAS, por WINSTON MARKS

La medicina frente al implacable virus del amor 4

EL PLANETA DEL MUERTO, por W. MORRISON

¿En qué punto del infinito acabará el derrotero del astronauta? 39

LA CAVERNA DE LA NOCHE, por J. E. GUNN

La tragedia se cumple con los requisitos científicos más estrictos 49

aventuras de la mente:

EN LA LUNA, por WERNHER VON BRAUN

La III parte de LA CONQUISTA DE LA LUNA, ilustrado por CHESLEY BONESTELL 26

LAS ESTACIONES ESPACIALES MARCIANAS,

por WILLY LEY 23

novedades cósmicas:

ESPACIOTEST 62

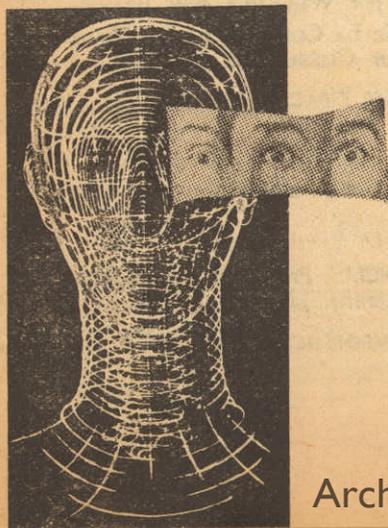
CORRESPONDENCIA: *Proyectiles dirigidos y respuestas científicas* 125

PREVISION E IMPOTENCIAS (editorial) 2

previsión e

HAY varias maneras de contestar a la pregunta: ¿hasta qué punto puede ser previsto el futuro? El hombre común, sin amplios conocimientos de los numerosos y complejos factores técnicos que condicionan cualquier previsión, tenderá a formarse una idea semifantástica del mundo del porvenir, juntándose en su mente elementos diversos, recogidos de lecturas, impresiones, recuerdos, sueños, esperanzas, películas cinematográficas, etcétera. El mundo del porvenir, para el hombre común, es un borroso e incierto conjunto de utópicas realizaciones de sus deseos personales y de mal definidas conquistas técnicas.

Para el experto en F. C., la visión es más clara, y su respuesta tiene caracteres más definidos. El futuro puede ser previsto hasta el punto que nos atrevamos a hacerlo. Nuestra propia capacidad establece los límites de nuestra imaginación. El porvenir imaginado es la extrapolación del presente. Cuanto más se aleja de su base la curva de la extrapolación, tanto más complicada es la previsión, por el creciente número de incógnitas que intervienen, y tanto mayor es la libertad de la fantasía. Cada cual contesta a la pregunta, según su propia capacidad imaginativa y el matiz de las previsiones de cada uno corresponde a sus tendencias personales. Aunque el experto en F. C. sepa perfectamente en qué momento la predicción deja de tener valor científico, por contener demasiados elementos fantásticos, la lógica,



impotencias

la coherencia y la estructuración racional de sus fantasías brindan a la creación ultracientífica un gran poder de convicción y, lo que constituye su real importancia, un encanto sin par.

SIN embargo, la manera seria de contestar a la pregunta arriba indicada no es ni aquella aproximada y caótica del hombre de la calle, ni aquella poética y al mismo tiempo racional del aficionado a la F. C. La verdadera respuesta puede darla solamente el hombre de ciencia. En estos días ha aparecido un libro de un eminente físico inglés, Sir George Thomson (The Foreseeable Future, Cambridge University Press), que representa un intento de trazar ese escurridizo límite entre la ciencia y la fantasía. Sir George se propone describir el estado de la técnica en el año 2050. En el campo técnico, las predicciones son posibles. La revolución científica que ha tenido lugar en los últimos trescientos años, ha permitido al hombre controlar el mundo que lo rodea. El ritmo del progreso se ha ido acelerando, y es natural preguntarse: ¿hasta cuándo? Descartando una catástrofe que ocasione la autodestrucción de la raza humana, Sir George analiza ante todo las limitaciones del desarrollo técnico. Un hecho que no todos comprenden es que la ciencia, al mismo tiempo que representa la base del progreso técnico, determina sus límites. La técnica no puede hacerlo todo. Los hombres suponen que, en vista de los éxitos sensa-

cionales de la tecnología, el ritmo del progreso puede seguir parejo en el porvenir. Tenemos luz en la heladera, por lo tanto podremos viajar a la Luna; tenemos aire acondicionado en el teatro, por lo tanto podremos modificar el clima de nuestro planeta. No es así: hay cosas que no pueden ser, cosas no permitidas por la naturaleza, tal como hemos llegado a entenderla. Las limitaciones del desarrollo técnico están basadas en los "principios de impotencia", es decir, las normas científicas de lo científicamente imposible. La insuperable velocidad de la luz, la conservación de la masa-energía, la segunda ley de la termodinámica ("el orden tiende a desaparecer hasta alcanzar el caos completo"), la limitación en el número y propiedades de los elementos y de las partículas atómicas fundamentales, la imposibilidad de alterar más allá de cierto grado las proporciones de los objetos físicos (el hombre, por ejemplo, no puede crecer más de tanto sin modificar su forma; más allá de cierto punto crítico, sus huesos ya no lo sostendrían: si tuviera el tamaño de la Luna, tendría que ser esférico), etcétera; son éstos algunos de los "principios de impotencia" que limitan la acción humana. Dentro de ellos —es decir, dentro de nuestras reales posibilidades—, podemos sondear el porvenir. Como veremos en el próximo editorial, la sonda científicamente prudente de Sir George Thomson alcanza distancias muy satisfactorias y confortantes para los aficionados a la F. C.

por WINSTON MARKS

ilustrado por ASHMAN

El virus de Murt era espantosamente mortífero, pero nunca en la historia de la medicina se había producido algo semejante: ¡las víctimas morían de amor!

mate en dos jugadas

EL amor llegó un poco tarde en la vida del doctor Sylvester Murt. En realidad, no fué hasta la epidemia de 1961 que su resistencia se quebró. Muchísima gente se enamoró ese año, de modo que nadie prestó especial atención a la dolencia del doctor Murt, salvo otra persona directamente complicada en el caso.

El High Dawn Hospital, donde el

Dr. Murt, de treinta y ocho años de edad, era patólogo residente, no fué la primera institución de su clase donde se tuvo noticias de la plaga. Los primeros síntomas aparecieron en los consultorios particulares, y luego en las pequeñas clínicas donde los médicos enviaban a sus pacientes. Pero mucho antes de que se tomaran algunas medidas, la pla-



ga se había propagado por América del norte y Sudamérica, y comenzaba a infiltrarse en cada continente e isla del globo.

La Dra. Phyllis Sutton, ayudante del Dr. Murt, descubrió una mañana, mientras leía el *Times*, ciertas irregularidades y lo mencionó a su jefe. Se hallaban tomando café en la oficina privada de Murt, después de completar dos biopsias urgentes.

La joven levantó los ojos del diario y dijo:

—¿Alguien tendría que investigar la patología del amor?

MURT echó azúcar en el pocillo de café y la miró. En los seis meses que llevaban trabajando juntos, era la primera vez que decía algo gracioso en su presencia. Hasta ese momento, Murt había aprendido a respetar su tranquila eficiencia, su sobriedad, decoro y dignidad profesional. Es verdad que su uniforme estaba siempre un poco más ajustado que lo necesario y que se negaba a usar zapatos de taco bajo, porque engrosaban los tobillos, pero era sumamente discreta en su maquillaje y arreglo general. De modo que su sorprendente comentario resultó inesperado.

—¿La patología del amor? —inquirió Murt—. ¿Y qué justificaría una investigación de algo que es, evidentemente, un problema de conducta?

—Su naturaleza epidémica y su virulencia en aumento —respondió sobriamente—. Esta primavera las cosas han sobrepasado el límite, de acuerdo con este editorial. Una tradición inofensiva, común a unos cuantos campamentos habitados por gentes sin inhibiciones, se ha convertido en un fenómeno de proyecciones nacionales. Y ahora están apareciendo los efectos secundarios. Los profesores afirman que los colegios no son más que el punto de reunión de los enamorados.

Murt terminó su café y dijo:

—Alégrese de no ser psiquiatra. Ya tiene bastantes problemas con las mutaciones bacteriológicas, sin considerar también imprevisibles perturbaciones emotivas.

Su ayudante prosiguió desarrollando su teoría:

—Dice que las aulas están vacías y las oficinas del Registro Civil no dan a basto, y que los exámenes finales serán un desastre si no se toman medidas. Más aún, las estadísticas demuestran un increíble aumento en los matrimonios que se relizan en edad es-

Murt encogió los anchos hombros, un poco inclinados por su prolongado trabajo junto al microscopio.

—Entonces, alégrese de no ser una partera sobrecargada de trabajo —comentó.

La mirada de la Dra. se irguió por sobre el periódico reflejando un transitorio enojo.

—¿Es que no le importa que cientos de miles de adolescentes estén abandonando sus estudios prematuramente porque no pueden controlar sus glándulas?

—Alégrese, entonces —dijo Murt fríamente—, de no ser endrocrinóloga. Y ahora termine su café. Me parece que el micrófono está funcionando. En unos minutos tendremos los resultados.

La Dra. Phyllis Sutton dobló el *Times* y lo arrojó en el canasto con más vigor del necesario. El problema fue dejado de lado, momentáneamente.

AUNQUE su privilegiada posición en High Dawn resultaba menos lucrativa, el Dr. Murt la prefería a un consultorio privado, al igual que la mayoría de sus colegas. Llegaba temprano al hospital para ocuparse de los análisis de tejido urgentes durante las operaciones matutinas. Las biopsias estaban generalmente listas antes de

las diez, y pasaba el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde controlando el material de la sección de bacteriología y estudiando disecciones postoperatorias de tejidos cancerosos y órganos extraídos en las operaciones.

Era una tarea absorbente e importante, que podía realizarse cómodamente en un día de trabajo, y que le dejaba bastante tiempo para estudiar, leer y descansar. Poco después de su conversión con Phyllis descubrió que el diario vespertino despertaba su curiosidad en forma completamente des acostumbrada.

El alboroto emocional que agitaba a los adolescentes estaba comenzando a preocupar al mundo periodístico. Los reporteros calificaban las estadísticas con una nueva serie de metáforas: alarmantes, descorazonadoras, deprimentes, románticas, asqueantes, alentadoras, según el estado de ánimo y el punto de vista del autor de cada artículo.

Cuando transcurrió junio, el tradicional mes del amor, y pronto se fue yendo julio, las estadísticas revelaron que el tanto por ciento de matrimonios que se realizaban era casi el doble de la cifra más alta registrada hasta la fecha, y que esa cantidad tendía a aumentar asombrosamente.

Mientras joyeros y traficantes en diamantes acumulaban fabulosas ganancias por la venta de cintillos y anillos de casamientos, hasta los miembros del clero y los empleados del Registro Civil llegaban infinidad de solicitudes matrimoniales, religiosas y civiles.

Plazas, playas y teatros al aire libre se colmaban de parejas, y en los parques de diversiones la danza de la fortuna crecía con ritmo enloquecedor en el Túnel del Amor.

Se elevaba el precio de viviendas, muebles y demás implementos domésticos, al mismo tiempo que todo co-

menzaba a escasear. ¡Había locura de compras!

Sin embargo, no todas eran buenas noticias. Las solicitudes de divorcio se apilaban en los tribunales correspondientes, y un número cada vez mayor de titulares periodísticos explotaba los triángulos amorosos de la gente rica o famosa. Los casos de adulterio y de bigamia se quintuplicaron.

Todo el mundo, jóvenes y viejos, se enamoraba, con las inevitables complicaciones de celos, amores contrarios o no correspondidos y la amarga dulzura de los amores imposibles y las situaciones ilícitas, que se multiplicaban día a día.

Los periodistas de tendencias pseudo-psicológicas atribuían la situación a toda clase de causas, desde histeria colectiva provocada por las manchas solares hasta la debilidad de un gobierno que protegía el matrimonio con una excesiva disminución de los impuestos a los réditos.

El creciente interés del Dr. Murt no era enteramente académico. Su soltería no era un accidente del destino, sino una independencia laboriosamente conquistada, por la que pagaba el precio de una incansable vigilancia. A medida que disminuía la cantidad de solteros elegibles, aumentaba su preocupación, y se tornó cada vez más frío con las enfermeras y sus colegas femeninos del hospital.

La profundidad de sus sentimientos se reveló una tarde, mientras él y su ayudante se lavaban las manos después de una complicada disección. Phyllis Sutton observó:

—Holly, de la oficina de personal, me mostró unas estadísticas que estuvo haciendo para satisfacer su propia curiosidad. ¿Sabe que en todo el hospital hay sólo ocho empleadas solteras?

Murt se sacudió las gotitas de agua que le cubrían las manos y gruñó:

—Sí, y todas me han echado el ojo.

Para no hablar de las que están por casarse.

Su ayudante terminó de secarse las finas manos y lo miró con una expresión divertida en los ojos.

—No quiero subestimar sus encantos, doctor, pero yo también soy una empleada soltera. ¿Espero no haber estado molestándolo?

Él la miró, sobresaltado.

—Sí... no, *no*, es claro que no. Me refería a las enfermeras y demás. ¿Qué les pasa? ¡Parecen dispuestas a cualquier cosa con tal de conseguir un marido!

Phyllis se arregló los cortos cabellos oscuros y lo miró por el espejo.

—Le aseguro que los hombres se portan igual. Los internos y cuatro de los enfermeros me devoran con los ojos cada vez que los encuentro.

—¿Supongo que todo esto se relaciona con su teoría de la patología del amor?

—Y usted, ¿qué piensa?

—No pienso. Me limito a esquivar el bulto. Lo mejor que puede hacer es imitarme — le dijo Murt, mientras componía su chaqueta y se ajustaba la corbata.

Phyllis se sentó en el sillón giratorio y cruzó sus esbeltas piernas.

—¿Se enteró de los problemas que tienen en los consultorios externos de la planta baja?

—No, no sé nada — respondió Murt.

PHYLLIS sacó una lima de la cartera y comenzó a retocarse las uñas.

—Las clínicas particulares nos están mandando muchísimos pacientes. No pueden diagnosticar los extraños síntomas que presentan.

—Ya he notado el gran número de análisis con resultados negativos que salen del laboratorio — reconoció Murt —. Pero no he estudiado ninguno de ellos.

—Yo lo hice — dijo Phyllis frun-

ciendo el ceño —. Parece que los consultorios externos se están convirtiendo en una especie de pesadilla psicósomática.

—¿Cuáles son los síntomas?

—En su mayoría neuróticos — respondió Phyllis —. Falta de atención, inapetencia, palpitaciones, sudores fríos y abatimiento.

—¿Por qué no recurren a las clínicas psiquiátricas?

—Están saturadas. Nos envían los pacientes que no pueden atender.

—¿Qué edades?

—Desde la adolescencia hasta la senectud. Quiero que me autorice a hacer un trabajito especial con muestras de sangre.

—¿Otra teoría? —preguntó Murt cáusticamente.

—Sí. ¿Me autoriza para ponerla en práctica?

Murt se acomodó el sombrero frente al espejo y observó que tenía la nariz más brillante que de costumbre por alguna razón desconocida.

—Puede hacer con su tiempo lo que quiera después de las tres de la tarde. Si quiere dedicar menos tiempo a su tesis, ése es asunto suyo.

Comenzó a abrir la puerta y tan sólo entonces se dió cuenta de que no había recibido respuesta. Se dió vuelta y sus ojos se clavaron en el cuerpo de su ayudante, que se hallaba de perfil a él, extendido sobre el sillón y apoyado en tres puntos: los altos tacos, sus curvadas caderas que no ocupaban más que el borde del asiento y la cabeza apoyada en el respaldo. La joven inhaló una bocanada de humo y lo lanzó hacia arriba.

—¡Hurra! — exclamó. Los músculos del abdomen se relajaron con la exclamación, y lo mismo ocurrió con sus bien formados senos bajo la fina tela de su vestido verde esmeralda.

—¡Buenas noches!

Murt cerró rápidamente la puerta

detrás de él y tuvo conciencia de una especie de aguijón que se le clavaba, y que definió como una reacción puramente animal, la primera que experimentaba en quince años.

II

MMURT tomó en seguida un taxímetro hasta el club, donde vivía en un cómodo departamento de tres habitaciones. El edificio de veinte pisos era una ciudadela de la masculinidad — no se permitía la entrada a mujeres — y en los últimos días resultaba un alivio entrar al vestíbulo y dejar atrás el turbulento mundo donde frenéticamente convivían dos sexos.

El pequeño pero lujoso vestíbulo estaba desierto esa tarde. En la pequeña oficina, Crumbley, el empleado, le entregó su llave y volvió a suspirar contemplando las coloreadas páginas del *Esquire* — especialmente la central, donde se veía a una estupenda rubia reclinada en un diván. La expresión del rostro de Crumbley no era, sin embargo, la típicamente constituida por la boca abierta y la mirada lasciva, con la que por lo general respondía a esas manifestaciones artísticas. Los ojos estaban brillantes y la respiración era débil y, si el Dr. Murt no hubiera conocido tan bien la naturaleza cínicamente promiscua del individuo, hubiera jurado que estaba enamorado.

Ya en el primer piso, Murt se puso el equipo de gimnasia y volvió a la planta baja. Tres veces por semana se dedicaba a mantener el estado de sus músculos mediante ejercicios en barras y aparatos. Después se daba una ducha y tras visitar al masajista, se exponía por último a los rayos ultravioleta.

Durante todo este procedimiento no encontró un solo socio. Mientras Charlie, el rubio masajista, lo golpeaba y retorció, Murt reflexionó acerca de la

actividades atléticas.

—¿Estamos perdiendo socios, Charlie? — preguntó.

—Por lo apagado que está esto parece que sí — replicó Charlie —. Pero Crumbley dice que el número de miembros no ha disminuído. Lo que ocurre es que ya no quieren hacer ejercicio. No puedo entenderlo, doctor. Ni con los calores peores que éste se ha trabajado tan poco.

Cuando hubo absorbido todo el castigo que pudo aguantar, Murt se levantó, pasó a la habitación de rayos ultravioleta, puso el despertador a una determinada hora y se tendió sobre la camilla cubierta de papel. Se colocó los anteojos oscuros y pensó satisfecho que no tenía necesidad de ir a la playa por el placer de un poco de sol, y para que una serie interminable de mujeres le tirase arena a la cara con el fin de llamar su atención.

El limpio olor del ozono era muy agradable, el calor de las lámparas le aflojó los músculos y pronto se quedó dormido.

El reloj lo sacó de un sueño perturbador. Estaba cubierto de transpiración y tuvo que darse otra ducha; usó agua helada para disipar el efecto que su propio subconsciente le produjo.

ENVUELTO en la salida de baño regresó a su departamento a vestirse para la cena. Mientras sacaba una camisa limpia del cajón, se sorprendió a sí mismo tratando de calcular qué edad tendría Phyllis Sutton. ¿Veintiocho? ¿Treinta? Parecía más joven, pero ya estaba en su último año de residencia para completar su especialización en patología. Eso significaba más de once años de estudio y prácticas. Era adorable, pero no era ninguna criatura.

Murt tuvo un semi impulso de lla-

marla por teléfono para invitarla a cenar, pero luego se distrajo analizando sus propias reacciones ante la idea. Más de cien pulsaciones por minuto, la respiración agitada e irregular. Los músculos del abdomen estaban tensos y sentía un débil ardor en la boca del estómago.

Recordó la sensación experimentada en su oficina, el sueño bajo los rayos ultravioleta y la transpiración que lo había obligado a permanecer cinco minutos bajo la ducha helada.

Después de tantos años de deliberada soltería, ¿qué le estaba ocurriendo ahora?

Miró el teléfono. Con seis movimientos del dedo índice, el rostro de Phyllis Sutton aparecía ante sus ojos, y de pronto sintió enormes deseos de hacer eso que le parecía tan ridículo.

Después de verla todos los días durante seis meses desde que la habían transferido a Hig Dawn para completar su período de residencia, ahora descubría que, por alguna inexplicable razón, deseaba contemplar su rostro fuera de las horas de trabajo.

—¡Llámalas, cítalas en alguna parte, llévala a bailar, declárate... pero libérate de esta estúpida opresión en el pecho!”, pensaba de pronto, pero luego lo asaltaba una duda que lo mortificaba. ¿Y si ella estaba ocupada, o se negaba a salir con él? ¿Y si estaba comprometida?

El último pensamiento acentuó el ardor en su estómago y terminó de vestirse totalmente deprimido. ¡Al demonio con todo! Esa era su noche de póquer. Si hubiese logrado salir a cenar con su ayudante, hubieran hablado de los problemas del laboratorio. Ese era el motivo por el que disfrutaba tanto de la partida de naipes con otros seis socios del club, ninguno de los cuales era médico. Resultaba un descanso poder apartarse del punto de vista profesional.

No, no sacrificaría eso por ninguna mujer.

Cenó solo, leyó el periódico y a las siete se reunió con sus compañeros de juego; jugó un buen rato, canjeó sus fichas y regresó a su habitación. Con profunda irritación, encontró el número de teléfono de la casa de Phyllis Sutton y la llamó cuatro veces sin que le contestaran.

Decidió probar en el hospital. Phyllis le respondió desde el laboratorio, pero sin que su rostro apareciera en la pantalla. A pesar de eso, su voz y el tono francamente curioso que empleaba le produjeron escalofríos.

—Yo... quería pedirle disculpas por mi grosería de esta tarde — dijo Murt dificultosamente; tenía la boca completamente seca.

Hubo un breve silencio.

—¿Ha estado bebiendo, doctor Murt?

El médico notó que no lo llamaba Sylvester. ¿Por qué tenía tanta necesidad del más pequeño gesto cálido y amistoso de parte de ella?

Se aclaró nuevamente la garganta.

—No, hablo en serio. Se me ocurrió que su interés en el problema era muy lógico y que yo estuve muy torpe en las observaciones que le hice.

—¡Oh! Entonces, ¿supongo que me da permiso para que trabaje con mi proyecto durante el día?

—Así es, mientras eso no perjudique nuestro trabajo en el laboratorio — Sintió que su voz sonaba muy dura, pero estaba fuera de entrenamiento en lo que respecta a complacer a una mujer.

—Gracias — dijo Phyllis secamente, y allí acabó la conversación.

La breve charla telefónica volvió a poner las cosas en su lugar; Phyllis era nuevamente su ayudante, y su importancia como mujer se desvaneció. Ella tampoco se preocupaba por otra cosa que su profesión. En unos pocos años se convertiría en médica residente y demostraba tan pocos deseos de con-

vertirse en una mujer, como él de desperdiciar su tiempo y energías en transformarse en un padre de familia.

MURT siguió los pasos de su ayudante en su proyecto de examinar las muestras de sangre con creciente admiración. Cuando regresaron de la clínica, Phyllis clasificó en seguida los distintos tubos, colocando un diminuto trozo de papel rojo debajo del rótulo de las muestras que correspondían a los pacientes afectados de la nueva y misteriosa enfermedad.

Los técnicos se encargaban de los análisis de rutina: hemoglobina, azúcar, etc., y luego le devolvían los tubos a Phyllis, quien los agrupaba de acuerdo a sus características y dedicaba todos sus minutos libres a examinarlos más detenidamente.

Centrifugó, precipitó, filtró y decoloró una y otra vez, utilizando todos los métodos cualitativos conocidos. Murt autorizó todos sus pedidos de reactivos exóticos y extraños decolorantes. La ayudó a equilibrar la enorme centrifugadora para obtener de ella el máximo de revoluciones por minuto, permitiéndole usar los más costosos filtros del laboratorio.

No tenía mayor confianza en el éxito final, pero pensaba que le daría mucha experiencia. Phyllis tenía que identificar cada organismo que encontraba, estudiar sus efectos conocidos y luego decidir que no podía ser la causa de los extraños síntomas.

Hizo todo esto sin perjudicar las tareas que realizaba con Murt. Cuando éste la necesitaba, ella estaba a su lado, disecando, tomando notas, preparando delicadas secciones y controlando portaobjetos antes de que él los examinase.

En varias semanas agotó todos los análisis conocidos con las primeras muestras.

Un día, después del almuerzo, anun-

ció: “¡Nichts da!” mientras sacaba un cigarrillo aplastado del enorme bolsillo de su uniforme blanco.

Murt la miró y luego, dándose vuelta, se puso a contemplar el jardín a través de la ventana. Era parte de su intensa campaña para impedir una desastrosa repetición de la tempestad emocional que había sufrido el día que Phyllis comenzó su investigación.

—Le vino bien como repaso de bacteriología —dijo—. ¿Conserva las muestras?

—Sí. ¿Pasé algo por alto?

—Nada que pueda solucionarse aquí; pero hay un microscopio electrónico en los Laboratorios Industriales Ebert. ¿Y si intentáramos una microfotografía? Podría tratarse de un virus filtrable.

Murt sabía que ella había considerado esa posibilidad, pero que se resistía a pedirle que hiciera nuevos gastos para proporcionarle el costoso equipo que necesitaba para lanzarse a la caza del virus.

—¡Sería espléndido! — exclamó Phyllis —. No quería pedirselo, pero sería una pena perder todos esos preparados.

III

TRANSCURRIR una semana, en el curso de la cual un boletín del Ministerio de Salud Pública emitió la sospecha oficial de que “la raza humana sufría una enfermedad misteriosa y pandémica que aún no había sido diagnosticada. Aunque los síntomas, como informaban cientos de clínicas, eran relativamente débiles, el efecto general sobre la economía nacional era cada vez más serio”.

“En la industria el ausentismo aumentaba día a día. Las compañías de Seguros se desesperaban ante la frecuencia de los accidentes, calculándose que casi el cincuenta por ciento de la población presentaba síntomas de depresión, insomnio, falta de atención y pérdida del apetito.

"El mutuo consenso de psiquiatras y psicólogos señalaba que la situación creada era la consecuencia de causas patógenas".

El doctor Murt elevó las cejas mientras leía todo esto. Quizá Phyllis Sutton estuviera en lo cierto.

El boletín continuaba: "Se ruega a todos los patólogos clínicos que se mantengan alertas a la presencia de cualquier organismo extraño descubierto al analizar humores y tejidos corporales".

Murt encontró a Phyllis trabajando en el micrófono y le mostró el boletín.

—La intuición femenina se anotó un punto — dijo sonriendo —. Parece que Salud Pública se inclina a estar de acuerdo con su teoría.

—Ahora sí ansío ver esas fotos.

No habían transcurrido dos horas cuando un mensajero trajo las microfotografías y los dos patólogos se inclinaron ansiosamente sobre ellas. Phyllis había enviado dieciocho muestras, seis de las cuales pertenecían a individuos sanos.

Murt murmuraba por lo bajo mientras comparaban los controles con los "ejemplares infectados". Las muestras "sanas" eran relativamente claras, con la excepción de diminutas partículas proteicas. Por el contrario los doce ejemplares sospechosos abundaban en oscuras manchitas exagonales.

Los ojos de Phyllis se agrandaron.

—¡Aquí hay algo! ¿Cree que será el Virus del Amor?

—¿El Virus del Amor?

—Seguro. Ese boletín no habla de los descubrimientos de los psicólogos. Los de la planta baja afirman que los síntomas no son otra cosa que manifestaciones de problemas amorosos.

—¿Volvemos a la patología del amor?

—Nunca la dejé de lado — respondió Phyllis —. Desde el principio pensé que algún organismo aumentaba la actividad glandular. Los excesos emoti-

vos generalmente se originan en glándulas sobre-estimuladas.

—Por supuesto, pero las actitudes mentales pueden influir sobre las glándulas; en realidad, la influencia es mutua. ¿Cómo hace para separar los efectos? ¿Por qué se le ocurrió que todo se debía a la acción de un organismo?

Phyllis se encogió de hombros.

—Era una posibilidad dentro de nuestra especialidad, de modo que me dediqué a averiguar si era cierta. Por lo que vemos en estas fotografías, creo que no puede decirse que he fracasado.

Era una afirmación convenientemente cautelosa, que satisfizo a Murt.

Murt encargó copias de las microfotografías y preparó un informe completo para el Ministerio de Salud.

Esa noche lo sobresaltó un titular del periódico que estaba leyendo: "Dos médicos sospechan una epidemia del Virus del Amor."

AL día siguiente se presentaron tres reporteros, todos con la misma pregunta: "Se dice que usted está haciendo investigaciones sobre el Virus del Amor, doctor Murt. ¿Tiene alguna información que proporcionarnos?"

Murt, indignado, los echó, después de averiguar que alguien en los Laboratorios Ebert había hecho circular la noticia. Phyllis le sonrió cuando despidió al último periodista.

—Todavía rechaza la posibilidad de un Virus del Amor, ¿no es así?

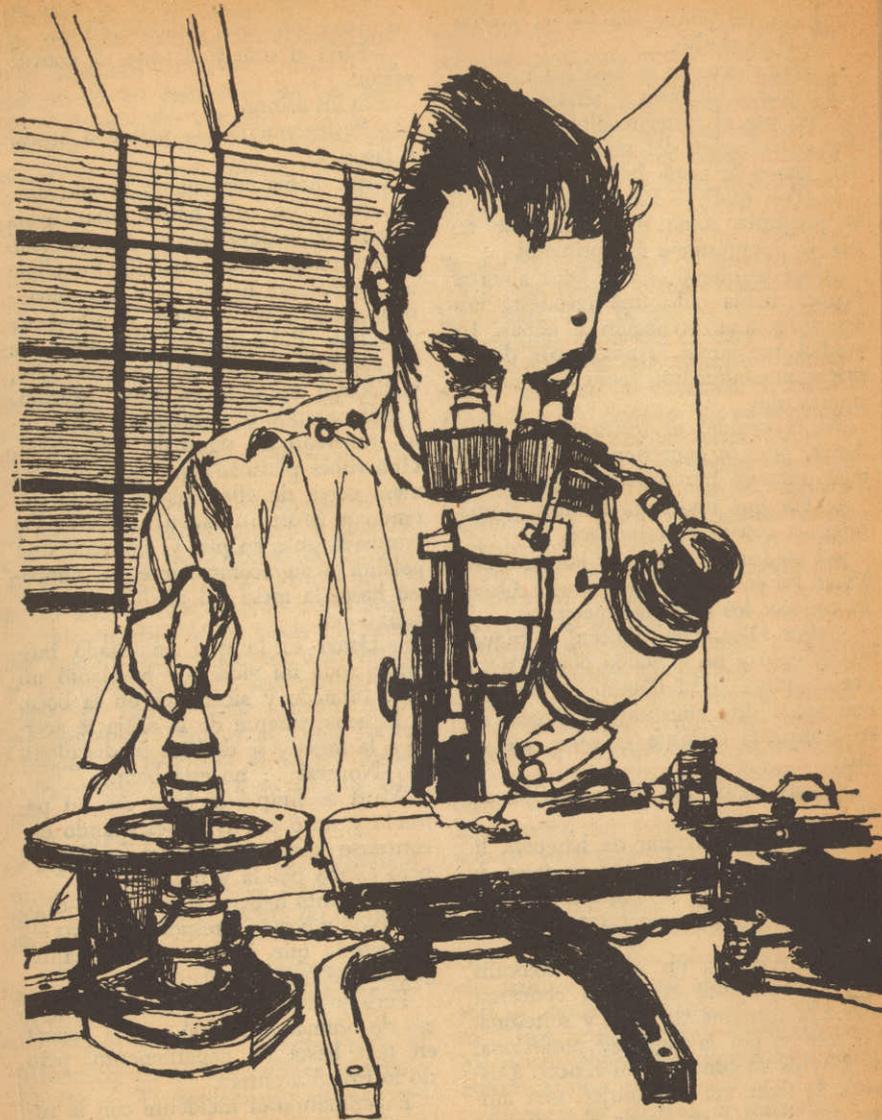
—Me disgusta el sensacionalismo en un problema como éste — respondió Murt.

—No culpe a los periódicos. Están desesperados por poder proporcionar alguna explicación. Su amor por el anonimato sufrirá un rudo golpe si su virus resulta ser el factor decisivo.

—¿Mi virus?

—Es claro. Todo el proyecto se lleva a cabo bajo sus auspicios.

—Escuche, Phyllis, usted hizo todo.



—No se le ocurra mencionar mi nombre. Usted es mi superior y tiene el deber de protegerme de la prensa.

Murt se rindió.

—Esta discusión se anticipa un poco a los acontecimientos — señaló —. Puede ser que el virus resulte una variedad desconocida del sarampión. ¿Tendría ganas de cenar hoy conmigo?

—¿Por qué? — Phyllis le devolvió la pregunta como una pelota de tenis —. ¡Contésteme ésa primero!

Murt se quedó con la boca abierta. Nunca había oído una respuesta tan áspera a una invitación a cenar. Es verdad que jamás se prodigaron demasiadas amabilidades; ¡pero eso ya era demasiado!

Murt estudió el rostro de su ayudante, pero la expresión de ella denotaba pasmosa tranquilidad.

—¿Por qué invita un hombre a una mujer a cenar? — contraatacó.

—Usted no es *cualquier* hombre, Dr. Murt. Ni yo soy *cualquier* mujer. Quiero conocer los motivos específicos.

—¡Por Dios, Dra. Sutton! — Siguió su ejemplo y no la llamó por su nombre de pila —. ¡El hombre es un animal social! Me encantaría disfrutar de su compañía durante la cena, eso es todo.

Phyllis siguió con los ojos fijos en él.

—Si vamos a hablar de baseball, libros o billares, acepto. Si se trata de luz de luna, rosa y lámparas veladas, mi respuesta es un no categórico.

LA disyuntiva en que lo colocaba su ayudante era como concertar una cita con una tía vieja y solterona. Su respeto por la dignidad profesional de Phyllis se convirtió en rencor. Después de todo, era una mujer, una mujer que insistía en llevar el uniforme demasiado ajustado y en usar medias de nylon. ¿Por qué ese absurdo rechazo al sentirse considerada exclusiva-

mente como mujer?

Murt estuvo a punto de desistir en su invitación, pero cambió de idea.

—Elija el sitio y el tema de conversación.

Phyllis asintió.

—Perfectamente, la pasaré a buscar a las siete.

Murt había conseguido lo que quería, pero con una mujer emancipada que no se lo dejó olvidar durante todo el transcurso de la cena. Phyllis eligió un restaurante lujoso, pero tan romántico como una estación terminal de ómnibus. Pidió cerveza en lugar de un copetín, ingirió en silencio un bife, y discutió con el mozo por la adición.

Sólo cuando se preparaban para partir, traicionó un signo de femineidad. Una rubia platinada que ocupaba una mesa cerca de ellos, había estado mirando a Murt insistentemente. De pronto se puso en pie, y, sin decir una palabra a su acompañante, se tambaleó hasta la mesa del médico y ronroneó:

—Usted es lo que he estado buscando toda mi vida — y le plantó un beso húmedo y alcohólico en la boca. El acompañante de la rubia se acercó a la mesa y se deshizo en disculpas.

—No está... no está bien.

Murt se limpió la boca con su pañuelo y miró a Phyllis, esperando encontrarse con una sonrisa sardónica; pero estaba pálida y molesta.

—Lamento haberlo traído aquí — dijo.

—No importa — respondió Murt —. Ya oyó lo que dijo su acompañante.

¿Cree que me contagiare?

Pero su ayudante no estaba en ánimo de bromas. Permitió que la llevara en taxi hasta su departamento, pero no lo invitó a entrar.

Exceptuando el incidente con la rubia y la reacción de Phyllis, la velada resultó un fracaso. Murt se preguntó cómo había hecho para imaginarla cávida y femenina.

IV

A la mañana siguiente, Murt presidió una reunión de especialistas en el hospital, en el transcurso de la cual reveló los resultados de los análisis realizados por Phyllis.

Todos habían leído el boletín del Ministerio de Salud Pública y estaban sumamente interesados en las microfotografías.

Cuando concluyó la reunión, Feldman, el bacteriólogo, y Stitchell, un endocrinólogo, se ofrecieron a trabajar con Murt. Ambos se manifestaron en favor de la teoría de irritación glandular de Phyllis. Murt esbozó un plan de acción. Los dos especialistas estuvieron de acuerdo en resolver su parte del problema en sus respectivas secciones.

La reunión atrasó el trabajo de Murt, de modo que casi no dirigió la palabra a su ayudante hasta concluirlo. Cuando estuvo listo para irse, Phyllis le alcanzó una edición especial del *Times*.

“¡Un médico logra aislar el Virus del Amor!”. El artículo era muy breve y no revelaba nada tan sensacional como el titular hacía prever, pero mencionaba a Murt y al High Dawn Hospital, y describía el nuevo virus. Murt clavó los ojos en Phyllis Sutton.

—¿Usted...?

—Por supuesto que no. Vinieron unos reporteros, pero yo los eché. Les dije que éramos médicos, no estrellas de cine.

—Su nombre no se menciona para nada — dijo Murt con la voz cargada de sospecha.

—Usted firmó el informe para el Ministerio de Salud Pública — señaló Phyllis —. Probablemente el dato lo obtuvieron allí — Le apoyó una mano en el hombro —. No fué culpa suya.

La furia de Murt desapareció ante su gesto amistoso. Cuando Phyllis se

dió cuenta de que él le miraba la mano la retiró rápidamente.

Los días siguientes trabajaron infatigablemente. Recibieron un nota del gobierno acusando recibo del informe y las fotografías, y, luego, un mensaje notificándoles que el virus no había sido identificado. Se deducía de su texto que existía una fuerte posibilidad de que fuera el factor causante de la nueva *malaise*.

MURT comenzó a dedicar más atención al trabajo conjunto del laboratorio. Los periódicos continuaron presentando informes confidenciales, obtenidos quien sabe cómo, y empezaron a referirse al Virus de Murt. El nombre tuvo éxito y el patólogo se convirtió en un hombre famoso.

Phyllis siguió insistiendo en que toda la gloria fuera para él, amenazándolo con pedir el traslado si no cumplía con lo prometido. Murt descubrió que, aparte de la molestia que significaban los reporteros, no era tan desagradable ser famoso.

Viejas fotografías de Murt — desenterradas de quien sabe dónde — comenzaron a aparecer en los diarios. En lugar de censurarlo, la junta directiva del hospital le concedió un substancioso aumento y le dió carta blanca para dirigir las investigaciones. El gobierno le concedió un subsidio para complementar su presupuesto, y el ritmo del trabajo se aceleró.

La ventaja inicial que las primeras investigaciones de Phyllis Sutton le habían asegurado fué mantenida, a causa del tiempo necesario para que circularan los datos contenidos en el informe de Murt y del tiempo adicional que los otros laboratorios emplearon para confirmarlos.

Decenas de jaulas con animales comenzaron a llegar al hospital, así como un nuevo grupo de especialistas. Los Laboratorios Industriales Ebert, pesa-

rosos por haber dejado escapar la primera información, contribuyeron con el microscopio electrónico y Murt designó a Feldman y a un nuevo toxicólogo para estudiar la forma de debilitar o destruir al virus.

Stitchell y un trío de psicólogos de la Universidad del Estado comenzaron a experimentar con monos después que Feldman descubrió que podía propagar el virus en un medio estéril.

El 12 de septiembre de 1961, el doctor Sylvester Murt cayó víctima del virus que llevaba su nombre.

HABIA dormido muy mal y se despertó con una extraña sensación de vacío. Su primer y lúgubre pensamiento fué que Phyllis no estuviera en el hospital esa mañana. Murt le había dicho que fuera a los Laboratorios Ebert y tomara nota de los progresos alcanzados.

Mientras se afeitaba, vestía y tomaba el desayuno, ese pensamiento comenzó a torturarlo. Después de pasarse la mañana mirando alternativamente el reloj y la puerta pudo sobreponerse a su desdicha y analizar sus sentimientos objetivamente.

No era su ayuda lo que extrañaba; tenía mucho personal a su disposición. Lo que anhelaba era su presencia, el sonido de su voz y hasta el rítmico taconeo de sus zapatos sobre el piso del laboratorio.

"Ya empezamos de nuevo", pensó, y se detuvo abruptamente. El sentimiento era similar al que había experimentado aquella noche, pero muchísimo más intenso. El ardor en la boca del estómago era insoportable. Se sorprendió a sí mismo suspirando como un poeta frustrado, y llegó a odiar la puerta por donde Phyllis no aparecía.

Cuando dieron las once y treinta sin que llegara, y sintió náuseas al pensar en el almuerzo, se dió cuenta de que estaba enfermo.

¡Tenía el Virus de Murt!

¿Y ahora qué? El conocimiento de la causa no hacía más llevaderos los efectos, ni impedía que se portara como un tonto. Tendría que controlarse si no quería asustarla.

Al pensar que Phyllis podía abandonarlo par siempre, un dolor agudo y profundo le atravesó el pecho.

Cuando volvió a su oficina diluyó una pastilla de alcohol en agua y la tomó. La sensación de desdicha y ansiedad disminuyó en parte y pudo concentrarse en su trabajo.

Pero cuando por fin oyó los inconfundibles pasos de Phyllis, no levantó la cabeza del microscopio.

—¿Cómo le fué por allá? — tartamudeó.

—Se trabaja muy despacio — respondió Phyllis, dejando caer sus notas sobre el escritorio—. Todavía no han terminado con las sulfas. Aún no hay resultados.

EL alivio de tenerla otra vez a su lado era tan grande que Murt se asustó. Mas le produjo igual placer el comprobar que podía controlarse hasta el punto de no levantar la cabeza y devorarla con los ojos.

—Sylvester — dijo Phyllis a su espalda —, si a usted no le importa, preferiría no volver allá.

—¿Por qué?

Su voz era extrañamente suave.

—Porque... porque... extrañé...

En ese momento apoyó una mano en el hombro de Murt, y éste se sintió recorrido por una violenta descarga eléctrica.

—¡No haga eso! — dijo en tono cortante.

Phyllis dió un paso atrás.

—¿Qué pasa, Sylvester?

El trató de aclarar la confusión que reinaba en su mente y llegó a la conclusión de que tenía que decirle la verdad.

—Porque tengo el virus — dijo con voz apagada —. Y el objeto de mi afecto — o de mi infección — es *usted!*

—¡Oh, Sylvester! La rubia del restaurante... — el rostro de Phyllis estaba pálido pero su voz se mantenía serena —. ¿Prefiere que me vaya?

—¡No, por Dios! Eso agravaría los síntomas. Quédese conmigo y pórtese como siempre. No la molestaré. Si llego a tocarle un dedo, no vacile en tirarme con lo primero que encuentre a mano.

—¿Se hizo hacer un análisis de sangre?

—No hace falta. Tengo todos los sin...

Se interrumpió al darse cuenta de que había dado por sentado que el nuevo virus era la causa de sus sentimientos. Desde el punto de vista clínico no había nada que lo demostrara. Lentamente se levantó la manga de la camisa hasta más arriba del codo. Empapó un trozo de algodón en alcohol y se lo pasó por la vena.

—Muy bien, Phyllis, usted es el médico. ¡Adelante!

AL atardecer, Murt comenzó a entender los motivos del aumento de los accidentes, el ausentismo y demás efectos sociales de la epidemia. Phyllis Sutton ocupaba constantemente su mente. Evitaba deliberadamente mirarla. Pero tenía conciencia de cada uno de sus movimientos, de la suavidad de su mano al alcanzarle un portabojos, de su perfume.

Cuando Phyllis salía de la habitación, Murt aguardaba impaciente su regreso, tratando de imaginar qué estaría haciendo. Le resultaba relativamente fácil controlar sus actos. Todo lo que tenía que hacer era analizar cada cosa que le decía, censurar cada palabra, inflexión y tono de voz y, como le daba continuamente la espalda, podía impedir que sus ojos se clavaran

en su perfil y en la curva de sus caderas debajo del ajustado cinturón.

Se mantuvo constantemente ocupado para impedir que la desdicha hiciera presa en él, pero, cuando partió para el club, la depresión lo rodeó como una niebla otoñal. Al llegar se detuvo en el bar.

Curly, el barman, lo miró con curiosidad cuando pidió un whisky doble.

—¿Mucho trabajo en el hospital? — preguntó Curly.

Murt notó con envidia su expresión tranquila y despreocupada. Asintió.

—Mucho trabajo. Supongo que usted habrá observado lo que pasa. Mucha gente se dedica a ahogar sus penas en estos días, ¿no?

Curly miró el reloj.

—Ya lo creo. Dentro de media hora esto estará lleno de gente. ¡La epidemia va a agotar las destilerías si no termina pronto!

—¿La bebida los ayuda?

—Un poco, parece. ¡Es algo tremendo! Todo el mundo se enamora de quien no debe. Bueno, no todos, por supuesto. Mi esposa, por ejemplo; la agarró fuerte, pero le dió por seguir enamorada de *mí*. Todavía podría ser peor.

¿QUE quiere decir? — preguntó Murt.

—Quiero decir que tampoco es muy divertido para una mujer que se enamora de su propio marido, como la mía. Es el problema de los celos. Cada vez que salgo se queda sentada en casa, torturada por la idea de que le soy infiel. Me llama por teléfono seis veces por hora. No me animo a ir con ella a ningún lado. Cada vez que aparece otra mujer comienza a preocuparse. Pero soporto todo con paciencia porque Kate ha sido siempre una esposa maravillosa. Eso es lo que pasa con la mayoría de los matrimonios. Algunos maridos se hartan y comienzan a bus-

car otra cosa. ¡Y entonces el virus los pesca a ellos, y la secretaria tiene que cambiar de empleo!

—Pero no es culpa de Kate — expresó Murt con énfasis.

—Ya lo sé — Curly se encogió de hombros —. Pero no todos quieren reconocerlo. ¿Conoce a Peter, el ascensorista? El y su mujer se lo pescaron. Durante un tiempo todo anduvo bien. Pero supongo que al final la estricta vigilancia que ejercían el uno sobre el otro los volvió locos. Ahora no pueden vivir separados, pero cuando se reúnen es un infierno.

La moraleja del relato de Curly fué una revelación para Murt. Había supuesto que la desdicha surgía principalmente en los casos de amor no correspondido, como el suyo propio, pero era evidente que la enfermedad magnificaba también los aspectos penosos del amor mutuo. Los celos eran un problema común a todo matrimonio, de modo que resultaba bastante lógico suponer que los tribunales de divorcio estaban tan atareados como las oficinas del Registro Civil.

LO alivió un poco sumergirse en problemas ajenos, pero, después de otro whisky doble, regresó a su departamento y la desesperación volvió a apoderarse de él. El deseo de llamar a Phyllis por teléfono era casi incontralable, aunque sabía que no era oír su voz lo que deseaba. Se vistió y fué a cenar. El cocinero del club siempre le había parecido una maravilla, pero esa noche todo lo que probó tenía un gusto insoportable.

Luego volvió al bar y bebió demasiado, pero, con todo, tuvo que tomar un sedante para poder dormirse completamente.

A las diez se despertó atontado. El teléfono sonaba insistentemente. Era Phyllis Sutton, y su voz denotaba una aguda preocupación.

—¿Está usted bien, Sylvester? Durante unos instantes lo dominó el efecto de la bebida, pero luego se recobró.

—¡Buenos días! Estoy *perfectamente bien* — gimió.

—Stitchell y el nuevo toxicólogo piensan que han descubierto algo.

—Yo también. El alcohol no soluciona nada.

—Esto es en serio. Parece que sus sospechas con respecto a las sulfas eran ciertas.

—Estaré allí dentro de unos minutos — dijo Murt —, en cuanto me ampute la cabeza.

—Venga al zoológico. Lo espero.

La perspectiva de un remedio para su enfermedad terminó de despejar la mente de Murt. Se vistió rápidamente y partió ansioso por llegar.

V

SE dirigió directamente a los sótanos del hospital, donde se encontraba el zoológico. Un grupo de especialistas, incluyendo a Phyllis, Peterson, el toxicólogo y Feldman, lo aguardaban. Un rápido vistazo a las jaulas de control le demostró que los monos infectados no habían experimentado ninguna mejoría. Machos y hembras se apartaban en parejas, muy apretados, llorosos y decaídos. Cada pareja contemplaba sospechosamente a las demás. Era evidente que aún aquí existía el problema de los celos, y Murt apartó los ojos de los desconsolados rostros de los monos enfermos.

Pero había otra jaula en la que los monos se comportaban normalmente. Comían y jugaban felices. Feldman sonrió satisfecho.

—Tuve que probar un nuevo derivado, Sylvester, pero su sugestión sobre las sulfas tuvo éxito.

—No sabía que habían logrado producir los mismos síntomas en monos

—dijo Murt.

—Pero si yo misma le dije ayer... — Se interrumpió al comprender por qué el médico no recordaba.

Peterson exclamó:

—¡Nunca vi un remedio que actúe tan rápidamente! Y hasta ahora no hay rastros de un efecto tóxico.

—Los tejidos glandulares deben absorberlo de inmediato — añadió Feldman —. Casi no tiene tiempo de reducir el contenido de virus.

Murt murmuró algunas palabras de felicitación y se alejó. Phyllis lo siguió hasta su oficina.

—Consígame el remedio y las notas sobre las dosis que fueron administradas — ordenó Murt.

—Perfectamente. Pero ¿por qué no averiguó?... Dr. Murt, ¿usted no piensa hacer de conejillo de Indias?

—Y ¿por qué no? — preguntó Murt roncamente.

—Pasarán semanas antes que podamos saber si es inofensivo — protestó Phyllis, horrorizada.

—No tenemos semanas. La gente está desesperada. Y esto es contagioso.

Murt pensó que con eso no lograría convencer a Phyllis y que ella trataría de protegerlo de sí mismo.

Pero Phyllis no lo hizo. En cambio, la expresión de su rostro se tornó comprensiva, y algo más que Murt no quiso identificar.

—Vuelvo en seguida — dijo la joven.

MURT sintió que la presión en la cabeza descendía a la nuca y luego al resto de su cuerpo. La deseaba tanto, que le resultaba difícilísimo sobreponerse a su necesidad de seguirla a todas partes. Phyllis regresó al cabo de unos minutos con una botella de 500 c. c., llena hasta la mitad de un líquido lechoso.

—¿Por vía oral? — preguntó el médico.

Phyllis asintió.

—Quince centímetros cúbicos para los monos.

La joven sacó un pequeño vaso picudo y una probeta de un armario y los colocó delante de él. Murt volcó 50 c. c. en la probeta y luego los pasó al vaso.

—¿Qué nombre le pusieron?

—Sulfatetradina — replicó Phyllis —. Pertenece a la serie que Peterson estaba estudiando. Aún no tenemos datos fisiológicos sobre su acción. Todo lo que sabemos es que inhibe al virus en cultivo. Por eso lo probaron con los monos.

Murt se llevó el vaso a los labios. Estaba haciendo algo contra todos los principios científicos. Se asombró de que Phyllis se mantuviera en silencio mientras bebía el líquido. Oyó un ruido. Se dió vuelta y vió que la joven se llevaba la probeta a los labios; contenía una cantidad igual de sulfatetradina.

—¿Qué está haciendo? — gritó Murt —. No necesitamos un control.

—No soy un control — dijo la joven suavemente —. Hace meses que tengo el virus.

Murt no pudo creer lo que oía.

—¿Y cómo lo sabe?

—Una de las primeras muestras de sangre que analicé, era mía. Usted la vió. Era uno de los doce resultados positivos.

—Pero los síntomas... usted no mostró...

—Gracias — respondió la joven —. Ayer empecé a perder el control, pero nadie se dió cuenta. Lo que pasó, es que el objeto de mi fijación es usted, y cuando me dijo que usted también estaba enfermo, yo...

—¿Su fijación? — La probeta resbaló de entre sus dedos y se estrelló contra el piso —. ¿Usted está enamorada de mí?

Phyllis dejó caer los brazos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Patológicamente o como sea, des-

de antes de empezar mi investigación.

Un segundo después se abrazaban estrechamente.

—Phyllis, Phyllis, ¿por qué no me lo dijiste?

PHYLLIS apretó su boca contra la del médico y sus dedos se hundieron con fuerza en los hombros de Murt. El la apretó aún más para tratar de llenar el vacío que sentía en el pecho. Durante un largo instante, el descubrimiento de que su amor era correspondido y el contacto físico con su cuerpo tenso, disiparon su tremenda soledad.

Cuando sus labios se separaron, ambos suspiraron.

Pero no tenía sentido. Era como tratar de calmar un picadura irritando la piel con las uñas. El alivio era sólo momentáneo, y dejaba la herida más abierta que antes. Aunque estuvieran casados, no era un amor normal. ¡Era el maldito virus!

Pero no se podía discutir con Phyllis; Murt trató de explicarle, pero ella se negó a entender. Su control había sido extraordinario, pero, cuando el dique se vino abajo, fué imposible detener el flujo de sus sentimientos. Y ni Murt mismo estaba convencido del todo. Era imposible que algo tan maravilloso quedara en la nada. Maldijo su soltería. ¡Todos esos años desperdiciados, perdidos!

Ya eran las seis de la tarde cuando llegaron al departamento de Phyllis. La oficina del Registro Civil estaba repleta. Pasaron horas esperando que llegara su turno ante el Juez, con las manos entrelazadas como un par de colegiales, bebiendo el elixir del amor con una sed insaciable.

Phyllis fué la primera en dar signos de la tremenda tensión de las últimas horas. En el taxi, después de la ceremonia, soltó la mano de Murt y enjugó el sudor que le cubría la frente.

Luego, en el ascensor, Murt sintió

que él también se aflojaba. La alquimia de los sentimientos apasionados experimentados sin interrupción durante tanto tiempo, los había agotado.

Phyllis lo miró sorprendida cuando introdujo la llave en la cerradura.

—Sabes, tengo hambre. Me muero de hambre. Me muero de hambre... Por primera vez después de tantos meses.

Murt descubrió que su propio estómago acusaba una exigencia igualmente prosaica.

—Tendríamos que haber comido algo en el camino — dijo, al recordar que ni siquiera habían almorzado.

—¡Bifes! Tengo unos exquisitos en la heladera — exclamó Phyllis. Se quitaron las chaquetas y entraron en la cocina. Phyllis señaló el aparador —. Pon la mesa. La comida estará lista dentro de cinco minutos.

PHYLLIS se puso un gracioso delantalcito y exploró la heladera en busca de la carne y algo para acompañarla. En pocos minutos un delicioso olorillo comenzó a salir de la cocina.

—El café estará listo en seguida — anunció —, así que es mejor que nos sentemos a comer.

Comieron en silencio, vorazmente. Murt había olvidado el placer puramente animal de satisfacer un apetito y lo mismo, según parecía, había ocurrido con su esposa.

¡Esposal! El pensamiento lo sacudió. Sus ojos se encontraron por encima de la mesa y Murt comprendió que ella pensaba lo mismo.

¡La sulfatetradina!

Dejaron de sentir apetito. Bebieron el café en silencio y se miraron.

—Me siento mejor — dijo Phyllis.

Yo también.

—Quiero decir... me siento distinta.

Murt examinó su rostro. Era nuevo. La tensión había desaparecido y ahora

veía una cara hermosa, labios suaves y ojos inteligentes. Pero la expresión de esos ojos era amistosa.

Y no despertaba en él más que una leve sensación de placer, el placer de contemplar una hermosa pintura o un crepúsculo perfecto. Una plácida armonía de orden intelectual se estableció entre ambos, produciéndoles un letargo físico. Hablaron libremente de sus sensaciones, de los efectos hiporenales, y se asombraron al descubrir que la droga no producía reacciones desagradables. Decidieron que, hasta ese momento por lo menos, la sulfatetradina era un éxito milagroso. Murt pensó que tenía que volver al hospital a redactar el informe correspondiente.

Phyllis se mostró de acuerdo y se ofreció a acompañarlo, pero Murt le aconsejó que durmiera esa noche. El día siguiente iba a ser agotador.

Después de trabajar cuatro horas, Murt llamó un taxi y, sin la menor vacilación, le dió la dirección de su club. Tan sólo cuando se metió entre las sábanas recordó que ésa era su noche de bodas.

Por mutuo acuerdo, el matrimonio fué anulado al día siguiente.

Feldman y Peterson recibieron entusiasmados las noticias sobre la eficacia de su droga, pero se horrorizaron al saber que Murt había hecho el papel de conejillo de Indias. Como de costumbre, Phyllis insistió para que no se la mencionara.

DESPUES de una semana de cuidadosa observación, uno de los monos fué cloroformado y un ejército de especialistas estudiaron uno por uno sus tejidos. Las muestras de sangre estaban libres del virus, así como las que se tomaron de la sangre de Murt. No observaron efectos deletéreos, de modo que los resultados se dieron a publicidad a través del Ministerio de Salud Pública.

Un día antes de Navidad, el Dr. Sylvester Murt observó los primeros síntomas de una recaída o, quizá, una nueva infección. Las últimas semanas habían transcurrido placenteramente, dedicadas a ulteriores investigaciones de la enfermedad que lo había hecho famoso, de modo que casi no había tenido tiempo de reflexionar sobre su propia experiencia.

La sulfatetradina había sido oficialmente proclamada como el único remedio contra la enfermedad, y se producía por millares de toneladas para el consumo interno y para su exportación a todos los rincones del globo. La prensa había dedicado a Murt sus más calurosos elogios. Era un héroe internacional.

Notó los primeros signos de un nuevo ataque a las tres y media de la tarde, en el momento en que Phyllis Sutton se preparaba para partir. Ella se detuvo en la puerta, le sonrió cálidamente y dijo:

—¡Feliz Navidad, doctor!

El la saludó con la mano, y, mientras la puerta se cerraba, sintió un terrible ardor en la boca del estómago. La molestia desapareció y Murt no quiso prestarle atención.

Recorrió en taxi las atestadas calles del centro una hora antes del cierre de los comercios. Llegó a un momento en que el tránsito se hizo tan denso que fué imposible seguir avanzando. Como estaba solamente a seis cuerdas de su club, Murt decidió seguir caminando.

Una parte de su estrategia para conservarse soltero había consistido en ignorar la Navidad y otras ocasiones similares, cuando la soledad obliga a más de un hombre a sacrificar su independencia. Pero ahora era imposible no ver los copos de nieve, la gente alegre cargada de paquetes y el Santa Claus que hacía sonar sus cantarinos cascabeles en la esquina.

Se detuvo frente a una vidriera lujosamente adornada.

Un par de brillantes medias de nylon, casi invisibles, llamó su atención.

Pensó en Phyllis y, siguiendo un impulso, entró en la tienda y compró un par. De nuevo en la calle, contempló el diminuto envoltorio rodeado de cintas y moños, y se decidió a aceptar la existencia de los viejos síntomas: temblor, tensión y el terrible ardor en la boca del estómago.

¡Recaída!

Caminó lentamente tres cuadras antes de encontrar un taxi. Dió al chófer la dirección de Phyllis, y se hundió en su asiento, sintiéndose muy débil. ¿Y si no la encontraba? Era Nochebuena. Lo más probable era que hubiera ido a visitar a algún pariente o amigo.

Pero no fué así. Phyllis respondió a sus impacientes golpes en la puerta, y la cordialidad brilló en su sonrisa.

—¡Sylvester! — exclamó — ¡Feliz Navidad! ¿Eso es para mí? — preguntó indicando el paquetito que Murt retorcía en las manos.

—¿Feliz? Vine a prevenirle que usted también puede sufrir una recaída. Yo ya he comenzado.

Phyllis lo hizo pasar, lo obligó a que se quitara la chaqueta y se sentara antes de responderle. El departamento era acogedor, con un arbolito decorado junto a una ventana. La joven se sentó junto a Murt.

—Mire lo que hice... siguiendo un impulso — dijo Murt y dejó caer el paquete sobre la falda de su ayudante —. Eso es lo que me hizo dar cuenta de lo que me pasaba.

Phyllis abrió el paquete y miró a Murt de reojo.

El médico continuó con voz triste.

—Las vi en una vidriera. Me hicie-

ron pensar en usted y en ese momento empezó la recaída. Traté de engañarme diciéndome que sólo le estaba comprando un regalo como prueba de mi... estimación, pero los síntomas son innegables.

ERA evidente que Phyllis no quería reconocer la seriedad de la situación. "Su sonrisa era fatua", pensó Murt, "adorablemente fatua".

—¿No se da cuenta de lo que esto significa? — preguntó el médico —. Feldman y Peterson demostraron un hecho muy descorazonador. La sulfatetradina se deposita en las glándulas, de modo que una persona no puede tomar más de una dosis. Esta recaída significa que debemos encontrar otra droga, tan eficaz como la anterior.

—¡Piense, doctor Murt! Piense un minuto — pidió Phyllis.

—Que piense, ¿qué?

—Si la sulfa se deposita en las mismas glándulas que debe proteger, ¿cómo es posible que usted sufra una recaída?

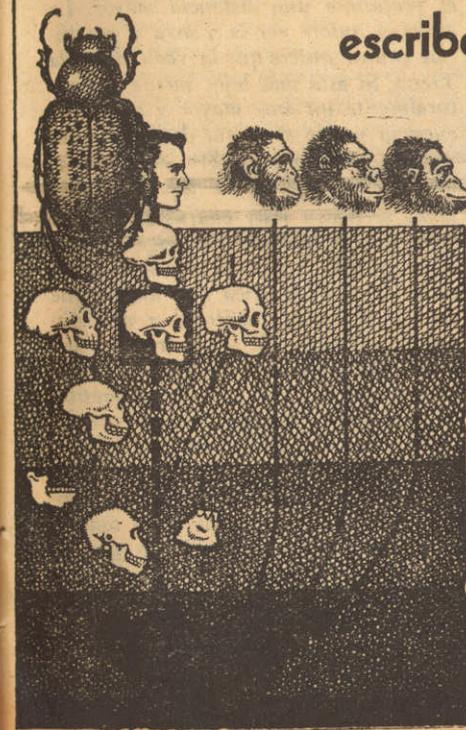
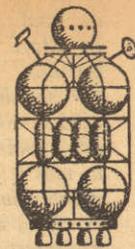
A Murt le dolían los brazos en su esfuerzo por impedir que rodearan a la joven.

—No sé. Todo lo que sé es lo que siento. En cierta forma ahora es peor, porque...

—Ya lo sé — dijo Phyllis y, perversamente, se acercó aún más a Murt —. Mi recaída comenzó el martes pasado cuando le compré una corbata para Navidad. En seguida envié una muestra de sangre a los Laboratorios Ebert. ¿Y sabes cuál fué el resultado?

—¿Cuál? — preguntó Murt, desconcertado.

—Negativo. No tengo el virus de Murt — Phyllis le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho —. Lo que me pasa tiene que ver directamente con Murt.



escribe

WILLY LEY

LAS "ESTACIONES ESPACIALES MARCINAS"

DE vez en cuando, digamos unas cinco veces por año, recibo alguna carta en la que se me pregunta acerca de las dos pequeñas lunas de Marte y si podrían o no ser estaciones espaciales de los Marcianos. Algunas de las cartas son capciosas, otras hacen las preguntas con honestidad, y hay siempre más de una que inevitablemente da por sentada la naturaleza artificial de las lunas, preguntándose si es cierto que desde los observato-

rios terrestres se está practicando un detenido estudio fotográfico destinado a poner en claro las "operaciones" que se intenta realizar desde ellas.

Mi respuesta es, naturalmente, siempre la misma; a saber: que Deibos y Fobos son lunas de verdad y no estructuras artificiales, aunque los marcianos, si es que existen, podrían hacer buen uso de ellas como estaciones espaciales.

Pero mis corresponsales no se contentan con la respuesta, y más de una vez me llega una segunda carta que dice: ¿Son nuestros telescopios lo suficientemente buenos como para percibir los detalles y poder asegurar sin lugar a dudas que son lunas artificiales?

Pues no. Esas lunas están demasiado lejos de nosotros (alrededor de 55.000.000 de kilómetros cuando están más próximas) y son demasiado pequeñas (sus diámetros son 12 y 10 kilómetros respectivamente) como para que podamos examinar telescópicamente su superficie. Pero eso no abona nada en favor de la artificialidad de sus estructuras, y aun cuando fuera cierto que Marte está habitado por seres inteligentes, la idea tendría que ser igualmente rechazada.

Para comprender el problema examinemos por nuestra cuenta los principios que deberán ser aplicados cuando a nosotros nos llegue el turno de poner una estación espacial alrededor de la Tierra.

La primera cuestión será situarla bastante lejos de la Tierra, de manera que su movimiento no se retarde por la resistencia del aire. En el caso terrestre, con 400 kilómetros por encima del nivel del mar será suficiente, y la misma cifra puede utilizarse para Marte.

La segunda consideración que hay que tener en cuenta es el costo de la colocación de la estación en el espacio,

del transporte de suministros y del mantenimiento de un contacto más o menos permanente. Levantar un kilo de cualquier materia hasta un metro de altura gasta cierta cantidad de combustible, y para el caso es lo mismo que sea de oxígeno o de hierro. Levantarlo a 400 kilómetros de altura es todavía más costoso. En resumen, cuanto más lejos coloquemos la estación, su mantenimiento será más caro, si bien es cierto que los primeros 400 kilómetros cuestan más que los 1.500 que pueden seguir. De manera que cuanto más cerca se pueda tener la estación, tanto mejor será en lo que a economía de combustible se refiere.

Pero el problema no es tan simple como eso.

Porque cuando se trata de los usos que puede tener una estación espacial, es preferible una distancia mayor. La estación quiere ver la Tierra y por varias causas quiere que la vean desde la Tierra. Si está más lejos puede ver naturalmente un área mayor y en consecuencia puede ser vista desde una superficie más amplia. Sin embargo, si uno se va demasiado lejos, los detalles se hacen muy confusos; lo ideal sería que el planeta de origen apareciera grande y llenara unos 130° de cielo, la cual significa que habría que colocar el satélite artificial a una distancia no mayor de un cuarto del diámetro del astro primario. Siendo el diámetro terrestre de 12.640 kilómetros, colocaríamos nuestras estaciones espaciales entre los 400 y los 300 kilómetros de distancia.

La altura precisa entre ambos límites tendría que ser establecida todavía por otra consideración: Dado que la estación sería controlada con mucha precisión desde la Tierra, es conveniente colocarla a una distancia tal que su período natural de revolución alrededor del planeta sea una fracción par del de rotación de la tierra. Esta es la

razón por la cual Von Braun quiere que su estación esté a 1.720 kilómetros de altura, dado que esa distancia produce una revolución cada dos horas. También ésa es la razón por la cual yo propongo, para el primer satélite no tripulado, una distancia de 560 kilómetros, que produciría un período de una hora y media.

Claro que hay una órbita de 44 horas a 35.680 kilómetros, donde el período de revolución es igual al de rotación de la Tierra; pero una órbita tan alta no tendría casi ningún uso, salvo para la radiotelefonía y la televisión. Para poder cubrir todo el planeta desde una sola emisora, se necesitarían tres estaciones espaciales sobre la misma órbita y a una distancia de 120° entre sí.

Ahora que hemos aclarado estos datos, veamos qué es lo que han hecho los "ingenieros" marcianos.

Las estaciones espaciales de ellos no deberían estar a más de 1.680 kilómetros de distancia (un cuarto del diámetro de Marte) ni a menos de 240 kilómetros. Una distancia útil serían

los 960 kilómetros. Moviéndose a unos tres kilómetros por segundo, la estación necesitaría un décimo de día marciano para realizar una revolución completa.

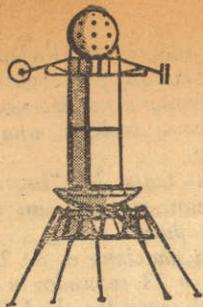
Por lo tanto, los "ingenieros" marcianos han realizado un trabajo bastante chapucero.

El día marciano es de 24 horas, 37 minutos y 23 segundos u olvidándose de los 23 segundos, de 1.477 minutos, y Fobos se mueve alrededor del planeta a 5.920 kilómetros de la superficie y con un período de revolución de 7 horas, 39 minutos. Esto no sólo está muy alejado de los principios generales: es una relación de tiempo tan mala como la peor que a uno se le pueda ocurrir. Deimos está a una distancia tal que no alcanza a realizar una vuelta completa ni siquiera en un día terrestre. Los números son: 20.000 kilómetros de distancia, y 30 horas, 18 minutos de período de revolución.

Lamento mucho, señores, pero las lunas marcianas son tan reales como la nuestra, probablemente asteroides capturadas del cinturón cercano. ♦

Para Padres Impacientes

Los diversos métodos utilizados hasta el presente para diagnosticar el embarazo requerían de 48 a 96 horas para obtener absoluta certeza. Se aprovechaba para ello el rápido crecimiento de las glándulas sexuales de la rata o de la coneja al inyectarles ciertas hormonas producidas por la mujer encinta. Recientemente se ha perfeccionado una nueva técnica que utiliza una especie muy común de sapo americano, llamado Bufo americanus. Con la nueva técnica se puede diagnosticar el embarazo, con completa certidumbre, en dos horas.



por
WERNHER von BRAUN

FRED L. WHIPPLE y

WILLY LEY

ilustraciones de
CHESLEY BONESTELL

la conquista de la luna

TERCERA PARTE
EN LA LUNA

LA BASE LUNAR

EN el momento de nuestra llegada a la Luna, comienza el largo día lunar de dos semanas de duración. Desabrochándose los cinturones de seguridad, los tripulantes, hombres de ciencia y técnicos dejan sus asientos y se visten los trajes espaciales. Descienden luego hasta el piso inferior de la esfera que les sirvió de habitación durante el viaje. De tres en tres, entran en la cámara estabilizadora de presión; y a medida que las bombas extraen el aire del interior del pequeño compartimiento, los trajes espaciales van perdiendo todas las arrugas, debido a la

disminución de la presión exterior. En el instante oportuno, una luz roja indica que ya puede abrirse la puerta de salida.

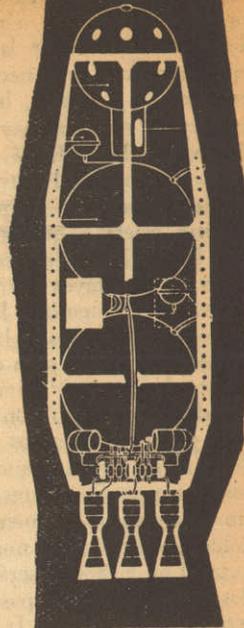
Desde las pasarelas de la nave, a unos cincuenta metros de altura, la escena es grandiosamente desolada. La superficie del Golfo del Rocío, lugar del aterrizaje, se extiende hacia el sur, como una gran extensión descolorida de hielo deshecho: como vasto desierto rocoso, lleno de lava y pedruscos. Sobre los otros tres lados se alzan amenazadores enormes picos montañosos. Los rayos del sol matutino bañan de un blanco deslumbrador las laderas de las montañas, contrastando con el ne-

gro profundo del cielo. Pero sólo allí hay color: el resto es un conjunto de grises y marrones apagados, sin vida. No hay nubes ni viento ni lluvia ni nieve: no hay tiempo, bueno o malo. Por encima de nuestras cabezas brillan nítidamente miríadas de estrellas; pero, como en la Luna no hay atmósfera, no centellean como cuando las vemos desde la Tierra. Un horizonte visiblemente curvo marca el límite entre el negro cielo y la superficie lunar. Y cerca del sol naciente, la delgada hoz terrestre, unas cuatro veces mayor que la Luna vista desde la Tierra, nos hace sentir un poco más de confianza en este nuevo mundo, ex-

traño y hostil al mismo tiempo, que recibe tan hoscamente a sus insólitos visitantes.

El peligro rondará por todos lados, implacablemente. Los rayos iósmiros golpearán con todo el furor de que son capaces, sin atmósfera alguna que los detenga. Los meteoritos, pequeños como guisantes o grandes como montañas, se desplomarán sobre nosotros, en el momento menos pensado grietas bajo la aparente integridad de su corteza arenosa, o cortantes rocas que podrán averiar en seguida el tejido de nuestros trajes espaciales.

¿Cuál será la magnitud real de estos peligros? No hay manera de sa-



berlo todavía con exactitud, aunque ya podemos pensar cómo precaverlos de ellos. Para evitar la acción de los rayos cósmicos será necesario que nos pongamos a cubierto, bajo grandes espesores de roca, la mayor cantidad de tiempo posible. Habrá que instalar el campamento en el interior de alguna cueva situada en la parte más baja de una grieta o quiebra bien profunda; lo cual nos ofrecerá protección, tanto de los rayos cósmicos como de los posibles meteoritos. Es probable que breves exposiciones a la acción de los rayos cósmicos no sean dañinas para el cuerpo humano. Naturalmente que no sucederá lo mismo con los meteoritos más grandes; pero los que no pasen del tamaño de un grano de arena, que son los más frecuentes, se estrellarán sin mayores consecuencias contra la doble protección de nuestra indumentaria. Los geólogos serán los encargados de localizar las posibles fallas del terreno, ocultas bajo la resaca corteza. Contra posibles rasgaduras en los trajes espaciales, la mejor defensa será la precaución lisa y llana.

La descarga del equipo se realizará sin demora alguna. Las grúas comenzarán a funcionar inmediatamente. Por su parte, los espejos solares, que durante el descenso fueron replegados a los costados de las naves, serán puetos nuevamente en posición de acumular energía.

Mientras tanto, los tripulantes de la nave de carga, ayudados por hombres de las otras naves, se esforzarán en descargar los tractores diseñados especialmente para moverse sobre la superficie lunar. Características principales de estos vehículos serán la cabina hermética, el sistema de oruga para el rodado, cuya superficie se extiende por debajo de todo el vehículo, y el motor que no necesita de atmósfera para funcionar. Su fuerza de propulsión

provendrá de dos combustibles: agua oxigenada concentrada y petróleo. La eficacia de esta combinación es muy grande al mismo tiempo que económica. Con ello, los tractores lunares lograrán alcanzar una velocidad máxima de 40 kilómetros por hora, sobre terreno llano. Claro que no hay que olvidar que sus diez toneladas terrestres se habrán reducido allí a una y media.

En cuanto el primer tractor esté en condiciones de moverse, saldrá en él la primera patrulla de exploración, cuya misión será encontrar una quiebra bastante grande y protegida para instalar la base o campamento. Al alejarse el tractor, notaremos que no levanta esas nubes de polvo a las que estamos acostumbrados en la Tierra. Sin atmósfera para sostenerlas, las partículas son apartadas hacia el costado, de una manera análoga a la del agua surcada por la quilla de un barco.

Luego de descargar todas las provisiones y equipos de la nave de carga, se procederá a dismantelar el enorme cilindro central, con el objeto de construir con él un par de cabinas en donde albergarse. Las paredes ya están preparadas con conductores de electricidad, sistema de acondicionamiento de aire y caños para el agua. Seccionado a lo largo, el cilindro se transforma en dos cabinas semicilíndricas. El tabique que servía primitivamente para dividir el cilindro en dos secciones, se convierte en el piso de las nuevas habitaciones.

Todo esto insumirá tiempo. Probablemente, cuando la patrulla de exploración regrese, habiendo encontrado la grieta donde instalar el campamento, se estará aún terminando el proceso de descarga.

La grieta habrá que elegirla con bastante cuidado. Deberá tener entre 20 y 30 metros de profundidad, con paredes casi completamente verticales.

Las grúas de los tractores harán descender una cuadrilla de avanzada, que, por medio de picos y pequeñas cargas explosivas, nivelará el piso y despejará la oquedad para las viviendas.

Eso de volar tantos miles de kilómetros a través del espacio, para ir a meterse en seguida bajo tierra, resulta más bien irónico. Sin embargo, la precaución se necesita para evitar el impacto de los meteoritos que puedan caer durante las seis semanas de residencia.

Debido al peligro de los meteoritos, la descarga de las naves deberá realizarse a toda velocidad. Un impacto en los explosivos puede producir resultados desastrosos. Claro que siempre será de temer un meteorito que caiga sobre la pista de aterrizaje y destruya los tres vehículos, que no tienen protección. Pero las posibilidades de que suceda una cosa así son tan pequeñas como la de que una expedición al monte Everest sea arrasada por la misma causa. De cualquier manera, no está de más separar las tres naves por medio de distancias más o menos considerables.

Una vez que el fondo de la grieta elegida haya sido puesto en condiciones, se harán descender ambas secciones de las cabinas prefabricadas. Los técnicos se encargarán inmediatamente de conectar los circuitos eléctricos y poner en funcionamiento los diversos servicios.

Cada una de las mitades del ex cilindro de carga servirá para propósitos diferentes. Uno se utilizará solamente para vivir, es decir, comer, dormir y solazarse. El otro hará las veces de laboratorio, donde se examinarán las muestras traídas desde el exterior y se revelarán las placas fotográficas.

El lector puede darse una buena idea del modo cómo funcionarán las instalaciones a través del corte de las mismas que aparece en la ilustración.

En la parte superior de dicha ilustración puede distinguirse un tractor con su grúa, que descarga aprovisionamientos. Los hombres, para entrar o salir del reducto, pueden utilizar también el mismo método o la escalera que aparece un poco más a la izquierda. Entre la escalera y el tractor hay una planta de energía, que suministrará con largueza toda la que necesite la colonia. Naturalmente, la energía se obtendrá del sol, por intermedio de nuestro consabido espejo.

Los dos albergues semicilíndricos tienen su propio sistema de acondicionamiento de aire, oxígeno y recuperación del agua. En la construcción más alejada, dichas instalaciones están en el extremo que se ve próximo a la escalera. Inmediatamente después están el laboratorio de análisis químico, el laboratorio fotográfico y la cabina de proyecciones, detrás de la cual se encuentra el laboratorio de física. Todo el extremo de la derecha está destinado al acceso a este albergue de laboratorios. Para entrar hay que meterse, reptando, en las campanas estabilizadoras de presión. En el cuarto de recepción habrá unas poleas, donde los expedicionarios, una vez que se encuentren en el interior de la cabina, podrán colgar sus trajes espaciales. Un tubo hermético conecta ambas construcciones. En situaciones de emergencia puede llevar agua o aire de un albergue al otro.

La construcción para vivienda, que aparece en primer plano, no necesita mayores explicaciones. En primer término están las plantas acondicionadoras y recuperadoras. Detrás, los dormitorios, la cocina y la recepción.

Durante el período de descarga y establecimiento de la base, no habrá mucho tiempo para dormir. Pero se estima que la primera fase de la expedición habrá terminado dentro de las

48 horas de la llegada. Los aprovisionamientos estarán a salvo de los peligrosos meteoritos; las habitaciones y los laboratorios, en condiciones de ser utilizados, y después de un buen descanso reparador, los expedicionarios se lanzarán de lleno a la segunda fase de la misión.

A pesar de que, de acuerdo con la hora Greenwich de nuestros relojes, será de noche, el increíblemente brillante sol seguirá resplandeciendo durante casi dos semanas. Pero el calor no alcanzará a calentar lo más profundo de la falla. Desde la superficie terrestre es difícil medir la temperatura en el interior de la Luna; pero es de esperar que oscile en torno a algunos grados bajo cero. Debido a la estrechez de la entrada a nuestra grieta, el interior recibirá poca luz solar. Las consecuencias de esto será una temperatura constante, si es que los hombres de ciencia no se han equivocado en sus cálculos. Es cierto que va a hacer bastante frío; pero en realidad no habrá dificultades para caldear el ambiente de las dos construcciones. Como no hay viento, la pérdida de calor será muy pequeña; y, debido a las paredes dobles, la aislación será mejor que la de un termo.

LA EXPLORACIÓN

La zona de aterrizaje, *Simus roris*, o Golfo del Rocío, fué elegida en parte por las oportunidades que ofrece para la exploración, en parte porque la temperatura durante el día lunar no pasa de cinco grados centígrados. La noche es muy fría, 151° C bajo cero; pero, bajo la protección de las paredes de roca, no tendremos nada que temer.

Desde nuestras centrales tenemos un radio de exploración de 400 kilómetros, y la mayoría de las características lu-

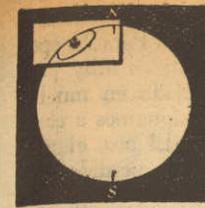
gares que nos interesan caen dentro de dicha área. Eso no impide que haya que agregar algunos viajes más largos, por razones de interés científico.

Uno de los grandes problemas referentes al origen de la Luna es el de si los cráteres se forman por alguna acción de tipo volcánico, o a raíz de explosiones tan violentas como las de una bomba de hidrógeno. La mayoría de los selenógrafos creen que una enorme proporción de los cráteres se deben a impactos de meteoritos. Un estudio concienzudo de los mismos permitirá sin lugar a dudas resolver de una vez por todas la cuestión.

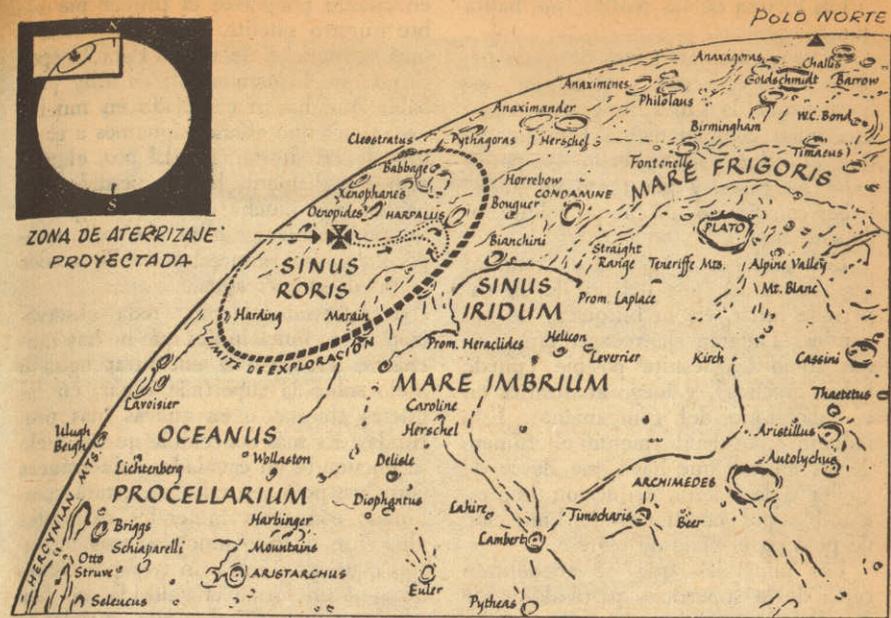
¿Y qué más habrá para ver en el transcurso de las seis semanas?

Mucho más de lo que uno se imagina. Los astrónomos querrán averiguar: si hay o no trazas de atmósfera; qué tipos de minerales son más característicos (quizá se encuentren algunos desconocidos); si la Luna tiene o no campo magnético, y cómo varía la temperatura al descender hacia el interior del satélite. Los astrónomos y geofísicos quieren saber cómo se formó la Luna, mientras que otros buscan el significado práctico de ella o sus minerales. Pero la simple curiosidad será probablemente la que juegue el papel más importante en las exploraciones. Seremos los primeros hombres en llegar, los primeros en asomarnos a sus profundos valles y en contemplar sus largas cadenas de montañas. ¿Quién sabe lo que nos espera?

Las posibilidades son incalculables. Supongamos que nos encontremos con un enorme depósito de materias primas; quizá en ese caso sea recomendable establecer sobre la Luna una comunidad estable. No sería difícil obtener que se abastezca a sí misma, bien protegida bajo una cúpula de material plástico. Un establecimiento de este carácter serviría maravillosamente de laboratorio científico, en especial para



ZONA DE ATERRIZAJE PROYECTADA



Rasgos principales del polo norte lunar, mostrando la región que será el objetivo de la primera expedición lunar. El mapa está dibujado con el aspecto que tendría para el ojo desnudo que contemplara la zona desde varios miles de kilómetros de distancia. Los mapas comunes de la Luna, así como las fotografías publicadas en obras astronómicas, muestran el polo norte apuntando hacia abajo, porque los telescopios astronómicos invierten la imagen.

la astronomía y para el trabajo de investigación que requiere la utilización del vacío. Y, ¿por qué no?, como base para futuras exploraciones del espacio.

Pero el objeto principal de la expedición será estrictamente científico. Nuestras investigaciones servirán para develar uno de los secretos del universo: cómo se formaron la Luna y los planetas, y de qué están constituidos. Hasta ahora, toda la información sobre el tema proviene de la observación directa de la Tierra e indirecto de los otros cuerpos celestes a través de los telescopios. La Luna nos ofrecerá otra perspectiva: la posibilidad de observar en mejores condiciones los otros pla-

netas y además examinar de cerca a nuestro satélite.

Sabemos ahora que la Luna no se formó a partir del océano Pacífico, lanzándose al espacio con todo lo que pudo arrastrar. Es posible que se trate de un planeta independiente, que vino quién sabe de dónde, fué capturado por la Tierra, golpeó contra la zona del Pacífico y rebotó otra vez a la órbita actual. Pero la explicación más probable es que originalmente estaba constituida por un cinturón de gases y minerales, que rodeaban a la Tierra en formación, a la manera de los anillos de Saturno, y que luego se concentraron en una sola masa.

Esa es una de las teorías que habrá que comprobar.

Si se encuentran trazas de gases pesados como el xenón y el criptón, sabremos que la Luna nunca constituyó una masa completamente fundida, ya que el calor habría hecho escapar a todos los gases, y por tanto no puede haber constituido un cuerpo celeste independiente.

Los geólogos y geofísicos tendrán que descender por debajo de la superficie lunar, en su búsqueda de minerales. Tratarán de recoger tantos tipos como les resulte posible (puede haber muchos), y luego analizarlos en el laboratorio del campamento. Esto reducirá considerablemente el número de los mismos que haya que llevar de vuelta a la Tierra, reducción imprescindible por cuestiones de limitación de peso en el viaje de regreso.

Los minerales que se encuentren cerca de la superficie, particularmente aquéllos situados en lugares alejados de los campos de lava o de las paredes de los cráteres, pueden darnos una idea de la materia básica que compone el universo. La composición de las estructuras minerales que encontremos sobre la superficie lunar nos darán probablemente una información muy clara acerca de los elementos químicos que se agrupan en grandes nubes alrededor de las estrellas recién nacidas.

El gran cosmólogo Harold C. Urey, de la universidad de Chicago, cree que este material lunar es el mismo de algunos meteoritos especiales, llamados acondritos. Las deducciones de Urey pueden ser comprobadas o rechazadas

en cuanto pongamos el primer pie sobre nuestro satélite. Pero, ¿encontraremos sustancias de valor? Para la época en que lleguemos allí es muy probable que hayan cambiado en mucho los valores que ahora asignamos a cada una de las sustancias. El oro, el platino y el diamante habrán perdido probablemente mucho de su prestigio; el uranio, posiblemente no, así como tampoco aquellos minerales de los cuales se pueda extraer agua.

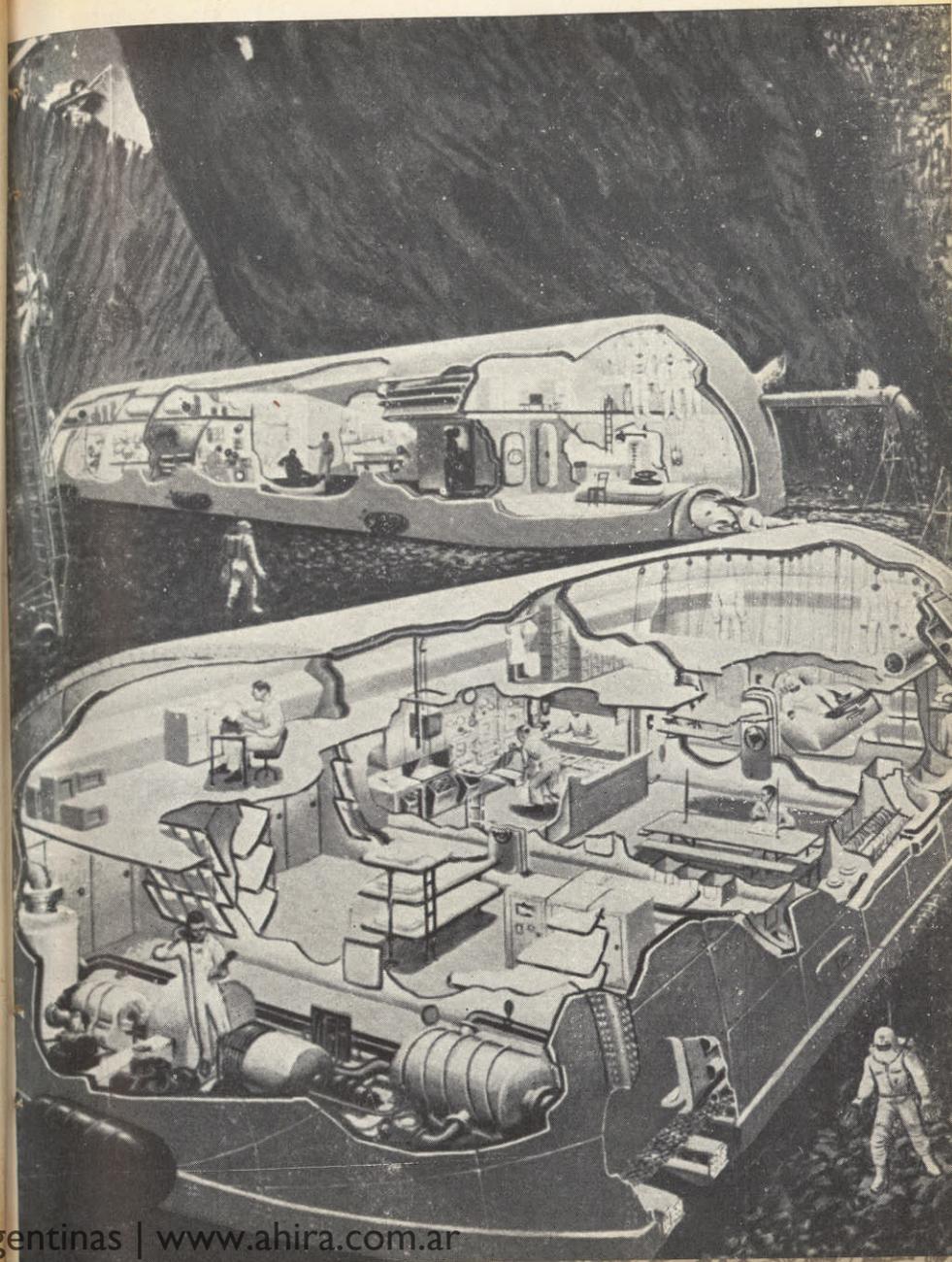
Desafortunadamente, toda observación astronómica indica que no hay muchas esperanzas de encontrar agua o hielo sobre la superficie lunar, en las grietas abiertas o en cuevas más profundas. Es más concebible que el hielo se encuentre en cavidades subterráneas cerradas; pero, en tal caso, estará combinado con otros minerales existentes allí. Aun cuando muchas rocas terrestres contienen hasta un tres por ciento de agua en forma cristalizada, no hay ninguna garantía de que suceda lo mismo en la Luna.

Para explorar el interior de la Luna, no siempre se hará uso de barrenos y picos. Muy a menudo, uno puede enterarse del contenido de una caja sacudiéndola. Estudiando los terremotos hemos aprendido mucho acerca del interior de la Tierra, su densidad, estructura y composición. En la Luna probablemente no haya temblores, salvo los ocasionados por el impacto de un meteorito demasiado grande. Si los llega a haber, contra nuestras hipótesis, entonces los instrumentos sismográficos, estratégicamente dispuestos, podrán

(Continúa en la pág. 37).

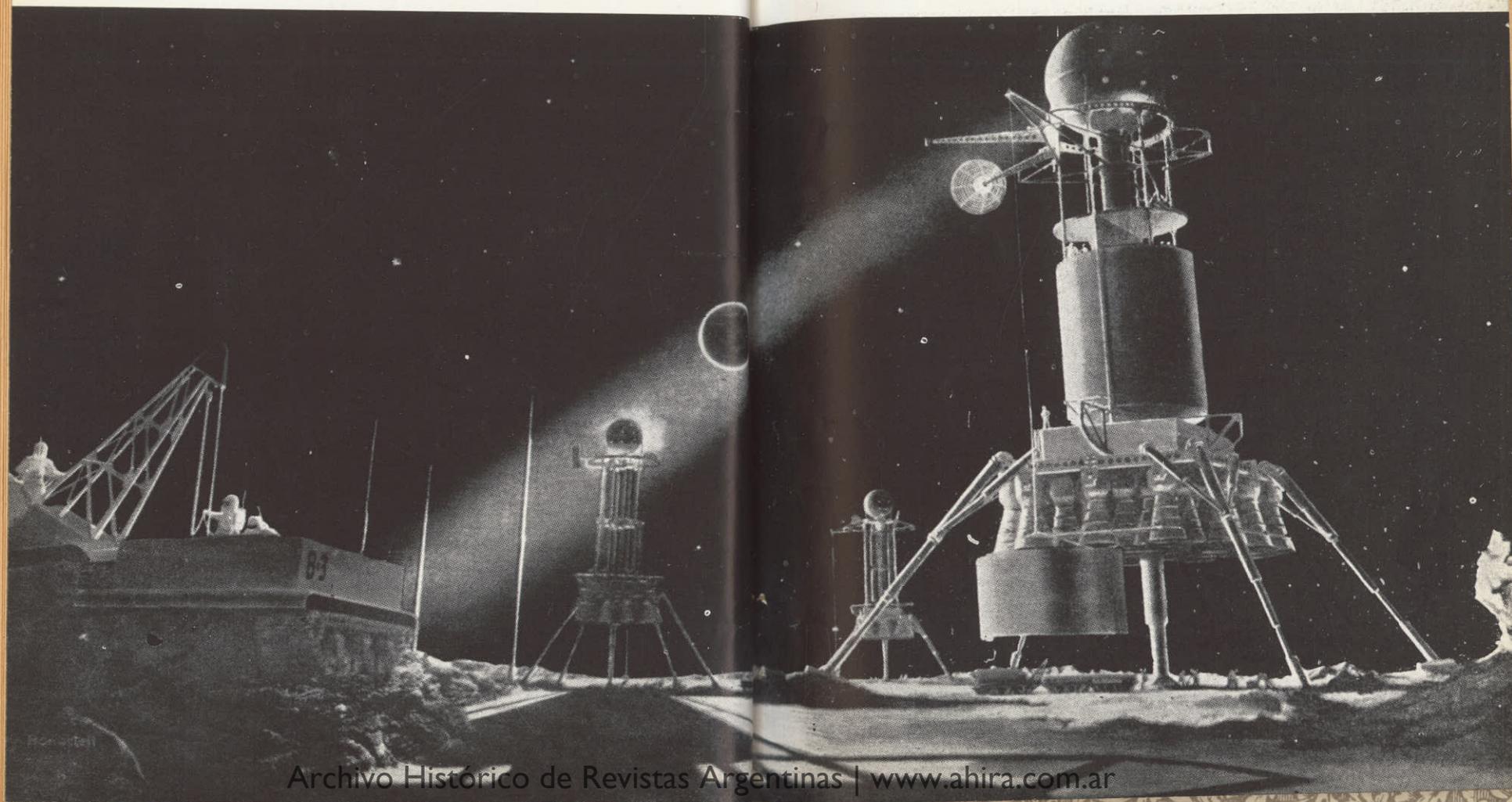
la base lunar

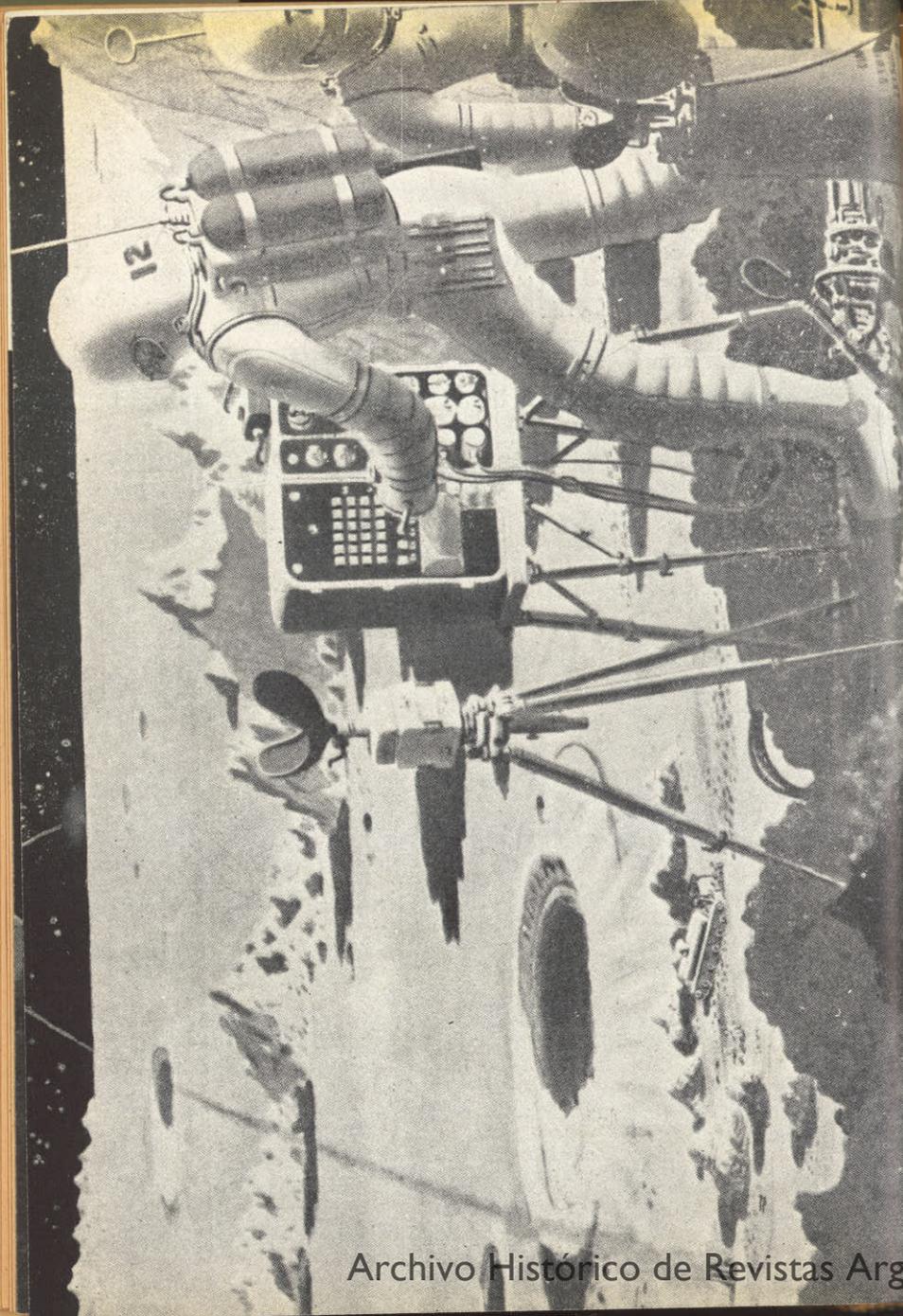
La base lunar, que era originalmente la bodega de carga de una de las naves lunares, se ubicará cerca de la pista de aterrizaje, en una hendidura del terreno, para protegerla contra los meteoritos.



**veinticuatro
horas
después
del aterrizaje**

La expedición lunar, veinticuatro horas después de haber aterrizado sobre la llanura de "Sinus roris". Las naves ya han sido despojadas de los tanques de combustible, ahora innecesarios, mientras el equipo móvil es cargado en los tractores y furgones. En el cielo luce la Tierra con un halo debido a la atmósfera iluminada por el Sol. Este se encuentra oculto tras la esfera de la tripulación de una de las naves. La estrella de la izquierda es el planeta Marte.





(Viene de la pág. 32).

aclarar si la Luna tiene o no un núcleo central de material fundido. Si el núcleo está fundido, ciertas ondas no pasarán; si no lo está, sucederá lo contrario.

También nosotros nos dedicaremos a sacudir la superficie lunar por medio de explosivos, y estudiaremos las ondas que se produzcan con los mismos métodos mencionados.

Hasta aquí hemos expuesto lo que se refiere al pasado de la Luna. Pero hay muchos hechos que queremos averiguar acerca de su presente. Uno de los más importantes es la intensidad exacta de los rayos cósmicos que golpean contra su superficie, y cómo varía dicha intensidad durante períodos determinados. De nuestros experimentos con rayos cósmicos aprenderemos más acerca del bombardeo análogo que sufre la Tierra.

Sobre la Tierra, a medida que los rayos cósmicos golpean las moléculas de la atmósfera, los rayos más débiles son disipados a grandes alturas, y solamente los pocos más poderosos son capaces de alcanzar la superficie terrestre. Muchos rayos secundarios más débiles se crean a raíz de dichas colisiones, de manera que la concentración más grande de rayos cósmicos y secundarios se alcanza a una altura que oscila entre los 16 y los 24 kilómetros. El magnetismo terrestre arrastra los rayos cósmicos más débiles hacia los po-

los magnéticos, haciendo que la intensidad total de los mismos aumente en las cercanías de los polos, a esas alturas. Así, resulta que en los rayos cósmicos influye mucho el campo magnético terrestre. Pero es muy posible que los rayos se vean también afectados por el campo magnético solar, y por el momento sabemos muy poco acerca de la fuerza magnética del Sol.

Haciendo mediciones cuidadosas de la intensidad de los rayos cósmicos sobre la Luna, deberemos obtener un cuadro bastante adecuado de la intensidad y distribución de los rayos cósmicos que inciden sobre la Tierra.

Durante dos semanas nos dedicaremos a investigaciones relacionadas con los problemas mencionados. Las exploraciones se limitarán casi exclusivamente a un radio de 16 kilómetros. La expedición se dividirá en equipos diferentes, cada uno con su objetivo particular; pero aparecerán todos los días tantos resultados inesperados, que para lograr la mayor eficiencia habrá que reconsiderar, día por día, los planes de investigación.

Aun tan cerca del campamento, el trabajo de exploración será una tarea ardua y peligrosa. Tendremos que atravesar fallas y abismos, subir escarpadas montañas, y todo eso metidos dentro de nuestros voluminosos trajes espaciales, con el temor de que alguna roca puntiaguda nos produzca un des-

←

lunemotos artificiales

La producción de movimientos sísmicos por medio de cargas de fuertes explosivos, constituirá una de las tareas que deberá realizar la expedición. Dichas cargas serán enviadas hasta distancias de 160 kilómetros por medio de pequeños cohetes. El impacto contra la superficie del cohete y la consiguiente explosión, será una fuente de datos inapreciables para la comprensión del material de que se compone el interior de la Luna. Nótese la numeración de los trajes espaciales para facilitar la individualización de sus usuarios.

garrón, o que algún meteorito errante nos sorprenda desprotegidos, o que se resquebraje el suelo donde pisamos.

Debido a que nunca sabremos con exactitud hasta dónde llega nuestra seguridad y dónde empieza el peligro, nuestras radios estarán siempre conectadas. Así, los hombres que estén en la central se mantendrán al tanto de todas las situaciones imprevistas que se presenten, y podrán ir registrando los descubrimientos a medida que éstos se produzcan.

Por esta última razón, la base lunar se mantendrá en contacto constante con la Tierra. Hasta el último detalle informativo será enviado inmediatamente al planeta, de manera que, aun cuando llegara a sucederle algo a la expedición, no se habrá perdido todo el trabajo. Con la energía que estaremos en condiciones de producir, alcanzará también para realizar transmisiones por televisión.

A lo largo de las seis semanas de exploración, un conjunto especial de

hombres de ciencia se mantendrá en sesión permanente en la Tierra. Entre ellos habrá astrónomos, astrofísicos, geofísicos, mineralogistas, geólogos y médicos. Seguirán paso a paso nuestros movimientos, por radio, telefoto y televisión, manteniendo una atención constante sobre nuestras dificultades y hallazgos, así como también es de esperar que el resto del mundo lo haga.

Al finalizar cada día y recibir los informes de cada equipo, el grupo de hombres de ciencia de la Luna conferenciará con sus colegas en la Tierra. Se discutirán nuevos planes y métodos para superar las dificultades que se presenten, desde fallas mecánicas y accidentes hasta la construcción de nuevos instrumentos necesarios para la investigación. A veces, el grupo de expertos terrestres pedirá la repetición de alguna experiencia o sugerirá la revisión de los planes. De esta manera, todas las ciencias podrán aprovechar hasta el máximo la expedición a la Luna.

El astronauta que llegue a un mundo tumba, ¿qué puede hacer sino dar por terminado el viaje y emprender nuevo derrotero?

ilustrado por EMSH

EL PLANETA

por WILLIAM MORRISON

DEL MUERTO

En el próximo número:

IV: EL HARPALO

Los chicos de Freud

UNA de las afirmaciones de Freud que provocó más sensación a principio de este siglo, fué la de que la sexualidad se manifiesta ya en la cuna y no recién en la pubertad como se creía hasta ese momento. Pero los críticos encontraron inmediatamente un defecto en los trabajos del célebre investigador vienés. Los resultados de Freud se basan no tanto en el estudio directo de los niños como en lo que los adultos recordaban de su niñez. Decidido a resolver esta cuestión, Kinsey, un experto en problemas sexuales que recientemente conmovió la opinión pública mundial con sus trabajos sobre el tema, estudió varios cientos de chicos por debajo de los cinco años. Las conclusiones no pueden ser más halagüeñas para Freud; según Kinsey la necesidad de cariño y atención de los chicos tiene raíces sexuales. Más aún, las actividades que adoptará en su comportamiento sexual cuando adulto ya están completamente determinadas en las personas del chico de tres años.

A FUERA de la espacionave ardía con furia el sol; dentro de ella, el mal carácter de Samuel Wilson.

—Estudia tu lección —gruñó con una aspereza que le sorprendió a él mismo— o no te dejaré poner el pie en este planeta.

—Sí, papá. No he querido portarme mal— respondió Marcos, enrojeciendo un poco.

El muchacho representaba más edad de la que tenía.

En el silencio que siguió, interrumpido solamente por el disco de aritmética, Samuel se examinó a sí mismo. Dentro de lo que son los chicos, Marcos nunca fué molesto. Sara, por cierto, nunca tuvo ningún inconveniente con él. Pero Sara había sido completamente distinta. Samuel era violento, y siempre se sentía orgulloso de la fuerza de su carácter; o así era antes, por lo menos. Sara, en cambio, había sido suave, delicada...

Samuel huyó del recuerdo de su mujer, llamando a su hijo:

—¡Marcos!

—Sí, papá.

La voz le salió al padre más áspere de lo que había querido.

Durante las últimas semanas sentía que había ido perdiendo control de sí mismo. Ahora, aunque iba a hacerle un favor a su hijo, parecía un amo amenazando con una paliza a su esclavo.

—Puedes dejar tu lección de aritmética. Vamos a hacer una recorrida.

—Pero, ¿no has dicho que...?

—Sí, pero he cambiado de opinión.

Marcos parecía más turbado que satisfecho con el cambio, como si un padre que cambiase de opinión tan fácilmente fuera una persona de la que hay que cuidarse.

“Estoy permanentemente excitado”, pensó Samuel; “y lo estoy trastornando a él también. Tengo que recobrar el dominio de mí mismo.”

MUCHO antes, ya había hecho todas las pruebas necesarias para estar seguro de que la atmósfera del planeta tenía suficiente oxígeno y estaba libre de organismos infecciosos. El astro central, más blanco que el Sol de la Tierra, calentaba bastante, haciendo casi olvidar el escalofrío permanente que sentía en su interior; casi, pero no del todo, pues el aire respirable era muy tenue y pobre en nitrógeno. El paisaje era desértico, y le inspiró a Samuel la reflexión de que existen dos tipos de desolación: la que precede a la llegada del hombre y la que éste sabe demasiado bien cómo crear dondequiera que va. La desolación de ese planeta no era causada por el hombre.

—Parece un cementerio, ¿verdad, papá?

Samuel miró a su hijo inquisitivamente. No es lógico que un chico de

diez años sepa mucho de cementerios. Pero además, Marcos tenía sólo seis años cuando se efectuó el funeral. Samuel no le había permitido asistir; pero ahora resultaba evidente que el suceso había dejado en el niño una impresión mucho mayor de que pareció causar. Marcos recordaría siempre el cementerio como si fuera el sitio donde vivía su madre. Quizá echaba de menos a su madre tanto como el mismo Samuel.

—Es distinto de un cementerio — dijo Samuel—. Aquí no hay nadie enterrado. Parece que somos los primeros seres humanos que ponen el pie en este planeta.

—¿Crees que encontraremos animales para cazar?

—No veo ninguna señal de animales.

Samuel se justificaba a sí mismo sus solitarias andanzas por mundos remotos, diciendo que buscaba animales para venderlos a los zoológicos o a los circos. Pero la verdad era que trataba más de librarse de algo viejo que llevaba dentro de sí, que de encontrar algo nuevo. Mas en ninguno de los dos sentidos conseguía su propósito.

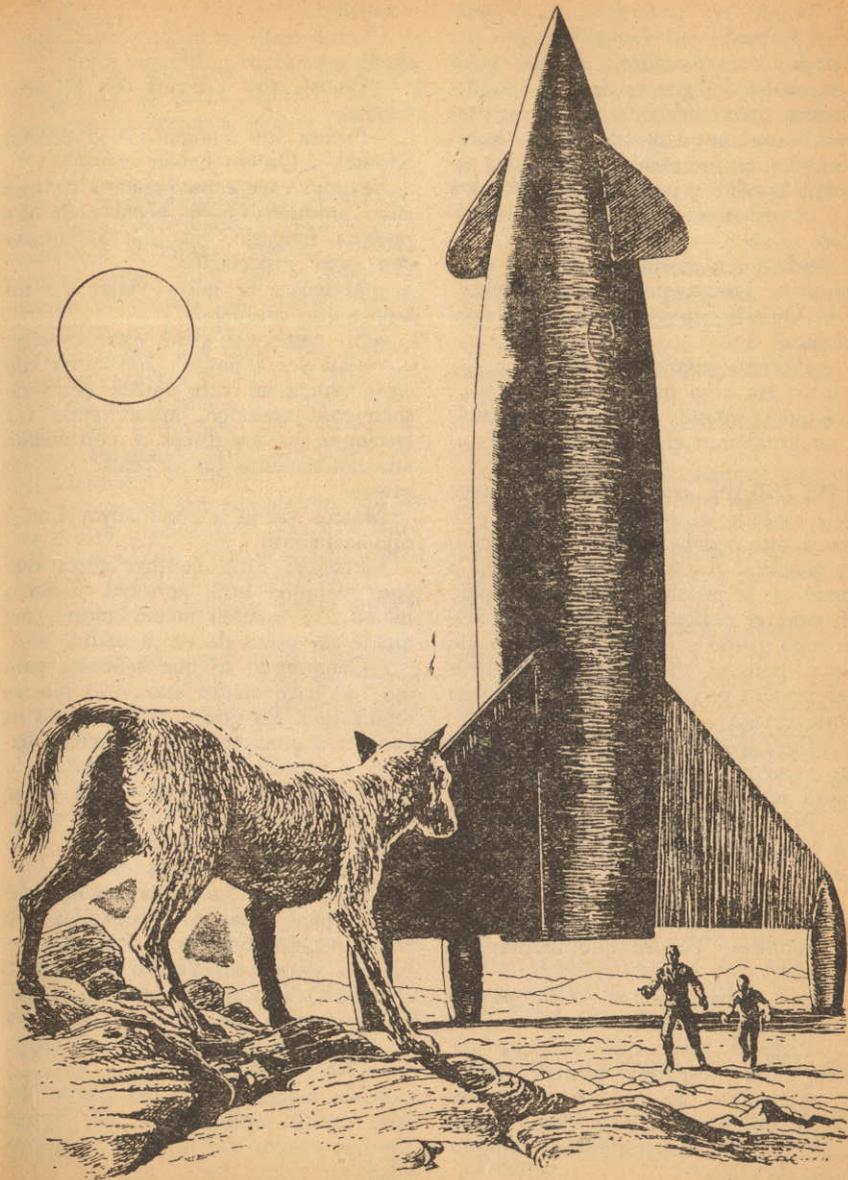
Marcos se estremeció como escalofriado.

—¡Qué soledad!

—¿Te parece más solitario que la astronave?

—Es diferente: esto es más grande; por eso es más solitario.

“No estoy tan seguro”, arguyó mentalmente Samuel. “En la astronave tenemos todo el espacio en torno a nosotros, y no hay nada más grande que eso. Sin embargo, tu opinión merece tenerse en cuenta. Eres casi tan experto como yo en los diversos tipos de soledad. La diferencia es que tú te sientes más solo cuando estás lejos de la gente. Yo en cambio nunca estoy más solitario que en medio de una muchedumbre. Por esto no me afecta de-



masiado la soledad de este planeta."

Prosiguió caminando, seguido por Marcos, que parecía ir de mala gana. El terreno era pedregoso. La vegetación, formada casi exclusivamente por arbustos achaparrados, de un color que viraba del gris verdoso al castaño, parecía poco adecuada para sustentar una fauna abundante. Si es que había animales, seguramente serían de pequeño tamaño y poco interesantes para los empresarios de circo o de zoológico.

Anduvieron en silencio durante unos minutos. Luego, preguntó Samuel:

—¿Quieres que vayamos más lejos, Marcos?

—Prefiero seguir estudiando.

Esto era algo nuevo.

—Como quieras —respondió Samuel, y emprendieron el regreso.

ESTABAN cerca ya de la nave cuando el sonido de unos guijarros que rodaban llamó la atención de Samuel. Automáticamente llevó la mano a la pistola y se volvió para afrontar el peligro. En aquel momento, algo gruñó y huyó. Samuel no vio nada; pero el ruido de los guijarros desplazados volvió a escucharse en una zanja cercana.

—Pues parece que no estamos solos —comentó—. ¿Qué clase de animal podrá ser?

—No ha de ser muy grande —opinó Marcos—; los animales grandes no huyen.

—Según el caso. Generalmente no, a no ser que hayan conocido antes a los hombres. Tendré que montar las trampas.

—¿Te parece que si lo atrapas lo podrás vender a algún circo?

—Primero tengo que ver qué aspecto tiene —respondió Samuel, mirando alrededor—. Si hay un animal, es posible que haya muchos otros. Es extraño que no descubriéramos ningún rastro de ellos.

Distraídamente, colocó la mano sobre el hombro de su hijo. No advirtió la expresión del niño ante ese gesto inesperado.

Cuando estuvieron otra vez dentro de la espacionave, Marcos dijo:

—Bueno, voy a seguir con mi aritmética.

—Espera un momento —le ordenó Samuel—. Quiero hablar contigo.

Se dejó caer cansadamente en una silla, aunque no había hecho nada que pudiera fatigarlo. Su hijo lo miraba con gran expectación.

—Marcos, ¿te gusta viajar de un lado a otro conmigo?

—Sí, papá; me gusta estar contigo.

—¿Sin ver a nadie? ¿Sin tratar con otros chicos ni con nadie? ¿Estando solamente conmigo, aprendiendo tus lecciones en los discos y corrigiendo automáticamente tus deberes? ¿No te cansas?

Marcos vaciló a pesar suyo. Luego dijo lealmente:

—Prefiero estar contigo antes que con cualquier otra persona. Cuando mamá... cuando mamá murió, me quedé sin ganas de ver a nadie.

—Comprendo lo que sentiste; pero eso fué hace cuatro años. No puedes seguir solo. Lo que ahora necesitas es conocer a otras personas, ver cómo hablan y piensan y sienten. Eso no lo puedes aprender en los discos ni te lo puedo enseñar yo.

Marcos respondió tercamente:

—Quiero estar contigo.

—Es que yo no soy una persona adecuada para estar en compañía. No creas que no me doy cuenta. Soy arbitrario y rabioso. Ya no aguanto la compañía de la gente; pero tú, sí. Estaba pensando que tal vez me separaría de ti por un tiempo.

—¡No! —gritó Marcos.

—No tengas miedo; no pienso dejarte en un asilo o algo así. Tengo algunos amigos con hijos de tu misma edad y...

—No. No quiero. Si me separas de ti, me escaparé. Quiero estar contigo.

—Bueno —dijo Samuel—. Ni una palabra más; como tú quieras.

Pero no quedaba todo arreglado, y Samuel lo sabía. Cuando salió a preparar las trampas, seguía pensando lo mismo.

LOS únicos animales que apresó eran de escaso tamaño, alimañas que se partían a sí mismas en dos pedazos, y cada mitad huía por su lado. En cuanto al animal que había causado los ruidos, no hizo falta la trampa para verlo. Después de unos días, Samuel escuchó otra vez el ruido y salió con el arma en la mano. El animal retrocedió pero Samuel lo vio y lo oyó ladrar. También lo oyó Marcos, que había seguido a su padre.

Los ojos de Marcos saltaron casi de las órbitas: hacía cuatro años que había oído por última vez un ladrido; pero lo tenía fresco en su memoria:

—¡Un perro! ¿Cómo habrá llegado acá?

—No lo sé —respondió Samuel.

—Pero si nosotros somos los únicos seres humanos que han aterrizado aquí. ¿Cómo puede ser?

—No lo sé. Pero ahí está.

Al escuchar las voces humanas, el perro retrocedió ladrando furiosamente.

—¿De qué raza es, papá?

—Parece mestizo. No me gusta. Tiene mal carácter y un aspecto muy extraño. Es mejor que le pegue un tiro...

—¿Pegarle un tiro? No, papá, por favor... Lo quiero para mí.

—Pero es demasiado salvaje y...

El perro ladró por última vez, y huyó en la misma dirección que la vez anterior, según advirtió Samuel.

—Tal vez los perros existan en otros planetas que no sean la Tierra —dijo Marcos.

—Imposible si los hombres no los han llevado consigo.

—¿Quieres decir que aquí ha aterrizado alguna astronave antes que la nuestra?

—Sí; en alguna ocasión. Pero no creo que se estrellara, porque habríamos visto los restos cuando dimos la vuelta en torno al planeta, antes de aterrizar. A este perro o lo olvidaron o lo dejaron abandonado a propósito.

—Puede que... que haya alguna otra persona en el planeta.

—No lo creo. El perro anda suelto con demasiada libertad y no parece acostumbrado a la presencia de los seres humanos. Además, nadie podría vivir aquí sin un lugar donde guarecerse, y no he visto indicios de ninguna morada.

—¿No puede ser de alguien que no sea humano?

—No —respondió Samuel con certidumbre—; sólo los seres humanos han sido capaces de domesticar a los perros. Si aquí hay un perro es porque antes hubo un hombre. De esto no cabe ninguna duda.

—¡Qué lástima! ¡Me gustaría tanto tener un perro!...

—Te entiendo; pero éste me parece que no sirve. Hace mucho tiempo que yo debía haberte proporcionado uno. Comprendo que puede servirte de compañía. Pero éste ha estado demasiado tiempo separado de la gente y habrá adquirido malos hábitos.

Y mentalmente Samuel agregó: "Como yo".

—Yo puedo educarlo —dijo Marcos—. No nos molestaría. Yo le enseñaré. papá, y lo alimentaré, y será como uno de nosotros. Y... y, como tú mismo has dicho, no me sentiré tan solo.

Samuel pensó que los chicos no abandonan fácilmente las ideas. Pero de todos modos le parecía que con aquel perro sería inútil toda insistencia. Se encogió de hombros y dijo simplemente:

—Ya veremos.

DURANTE toda la comida fué evidente que Marcos seguía pensando en el perro. La preocupación pareció afectar su apetito: por primera vez dejó sin terminar su porción de proteínex.

—No tengo mucho apetito hoy —explicó como disculpándose—. Tal vez...

—Termínalo y no te preocupes —dijo Samuel—. Tenemos suficiente reserva de alimentos. Yo buscaré algo para el perro.

—Pero es que quiero llevarle la comida yo mismo, papá. Quiero acostumbrarlo a recibir la comida en mis manos.

—Después podrás hacerlo.

Cuando terminaron, Samuel abrió una lata de proteínex, del menos caro, y puso la mitad en un plato, que Marcos llevó para el perro. El niño anduvo seguido por su padre unos cien metros en la dirección en que había desaparecido el perro y dejó el plato sobre una roca.

—El viento sopla en contra —dijo Samuel—. Esperemos un rato.

DIEZ minutos después, el viento había cambiado. Samuel pensaba que, si el perro estaba cerca, percibiría el olor del alimento. Que no estaba errado lo demostró la súbita aparición del animal, que ladró como siempre, pero con menos fiera. Dejó de ladrar para olfatear ansiosamente sin olvidarse de mantener la distancia.

—¡Tomá, perrito! —le dijo Marcos.

—Temo que no quiera acercarse mientras estemos cerca —dijo Samuel—. Si quieres que se acerque, es mejor que nos vayamos.

Marcos se retiró con su padre, no de muy buena gana. El perro se lanzó inmediatamente sobre el alimento, como temiendo que se le escapara, y lo engulló.

A partir de ese día continuaron llevándole alimento. El animal llegó a amansarse relativamente, y dejó de la-

drarles. A veces Marcos se acercó a pocos metros, pero nunca consiguió arrimarse del todo o tocarlo. El perro se mostraba especialmente cauteloso respecto de Samuel. Este, sin embargo, pudo ver que no llevaba collar, y si alguna vez lo llevó, el tiempo había borrado hasta sus huellas.

—Sin collar no podemos saber cómo se llama —comentó Marcos con desaliento—. ¡Aquí, Sultán, Lobo...!

El animal no respondió a ninguno de los nombres tradicionales de perro ni a otros que se le ocurrieron a Marcos.

Cada vez, después de quedarse una media hora junto a ellos, el perro daba la vuelta y se marchaba trotando en la misma dirección.

—Me parece que tu perro tarda demasiado en amansarse —dijo Samuel—. Temo que tengas que renunciar a tu idea.

—Necesita un poco más de tiempo —respondió Marcos—. Se tiene que acostumbrar a verme para... —un súbito temor le hizo cambiar de tema—. ¿No querrás que nos vayamos ya, verdad? Yo creía que pensabas cazar algunos animales grandes antes de irnos de aquí.

—No hay animales grandes, excepto el perro —respondió Samuel—. Los que caen en las trampas son demasiados pequeños, y no vale la pena cazarlos. Pero no nos iremos todavía. Este sitio es tan bueno como cualquier otro. No quiero marcharme aún.

EN realidad, la permanencia en el planeta, por desolado que fuera, resultaba menos penosa que el vagar sin destino fijo por el espacio. Marcos había vivido ansiando otra compañía que no fuera sólo la de su padre, y en este sentido, aunque muy relativa, la del perro le satisfacía. El pensar en el animal y el idear métodos para domesticarlo ocupaba en cierto modo la

imaginación del hijo y del padre. Habían pasado varios días, sin que éste le regañara a Marcos.

Era ya evidente que no había otro ser humano en el planeta. La ansiedad con el perro devoraba la comida demostraba que hacía mucho tiempo que nadie se ocupaba de él. Sin duda se había visto obligado a alimentarse de los pequeños y huidizos animales que pudiera cazar.

Una de las cosas que intrigaban a Samuel era la ansiedad que demostraba el perro por abandonar las proximidades de la espacionave después de cierto tiempo y de regresar hacia lo que parecía su cueva. Hasta que un día, Samuel, acompañado de Marcos, se dejó llevar por la curiosidad y resolvió seguir al animal.

A la sazón, el perro estaba suficientemente acostumbrado a verlos y a no inquietarse por su presencia, de modo que les fué fácil seguirlo sin perderlo de vista. Lo siguieron a través de un terreno rocoso y cruzaron un arroyo. Cuando habían recorrido unos tres kilómetros, el animal se detuvo repentinamente y comenzó a aullar y a olfatear el suelo. No bien Samuel y Marcos se aproximaron, se revolvió y les ladró furiosamente.

El hombre y el niño cambiaron una mirada.

—Se está portando como lo hacía al comienzo —observó Marcos.

—Hay algo en el suelo. Voy a ver de qué se trata —dijo Samuel, sacando su arma.

—¿No irás a matarlo?...

—No tengas miedo. Sólo quiero adormecerlo con una de las cápsulas narcóticas; como a los animales que cazo para el circo.

Pero una cápsula no fué suficiente. Tan sólo al tercer disparo dejó de moverse el animal, tembló convulsivamente y cayó al suelo con los ojos dilatados.

Cuando se acercaron, Samuel vió

una media docena de piedras torpemente amontonadas.

—Mejor será que te apartes, hijo.

—¿Te parece que hay alguien... sepultado ahí?

VALIENDOSE de una piedra plana y aguzada en uno de los extremos, Samuel comenzó a cavar. El suelo era muy duro, y la piedra no era la herramienta más adecuada. Tardó una hora en encontrar el primer hueso y otra media hora en desenterrar los restantes.

Marcos se había acercado de nuevo, y observaba sin dar muestras de repugnancia.

—Tenía miedo de que fuera un cadáver —dijo.

—También yo. Parece que ha muerto hace mucho tiempo, y por eso todo se ha consumido, salvo unas piezas de metal. No hay señal de zapatos ni de ninguna otra prenda de vestir. Y ningún indicio de que pasó.

—¿Crees que era el amo del perro?

—Evidentemente.

Los dos contemplaron al animal dormido. Samuel, encogiéndose de hombros, comenzó a rellenar la fosa. Marcos le ayudó a echar la tierra y a apisonarla como antes estaba. Finalmente colocaron otra vez las piedras en su sitio.

Estaban a punto de retirarse cuando Marcos gritó:

—¡Fíjate en esa roca!

Siguiendo la indicación de su hijo, Samuel vió una columna cuadrada, grisácea, de unos dos metros de alto, cuyas cuatro caras parecían pulidas. Prismas rectangulares de ese tamaño son excepcionales en la naturaleza. Era evidentemente producto de la mano del hombre y había sido cortada con barreta y pólvora, como lo indicaban sus caras laterales. A primera vista tomaron la piedra por una columna funeraria. Pero no había ninguna inscripción.

ción esculpida. Sólo una hendidura profunda que la rodeaba horizontalmente a unos centímetros de la punta.

—¿Qué significa esa columna, papá?

—No sé decirte. Hay que examinarla primero. Parece evidente que la dejaron como recuerdo de algo. Y la hendidura...

Tomó la parte superior de la roca y la levantó. Según lo había esperado, se separó como una tapa. Debajo de ella, en un hueco cavado en la piedra, estaba una caja de plástico.

—Un tipo de plástico que ya no se fabrica —murmuró Samuel.

—¿No la abres? —preguntó Marcos con ansiedad—. Tal vez diga para qué sirve la roca y cuál es el nombre del perro.

Samuel abrió la caja. Dentro había varias hojas de papel recio. Samuel las examinó y dijo:

—Es escritura, pero en un lenguaje que desconozco.

—Pongámoslas en el traductor mecánico —propuso Marcos.

—Eso estaba pensando.

—¿No llevamos al perro con nosotros.

—No. Pronto volvera en sí.

MIENTRAS caminaban de regreso a la nave, Marcos daba muestras de una excitación desusada en él.

—¿Sabes? Estoy seguro de que vamos a averiguar el nombre del perro.

—Pues dudo mucho que el que escribió estas páginas se haya preocupado de un detalle como ése.

—¡Pero si es muy importante...! Ya verás, papá, ya verás.

En la espacionave, Samuel colocó las hojas en la sección de lectura del traductor y puso el motor en marcha. El selector entró en acción.

—Antes de traducirlo, tiene que descubrir en qué lenguaje está escrito —explicó.

—¿Y tarda mucho?

—Pocos minutos, si tenemos suerte, una media hora, en caso contrario. Después, la traducción misma no requerirá sino unos pocos minutos. Mientras esperamos podemos comer.

—No tengo hambre —dijo Marcos.

—Es mejor que comas, de todos modos.

—Un poquito, tal vez. ¿Sabes lo que creo, papá? Cuando lo llame por su nombre, el perro se dará cuenta que soy su amigo y vendrá. Entonces lo podré tener conmigo.

—No te hagas muchas ilusiones —dijo Samuel.

Y una vez más volvió a pensar cuán sólo se sentiría su hijo para concentrar tantas esperanzas en un animal semisalvaje.

Una luz se encendió en el traductor. El selector había descubierto en qué lenguaje estaba el original, y ahora comenzaba la traducción.

Veinte minutos después, el trabajo estaba terminado. Cuando Samuel comenzó a leer, Marcos saltó sobre él y trató de arrebatárselo la traducción. La primera reacción de Samuel fué de fastidio por la brusquedad del chico. Pero luego comprendió la ansiedad y el miedo de ser decepcionado que lo impulsaba y se tragó las palabras ásperas que estaba a punto de soltar.

—¡Un momento, Marcos, un momento!

Recogió la traducción y se sentó para leerla.

—Puedes leer al mismo tiempo, si quieres —dijo a su hijo.

—Sólo quiero saber el nombre del perro.

—Lo importante es el nombre de su amo: Julián Hágstrom, dice que se llamaba. Y estaba en una astronave con su hermano Raúl.

Pero los ojos de Marcos se habían adelantado.

—¡Mira, papá; aquí está el nombre del perro...: Arkem! ¡Qué nombre

tan raro! ¿Qué querrá decir?

—No lo sé, hijo —respondió Samuel, distraídamente.

Pero Marcos no estaba verdaderamente interesado en la respuesta. Salí corriendo de la nave y gritando:

—¡Arkem!... ¡Arkem!...

Sus llamadas quedaron sin respuesta. Después de unos minutos, volvió a la nave, con el desencanto retratado en el rostro.

—No me oyó. Debe de estar muy lejos.

Samuel asintió. Había dejado la traducción sobre las rodillas y miraba ligeramente delante de sí, como si quisiera ver a través de la pared de la nave.

—¿Pasa algo, papá?

—¿Cómo? No, no pasa nada. Estaba pensando simplemente en lo que he leído.

—Tuvieron un accidente, ¿verdad? ¿Cómo fué?

FUE porque su astronave no era tan buena como la nuestra. Julián Hágstrom, el hombre que murió, fué enterrado aquí por su hermano. Raúl puso esta narración en la piedra, para señalar la tumba. Creo que también grabó algo en ella, pero el tiempo lo ha borrado.

—Entonces tiene que haber sido hace mucho tiempo; tal vez años...

—Sí, fué hace muchos años. Después de enterrar a Julián, Raúl procuró reparar la espacionave y partió en dirección a donde él creía que estaba un planeta civilizado. Nunca llegó.

—¿Cómo lo sabes, si él escribió estos apuntes antes de embarcar?

—Si hubiera llegado, lo sabríamos, no te quepa duda..., y Sara, tu madre, estaría viva.

Marcos se quedó perplejo; volvió a mirar la traducción.

—Aquí dice que intentó revertir el proceso de envejecimiento. ¿Qué significa eso? ¿Qué es la inmortalidad, papá?

—Una cosa que buscaban él y su hermano. Algo para que la gente no muriera. Tenían una espacionave llena de perros y de otros animales. Todos murieron en los experimentos; todos menos Arkem. Habían puesto grandes esperanzas en Arkem, que soportó diversos tratamientos y era el favorito de Julián. Luego vino el accidente. El método ideado no podía nada contra la muerte violenta. Además, ellos dos no se habían sometido aún a él. Cuando Raúl enterró a su hermano, el perro se mostró tan triste y aulló tanto que Raúl decidió dejarlo aquí. Además, el mecanismo purificador de aire estaba descompuesto, y Raúl pensó que la posibilidad de salvarse eran mayores si viajaba él sólo. Pero no le sirvió de nada: se perdió en el espacio. De lo contrario, sabríamos algo de él.

Desde fuera de la espacionave llegó un aullido.

—¡Es Arkem! —gritó Marcos—. ¡Espera, que voy a llamarlo!

Marcos salió corriendo. Samuel lo siguió.

—No te hagas demasiadas ilusiones —le gritó; pero el chico no lo oía.

—¡Arkem! ¡Arkem! —gritaba.

El perro se mantenía alejado y en guardia, sin dar señales de reconocer su nombre. Samuel puso un brazo sobre el hombro de Marcos.

—¡Arkem! ¡Arkem!... ¡Ven aquí, Arkem!

El perro empezó a rumbear.

LOS ojos del niño se llenaron de lágrimas.

—¡No sabe su nombre! ¡No sabe su nombre!... ¡Arkem!

—¡Es inútil, Marcos; ya ha olvidado que tenía un nombre. Tendrás que renunciar a él.

—¡Pero es imposible que uno olvide su propio nombre!

—En ochocientos años, sí. Hace ochocientos años que sucedió todo esto, Marcos. Por eso hubo que tradu-

cir el escrito. Arkem es inmortal. Durante su larga vida ha olvidado no sólo su nombre, sino también al amo que lo dejó aquí. Si Julián Hágstrom volviera a la vida por un milagro, estoy seguro que el perro no lo reconocería, pues lo único que une a éste con su vida anterior es ese montón de piedras. El perro ya no sabe siquiera que está guardando a su amo; ha vivido tanto tiempo lejos de seres humanos vivos, que su cerebro no es más que un conjunto de reflejos y de movimientos instintivos.

—Yo lo educaré —insistió Marcos—. Algunas veces se olvidan las cosas; pero, después de un tiempo, uno las vuelve a recordar. El recordará su nombre. ¡Arkem!

—Es inútil, hijo. Durante ochocientos años ha estado unido a ese montón de piedras. Nunca recordará nada que no sea eso. Yo te regalaré otro perro.

—¿Es que piensas que nos volvemos a Marte o a la Tierra?

—A algún lugar así. A un lugar donde podamos encontrar gente. Estar solo en el espacio no es bueno para ti.

—¡No, papá, no quiero que me dejes solo!

—Nunca lo he pensado, hijo. Estar solo en el espacio, tampoco para mí es bueno.

—¿Estás seguro? ¿No cambiarás de decisión?

La expresión de satisfacción y a la vez de duda, que cambió el rostro de su hijo, llenó de desconcierto a Samuel, el cual dijo, marcando bien las palabras:

—No cambiaré. He decidido que no se puede abusar de lo bueno... si es que el dolor es bueno.

De pronto, sin ninguna razón aparente, el perro les ladró y retrocedió con el pelo erizado.

—¿No lo podemos llevar con nosotros? No me gusta dejarlo solo aquí.

—Aquí no es feliz, pero menos lo será alejado de su monte de piedra y de barro. Quizá...

Marcos no vio cómo su padre sacaba la pistola y la volvía a dejar en su lugar, diciendo:

—No, no es asunto mío. Tal vez la suerte le haga sufrir un accidente.

—¿Qué has dicho, papá?

—Nada, hijo. Vamos, Marcos. Zarpamos hacia la civilización.

Una hora después, la astronave se levantaba en el aire. En medio del zumbido de los cohetes, le pareció a Samuel, o se lo imaginó, que oía el prolongado quejido de aquel ser condenado a soportar por toda la eternidad su dolor irracional. ♦

Transmisores mezclados

HASTA ahora, para la fabricación de transistores se han venido usando principalmente dos metales: el silicio y el germanio. Uno y otro tienen ventajas y desventajas. Con el germanio se pueden fabricar transistores de gran poder de amplificación, pero deja de ser utilizable por encima de los 70°C. El silicio, en cambio, puede soportar con toda facilidad temperaturas superiores a los 100°C. El problema ha podido ser resuelto recientemente al formar cristales mixtos de germanio y silicio, obtenidos a partir de un baño, compuesto por una mezcla de las dos substancias purificadas con mucho cuidado. Lo interesante es que los transistores mixtos tienen propiedades intermedias entre los dos constituyentes, y que, variando las proporciones de ambos, varían en relación las propiedades.

por JAMES E. GUNN

LA CAVERNA DE LA NOCHE

Para que una tragedia lo sea verdaderamente, tiene que cumplir los requisitos científicos más estrictos. ¡Esta los cumplía todos!

Ilustrado por MEL HUNTER

LA frase fué empleada por primera vez por un poeta, disfrazado de periodista cínico. Desde el primer día en que apareció, fué profusamente reproducida. Decía:

A las ocho de la noche, cuando la puesta del Sol haya cedido el paso a las tinieblas, ¡alzad los ojos! Allí arriba hay un hombre, donde nunca estuvo otro alguno.

Se ha perdido en la caverna de la noche...

Las titulares exigían algo corto, vi-

goroso y descriptivo: aquello, precisamente. No era muy verídico, pero servía.

Si había alguien en una caverna, era el resto de la humanidad. Penosa, triunfalmente, un hombre había salido de ella. Ahora no podía encontrar el camino para volver a la caverna donde estábamos los demás.

Lo que sube arriba, no siempre puede bajar.

Eso fué el primer día. Después vi

nieron veintinueve días de angustiosa expectación.

La caverna de la noche. Me habría gustado que la frase fuera mía.

Ahí, ahí estaba el nombre, el símbolo. Era lo primero que veía cualquiera al echar una mirada al diario. La gente preguntaba:

—¿Cuál es la última noticia de la caverna?

La caverna encerraba todo el drama, la inquietud, la esperanza.

QUIZA era la influencia de Floyd Collins. Los periódicos estudiaron en sus archivos aquella vieja tragedia, comparándola con ésta; recordaron también a la niña (Kathy Fiscus, ¿no?) que quedó atrapada en una tubería de desagüe abandonada, en California; y otras cuantas tragedias.

Parece ser que periódicamente ocurre una serie de acontecimientos tan accidentalmente dramáticos que los hombres pierden sus odios, sus terrores, sus timideces y sus deficiencias, y la raza humana reconoce momentáneamente su fraternidad.

Las circunstancias esenciales son las siguientes: Una persona tiene que encontrarse en un peligro desesperado y poco común. Tiene que haber pruebas de que esa persona está aún con vida. Se tiene que tratar de salvarla. Y hay que darle al caso gran publicidad.

Quizá se podría construir artificialmente; pero si el mundo descubriera el engaño, nunca lo perdonaría.

Como muchos otros, he intentado analizar las causas por las cuales una raza de seres fríos, egoístas y penden-cieros comparten por un instante esa emoción supremamente humana de la simpatía; pero no lo he conseguido. De pronto, un desconocido distante tiene más importancia para ellos que su propia comodidad. Durante todo el día rogarán: ¡Vive, Floyd! ¡Vive, Kathy! ¡Vive, Rev!

Nos cruzamos en la calle, y aunque antes no nos habríamos saludado si quiera, nos preguntamos:

—¿Cree que llegarán a tiempo?

Optimistas y pesimistas lo esperan así. Todos confían en ello.

En cierto modo, este caso era distinto; era algo voluntario. Conociendo el riesgo, y aceptándolo porque no había otro modo de hacerlo, Rev había entrado en la caverna de la noche. El accidente era que no podía volver de allí.

Las noticias llegaron (literalmente) de la nada, al mundo desprevenido. La primera mención que recuerdan los historiadores. Provino de un operador de radio, aficionado, de Davenport, Iowa, que captó una señal de auxilio en una calurosa noche de junio.

El mensaje, según declaró luego el operador, se desvanecía, llegaba a un punto culminante y volvía a desvanecerse. Esto es lo que se oyó:

“... y los tanques de combustibles vacíos... ceptor roto... transmito esto por si alguien lo capta y... no puedo volver... atascado...”

Un comienzo bastante impreciso.

El mensaje siguiente fué recibido por la radio de una base militar, cerca de Fairbanks, Alaska. Fué por la madrugada. Media hora más tarde, un obrero de Boston, que trabajaba de noche, captó con su receptor de onda corta algo que le hizo correr inmediatamente al teléfono.

Aquella mañana, el mundo entero conoció la historia. Se desató una oleada de emoción e interés. Girando en una órbita, a 1.730 kilómetros por encima de sus cabezas, había un hombre, un oficial de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, en una astronave sin combustible.

SOLO el hecho de tratarse de una nave del espacio habría bastado para captar la atención del mundo. Era una hazaña más monumental que

todas las que la humanidad había realizado hasta entonces, e infinitamente más espectacular. Era la liberación de la tiranía de la Tierra.

Hay regiones que la humanidad encuentra particularmente agradables. Como todas las criaturas de la Tierra, el hombre es producto y víctima del ambiente. Si triunfo es el del esclavo convertido en amo. A diferencia de los animales más especializados, se ha distribuido por toda la superficie de la Tierra.

El hombre se convirtió en animal ecuatorial, en animal de las zonas templadas y de los círculos polares; se convirtió en habitante de las llanuras, de los valles, de las montañas. El pantano y el desierto fueron igualmente su hogar.

El hombre creó su propio ambiente. Con su imaginación inventiva y sus hábiles manos, le fué dando forma, fué venciendo el calor y el frío, la humedad y la aridez, la tierra, el mar y el aire. Ahora, con su ciencia, lo había conquistado todo: se había independizado del mundo que lo vió nacer.

Un pastel de cumpleaños celebraba la mayoría de edad de toda la humanidad.

Brutalmente, el desastre ponía la última capa al pastel. Pero había allí algo más. Quizá fué su aspecto el que durante unos pocos días unió a la humanidad, haciendo posible lo que hicimos.

Era un signo: El hombre no es nunca independiente de la Tierra; lleva consigo su ambiente; siempre y en todos lados forma parte de la humanidad. Era una conquista suavizada por una confesión de mortalidad y error.

Era una declaración: El hombre lleva en sí cualidades de grandeza que nunca aceptarán la restricción de las circunstancias; pero, sin embargo, lleva también las semillas de la falibilidad que todos reconocemos en nosotros mismos.

Revera uno de nosotros. Su triunfo era nuestro triunfo; su peligro (más plena y claramente aún), nuestro peligro.

Reverdy L. McMillen, III; teniente primero de la Fuerza Aérea de Estados Unidos; piloto de cohetes; un hombre: Rev. No se hallaba sino a mil setecientos kilómetros de distancia, pidiendo auxilio; pero esos kilómetros eran hacia arriba. Llegamos a conocerlo tan bien como si hubiera sido un miembro de nuestra familia.

LA noticia me produjo una profunda impresión personal. Yo conocía a Rev. Habíamos llegado a ser buenos amigos en la universidad, y la fortuna nos reunió en la Fuerza Aérea, yo como escritor y él como piloto. Yo salí de ella en cuanto pude; pero Rev siguió en la aviación.

Recuerdo que me quedé mirando el retrato de Rev, en el diario de la noche (pelo liso y negro, bigote fino y llamativo, orejas a lo Clark Gable, sonrisa burlona) y volví a sentir, como manifestación física, su gran alegría de vivir.

Ahora estaba solo, y bien pronto todo podría extinguirse. Me propuse ayudarlo.

Eran momentos de loco entusiasmo. Una verdadera multitud llenaba el campo de la Fuerza Aérea, en Cocoa, Florida, ofreciéndose para toda clase de servicios. Pero yo no era ingeniero. Ni siquiera era soldador o montador.

Pero, al menos, podía contribuir con las palabras.

Llegué a un apresurado acuerdo verbal con un diario de la localidad y tomé un avión para Washington D. C. Durante largo tiempo me agradó el pensar que lo que escribí en los días subsiguientes tuvo algo que ver con los acontecimientos que se sucedieron.

El comité investigador del senado fué el responsable del fiasco de Washington. Citó a todos los que tenían

algo que ver en el asunto... y de ese modo los apartó del trabajo vital que estaban realizando. Pero, al cabo de un solo día, el comité se dió cuenta de que había mordido un bocado intragable e inescupible.

El general Beauregard Finch, jefe del programa de investigación y desarrollo, era el duro bocado que se les atragantaba. Fría y correctamente les describió el desarrollo del proyecto.

En palabras más elocuentes por su breve precisión, describió el despeque de la gigantesca nave de tres cuerpos, lanzada hacia el espacio por una combinación de hidracina y ácido nítrico. Al cabo de cincuenta y seis minutos, el tercero y último cuerpo había alcanzado la altura de su órbita, o sea 1.730 kilómetros.

Había llegado al límite. Para mantenerse en la órbita, los motores tenían que apagarse en quince segundos.

Y en aquel momento, el desastre se había reído de los cuidadosos cálculos humanos.

ANTES de que Rev hubiera podido vencer el mecanismo automático, los motores habían funcionado durante casi medio minuto. El combustible necesario para que la nave descendiera y volviera a entrar en la atmósfera donde la Tierra lo atraería de nuevo, había desaparecido casi por completo.

El hecho era el siguiente: Rev estaba allí arriba, y allí se quedaría hasta que alguien subiera por él.

Pero no había ningún medio de llegar hasta allí.

El comité aceptó aquello como un reconocimiento de culpa e incompetencia. Habían tratado de librarse de ellas, pero el general Finch no se dejó intimidar. Se había enviado una nave con tripulante, porque ningún calculador mecánico o eléctrico tenía las vastas posibilidades de decisión y acción de un ser humano.

Era cierto que no se había construído más que una nave. Pero también había para ello sus buenos motivos; una razón completamente práctica: el dinero.

Los líderes, por definición, se adelantaban siempre a su pueblo. Pero éste no era un campo en que podían mostrarle el camino para que lo siguieran.

Era una empresa en campos nuevos y costosos.

Pero no estoy escribiendo una historia, los estantes de las librerías están llenos de ellas. Y no hablaré de las repercusiones internacionales más que lo necesario para demostrar que el acontecimiento sobrepasaba las fronteras nacionales tanto como la nave de Rev al describir su órbita.

LA órbita era casi perpendicular al ecuador. La nave se desplazaba por el norte hasta Nome, y por el sur hasta la Pequeña América del continente antártico. Tardaba dos horas en completar un círculo gigantesco. Mientras tanto, la Tierra giraba debajo de ella. Si la nave hubiera estado equipada con los instrumentos ópticos adecuados, Rev podría haber observado todos los lugares de la Tierra, dentro de las veinticuatro horas.

Pero lo que había sobre nuestras cabezas no era un observador militar. Era un hombre que moriría en pocos días, si antes no llegaba el auxilio necesario.

El mundo entero afreció lo que tenía. Hasta la propia U. R. S. S. anunció que estaba equipando una nave de salvamento.

La carrera comenzó.

¿Llegarían a tiempo los auxilios a la nave? El mundo entero rezaba para que así fuera, y escuchaba diariamente la voz del hombre al que esperaban poder salvar de la muerte.

El problema era el siguiente:

El viaje que se había planeado era

Grandes novelas publicadas en MAS ALLA

Algunos números atrasados de MAS ALLA están disponibles al precio de \$ 6.— cada uno. En ellos se han publicado, entre otras, las siguientes novelas:

EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	Números
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein	6
LA ISLA DEL DRAGON, por Jack Williamson	9, 10 y 11
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple.....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27
MUNDO DE OCASION, por F. Pohl y C. M. Kornbluth	28 y 29
EL HOMBRE ANIQUILADO, por Alfred Bester	30

Más allá

AV. ALEM 334 — BUENOS AIRES

Deseo adquirir los siguientes números de MAS ALLA. Adjunto cheque o giro postal por m/\$n 6.— el ejemplar. (En el exterior: \$ 8.— o US \$ 0.50).

1 - 2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 - 10 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16
17 - 18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27 - 28 - 29 - 30 - 31

(Sírvasse señalar con un círculo los ejemplares solicitados)

Nombre

Dirección

Localidad

(ESCRIBIR CLARO)

de corta duración. Racionándolos cuidadosamente, los alimentos y el agua podían durar más de un mes; pero el oxígeno, por mucho que se redujera la actividad para conservarlo, no podía durar más de treinta días. Ese era el límite absoluto.

Recuerdo haber leído en un diario los cálculos cuidadosamente detallados, y haberlos estudiado con la esperanza de que hubiera algún error. Pero no lo había.

AL cabo de unas cuantas horas, se localizó la primera sección de la nave, que flotaba en el Atlántico. La remolcaron y la llevaron a Cocoa, Florida. Hizo falta casi una semana para localizar y llevar al campo de pruebas la segunda sección que había aterrizado a 1.500 kilómetros de distancia.

Las dos secciones estaban prácticamente intactas; su descenso había sido suavizado por un paracaídas. Podían limpiarse y repararse para usarlas de nuevo. Lo malo era el tercer cuerpo vital: la sección de la proa. Había que diseñar y construir uno nuevo, antes de que transcurriera un mes.

La locura del espacio se convirtió en una nueva forma de histerismo. Leíamos estadísticas, nos aprendíamos de memoria detalles insignificantes, estudiábamos diagramas, nos enterábamos de los riesgos y peligros de la navegación del espacio y el modo de afrontarlos. Todo aquello se convirtió en parte integrante nuestra. Presenciábamos el lento progreso de la segunda nave y, silenciosa, tensamente, la apremiábamos a que iniciara la ascensión.

El paso periódico de la nave de Rev se convirtió en algo inseparable de la vida diaria de todos nosotros. El trabajo se interrumpía mientras la gente corría a las ventanas o a sus pantallas de televisión, con la esperanza de divisar un instante la rápida forma de la nave, tan cercana y tan lejos de nuestro alcance a la vez.

Y seguíamos escuchando la obsesiva voz que salía de la caverna de la noche:

"He estado mirando por las ventanillas. Nunca me canso de hacerlo. Por la de la derecha, veo algo que parece una cortina de terciopelo negro, con una fuerte luz detrás de ella. En la cortina hay agujeros pequeñísimos, y la luz brilla a través de ellos, no vacilante y centelleando como la luz de las estrellas, sino de un modo constante. Aquí no hay aire. Por eso no hay centelleo. La mente lo comprende aunque al mismo tiempo lo interprete mal.

"El aire de mi nave aguanta mejor de lo que yo esperaba. A juzgar por mis cálculos, tiene que durarme veintisiete años más. No debería usar tanto, hablando todo el tiempo, pero me cuesta mucho el dejarlo. Si hablo, me parece que sigo en contacto con la Tierra, que soy aún uno de vosotros aunque esté aquí arriba.

"A través de la ventanilla de la izquierda veo la bahía de San Francisco, como un brazo largo y oscuro: un tentáculo del pulpo oceánico. La ciudad misma parece un montón de diamantes, con cintas luminosas que se extienden desde ella. Brilla alegremente mi vieja amiga. Me echa de menos, dice. Vuelve pronto, dice. Ahora ha desaparecido de la vista. ¡Adiós, San Francisco!

"¿Me oís ahí abajo? A veces lo dudo. Ahora no podéis verme. Estoy en la sombra de la Tierra. Tendréis que aguardar varias horas la llegada del alba. La mía llegará dentro de unos minutos.

"Sé que ahí abajo estáis muy atareados. O mucho me equivoco o estáis preocupados por mí, trabajando para venir por mí, y olvidando todo lo demás. No sabéis la sensación que esto me produce. Pero espero sinceramente que no lo sepáis nunca, aunque es una sensación maravillosa.

"Es una lástima que el receptor se

rompiera; pero, entre el uno o el otro, me alegro de que no fuera el transmisor. Aquí no hay nadie más que yo. Abajo hay miles de millones de seres con quien hablar.

"Me gustaría que por algún medio, yo pudiera comprobar que me estáis oyendo. Eso solo bastaría para impedir que me vuelva loco."

REV, tú eras uno entre millones. Leímos todo lo relativo a tu selección, a tu entrenamiento. Eras nuestro representante, elegido con el máximo cuidado.

Entre los mil hombres que pasaron el rígido examen inicial, demostrando que poseían los requerimientos necesarios de educación, estado físico y emocional, y edad, sólo cinco tenían las cualidades necesarias para el viaje al espacio. No podían ser demasiado altos, demasiado corpulentos, demasiado jóvenes o demasiado viejos. Las pruebas médicas y psiquiátricas los fueron reduciendo aún más.

Una de las máquinas de entrenamiento (¡Dios mío, cómo estudiamos aquello!) reproduce el esfuerzo de la aceleración de un cohete. Otra, enseña a los hombres a maniobrar la nave en el espacio sin peso. Una tercera, reproduce las condiciones de la estrecha y cerrada cabina de la nave del espacio. De los cinco finalistas, tú fuiste el único que poseía todos los requerimientos necesarios.

No, Rev; si alguien podía seguir siendo cuerdo en esas circunstancias, ese alguien eras tú.

Hubo millares de sugerencias, inútiles en su mayoría. Los psicólogos sugerían el autohipnotismo; los oculistas, el yoga. Un hombre envió un diseño detallado de un electroimán gigantesco, con el que se podía atraer hacia la Tierra la nave de Rev.

El general Finch tuvo la única idea práctica. Trazó un plan para darle a conocer a Rev que lo escuchábamos.

Eligió la ciudad de Kansas y fijó la hora.

—A las doce de la mañana en punto —dijo—. Ni un minuto más tarde ni más temprano. En ese momento, pasará sobre la ciudad.

Y a medianoche, todas las luces de la ciudad se apagaron y se encendieron, se apagaron y volvieron a encenderse.

Durante unos cuantos y horribles minutos nos preguntamos si el hombre que estaba en la caverna de la noche lo habría visto. Luego, oímos la voz, aquella voz ahora tan conocida de todos que parecía que siempre había estado con nosotros formando parte de nosotros mismos, de nuestros sueños y de nuestras vigiliadas.

La voz estaba enronquecida por la emoción.

"Gracias..., gracias por escucharme. Gracias, Kansas City. Vi cómo me hacías señas. No estoy solo. Ahora lo sé. Nunca lo olvidaré. Gracias".

Y luego el silencio, mientras la nave se hundía en el horizonte. A veces, nos la imaginábamos girando continuamente en torno a la Tierra, con su trayectoria que seguía exactamente la curvatura del globo. Y nos preguntábamos si se detendría alguna vez.

¿Sería como la luna un satélite eterno de la Tierra?

Realizábamos nuestras tareas diarias como autómatas, mientras el tercer piso del cohete iba tomando forma. Trabajábamos de adelantarnos a la provisión de aire que disminuía, y la muerte trataba de apoderarse de la nave que se movía a 25.000 kilómetros por hora.

VEIAMOS crecer la nueva astronave. En nuestras pantallas de televisión veíamos la construcción de los tanques celulares de combustible, de los motores del cohete, y de la fantástica multitud de bombas, válvulas, medidores, palancas, circuitos, transmisores y tubos,

El lugar destinado al personal de vuelo tenía una capacidad para cinco hombres en vez de uno. Era de una sencillez espartana en medio de aquella complejidad. Parecía como si nosotros mismos fuéramos a vivir allí; a vigilar aquellos diales e instrumentos; a agarrar los controles de los brazos de la silla, buscando el signo infinitesimal enviado por el piloto automático; a sentir cómo la carne blanda, los blandos órganos eran arrancados del duro hueso, mientras nos lanzaban hacia arriba, penetrando en la caverna de la noche.

Vimos cómo el blindado cubría protector las partes vitales de la cabeza de la nave; cómo le ponían las alas, que harían de la nave un enorme planeador de metal, cuando descendiera sin combustible a la Tierra, una vez realizada su labor.

Conocimos a los hombres que iban a tripularla. Llegamos a conocerlos íntimamente mientras los veíamos entrenarse, luchar contra las gravedades artificiales, probar los trajes espaciales en vacíos simulados, practicar sus maniobras en el ambiente sin peso de la libre caída.

Sólo vivíamos para eso.

Y escuchábamos la voz que llegaba hasta nosotros desde la caverna de la noche:

"Veintiún días. Tres semanas. Perciben más. Me siento un poco torpe; pero no hay lugar para hacer ejercicio en un ataúd. Los alimentos concentrados que he estado comiendo son buenos, pero no para un régimen prolongado. ¡Oh, lo que daría por un pedazo de pastel de manzana casero!

"La ausencia de peso me molestó al principio. Me parecía que estaba sentado en una pelota que giraba en todas direcciones a la vez. Devolví el desayuno un par de veces, antes de aprender a mirar a un solo punto. Si no se mira de un lado para otro, no pasa nada.

"¡Ahí está el lago Michigan! ¡Dios mío, que azul está hoy! ¡Deslumbrante la vista! Ahí está Milwaukee. Debe de hacer mucho calor en Chicago. Aquí también está un poco pesada la atmósfera. Los absorbedores de agua parecen estar sobrecargados.

"Sé que estáis trabajando para bajarme de aquí. Si no lo conseguís no importa. Mi vida no se habrá desperdiciado. He hecho lo que siempre deseé hacer. Volvería a hacerlo.

"Pero es una lástima que no tuviéramos dinero más que para una nave".

Y de nuevo la voz:

"Hace una hora vi el sol que salía por Rusia. Desde aquí aquella parece una tierra como las demás: verde donde debe ser verde; un poco más al norte, de un color fangoso, y luego blanca, donde la nieve es muy espesa.

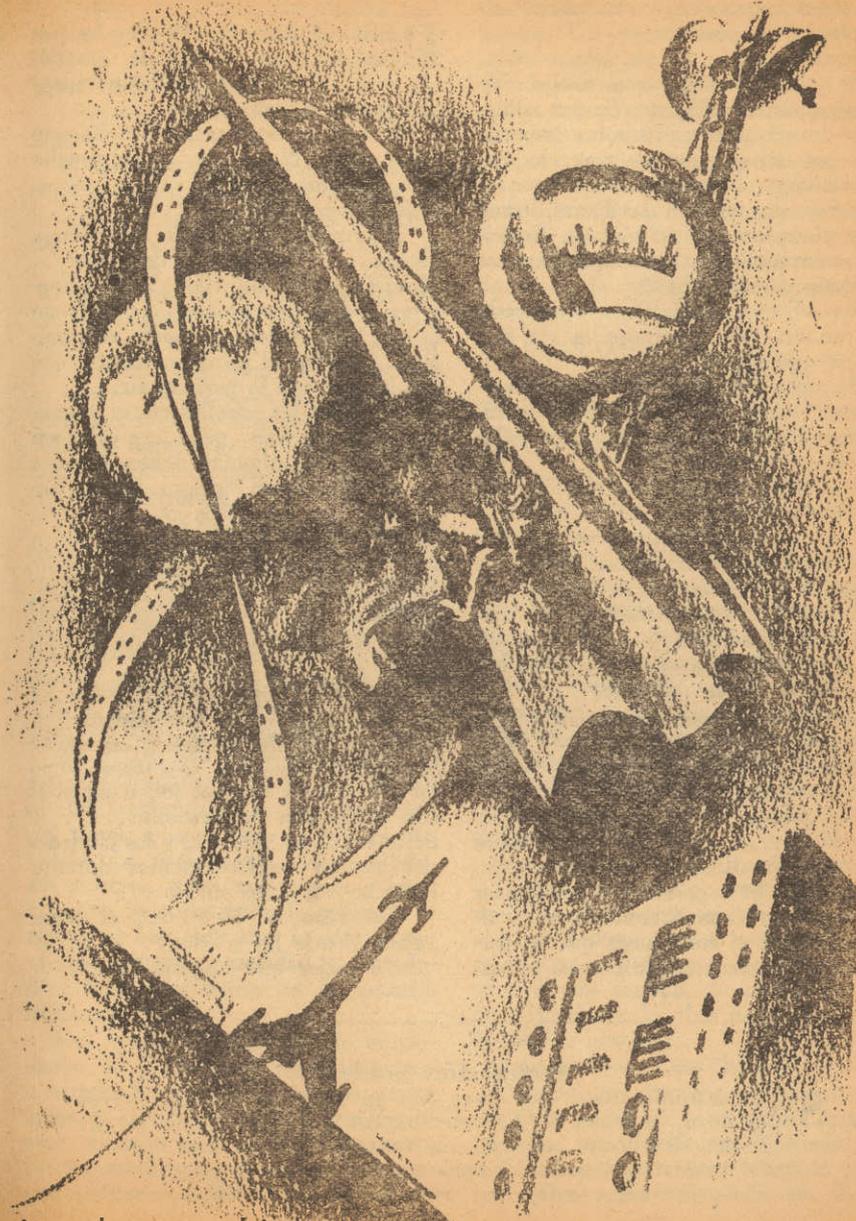
"Aquí arriba me pregunto por qué somos tan distintos, cuando la tierra es siempre la misma. Uno piensa: todos somos hijos del mismo planeta. ¿Quién dice que somos distintos?

"¿Creéis que estoy loco? Tal vez tengáis razón. No me importa decir cualquier cosa, con tal de decir algo. En esta ocasión nadie me interrumpirá. ¿Es que acaso algún hombre ha tenido tanto público?"

La voz de arriba ahora grabada para la historia:

"Creo que los aparatos están bien. ¡Eh, mecánicos de la regla graduada, artistas de los tubos de ensayo!, ¿estáis recibiendo los datos acerca de los rayos cósmicos, del polvo meteórico, de esas islas que nunca figurarán en un mapa, de las formaciones de nubes, de los movimientos del viento y demás datos meteorológicos? Espero que los medidores telemétricos funcionarán. Son más importantes que mi voz."

No lo creo así, Rev. Pero hemos recibido los datos. Parte de ellos se emplearon en las nuevas naves. Naves, no nave; pues no nos limitamos a cons-



truir una sola. Antes de recibir los datos, ya teníamos dos aparatos de tres secciones terminados, y una docena de secciones de proa.

La voz:

"El aire es malo esta noche. No consigo respirar a gusto. Se me adhieren a los pulmones. Pero no importa. Me gustaría que pudierais ver lo que yo he visto: el vasto universo que se extiende en torno a la Tierra, como una novia con un velo suave. Entonces comprenderíais que aquí tenemos también nuestro lugar".

Lo sabemos, Rev. Tú nos marcaste el camino. Nos mostraste la vía que había que seguir...

Siempre lo escuchábamos atentamente. Ahora me parece que contuvimos el aliento durante aquellos treinta días.

Por fin vimos cómo le ponían a la nave el combustible: ácido nítrico e hidracina. Un mes antes, no conocíamos siquiera los nombres; ahora nos parecían las sustancias de la vida misma. Por las largas mangueras espaciales, cuidadosamente sujetas, fué pasando a los cohetes más de medio millón de dólares en combustible.

Los estadísticos calcularon que más de cien millones de americanos miraban sus pantallas de televisión aquel día. Las miraban y rezaban.

De pronto, los proyectores enfocaron la nave de Rev, que volaba sobre nosotros, en dirección al sur. Los técnicos eran ya expertos. Los telescopios la captaron inmediatamente y la siguieron por el cielo hasta que se perdió en el horizonte. No parecía en na-

da diferentes cuando la vimos por primera vez.

PERO la voz que nos llegaba por los altavoces era distinta; era débil; tosía con frecuencia, deteniéndose para cobrar aliento.

"El aire es muy malo. Tenéis que daros prisa. No puedo durar mucho más... ¡Qué tonto!... ¡Claro que os estáis apresurando!

"No quiero que nadie me tenga lástima... He vivido de prisa... ¿Treinta días? He visto 360 amaneceres y 360 anohecidos... He visto lo que ningún hombre había visto antes... Yo fuí el primero. Eso es algo por lo que vale la pena morir...

"He visto las estrellas claras y serenas. Parecen frías, pero hay calor en ellas, y vida. Algunas tienen familias de planetas como nuestro sol... Tenía que ser así. Dios no las habría puesto ahí sin fin alguno... Pueden ser los hogares de nuestras generaciones futuras. O, si tienen habitantes, podremos comerciar con ellos; cambiar mercaderías, ideas, el amor de la creación...

"Pero además he visto la Tierra. La he visto como no la ha visto ningún hombre: girando debajo de sí, como una pelota fantástica, con mares como de cristal azul bajo el sol, o agitados con grises olas tempestuosas... y la tierra verde de vida... y las ciudades del mundo resplandecientes durante la noche... y los pueblos...

"He visto la Tierra..., el lugar amado donde he vivido... la he conocido mejor que ningún hombre; la

Aceleración doble

Si un automovilista que corre con su coche a 100 kilómetros por hora, lo frena a 19,50 metros, tanto él como todo lo que esté dentro del coche sufrirá, con respecto a éste, una aceleración doble de la gravedad, lo que equivale a decir que, durante la frenada, tendrá un peso doble del habitual.

he amado más, y he comprendido mejor a sus hijos... ha sido un bien...

"Adiós... Tengo una tumba mejor que el más grande de los conquistadores de la Tierra... ¡Silencio! ¡Que nadie me despierte!"

Lloramos. ¿Cómo íbamos a dejar de llorar?

El salvamento estaba tan cercano..., y no podíamos apresurarlo. Mirábamos los preparativos sintiéndonos impotentes. La tripulación fué izada hasta la sección de la cabeza, allá en la cúspide del triple cohete, que era tan alto como un edificio de 24 pisos. "¡Pronto, pronto!", les instamos. Pero no podían apresurarse. Interceptar un blanco que se mueve rápidamente, es asunto de gran precisión. El despegue estaba calculado e impreso en el metal y el cristal, y en los electrones libres de un calculador electrónico.

La nave fué ajustada metódicamente. Los espectadores se apartaron de la base de la nave. Aguardamos. La nave esperaba. A pesar de lo alta y esbelta que era parecía agazapada. Alguien fué contando los segundos para el mundo que aguardaba sin aliento: diez..., ocho..., cinco..., cuatro..., tres..., uno..., ¡*disparen!*

No hubo llama alguna; pero, un instante después, la vimos elevarse en el aire, surgiendo de la boca de escape del túnel, a unos cien metros de distancia. La nave quedó en equilibrio, sin moverse, sobre una gruesa y corta columna incandescente; la columna se alargó, se hizo más alta; la enorme nave fué tomando velocidad y achicándose hasta convertirse en un puntito brillante.

Las lentes del telescopio lo encontraron, lo perdieron y volvieron a encontrarlo. Se arqueó hacia uno de los lados y siguió veloz en dirección al mar. Al cabo de 84 segundos, los cohetes posteriores se detuvieron, y nuestros corazones se detuvieron con ellos.

Luego, vimos que la primera sección se había desprendido. El resto de la nave siguió adelante, dejando un rastro de llamas. Un paracaídas en forma de anillo surgió de la primera sección, retardando su caída.

La segunda sección se desprendió 124 segundos más tarde. La sección de proa, con su cargamento humano y su equipo de salvamento, siguió sola. A 100 kilómetros de altura, los escapes dejaron de lanzar llamas. Aquella tercera sección subiría hasta bordear el límite de la gravedad mil seiscientos kilómetros más arriba.

ESTABAMOS con el alma en un hilo, mientras la nave de salvamento desaparecía más allá del horizonte de la cámara de televisión más potente. En aquellos momentos, se hallaba ya al otro lado del mundo, dirigiéndose veloz a su bien planeada cita con la nave gemela.

¡*Aguanta, Rev!* ¡*No te dejes vencer!*

Cincuenta y seis minutos. Eso era todo lo que teníamos que esperar. Cincuenta y seis minutos desde el despegue hasta que la nave llegara a su órbita. Después de aquello, los salvadores tendrían que ajustar su velocidad y enviar a uno de sus tripulantes, vestido con un traje espacial, a través del vacío que separaba a las dos naves, sobre la vasta esfera de la tierra que giraba bajo de ellas.

Los seguimos con la imaginación.

Trancurrirían luego varios minutos mientras el salvador se asía a la nave, abría cuidadosamente la portezuela para que no se perdiera nada del precioso aire que restaba, y entraba en la nave donde un hombre había conocido la soledad absoluta.

Esperábamos. Confiábamos.

Pasaron los cincuenta y seis minutos. Pasó una hora... y treinta minutos más. No olvidábamos (nos lo recordábamos unos a otros) que lo que interesaba antes que nada era Rev;

que tal vez pasarían varias horas hasta que recibiéramos la primera noticia.

La inquietud aumentaba de un modo insoportable. La nación, el mundo entero, aguardaba la noticia tranquilizadora.

Cuando faltaban dieciocho minutos para las dos horas (*demasiado pronto*, salvo que fuéramos en exceso exigentes) oímos la voz del capitán Frank Pickrell, que más tarde se convertiría en el primer comandante del *Bañuelo*: Hablaba lentamente.

"Acabo de entrar en la nave. La portezuela estaba abierta". Hizo una pausa. Lo que se deducía de sus palabras nos dejó aturridos. Lo escuchamos en silencio. "El teniente McMillen ha muerto. Murió heroicamente, aguardando hasta perder toda esperanza, hasta que todos los medidores de oxígeno marcaban cero. Y entonces... En fin, la portezuela estaba abierta cuando nosotros llegamos. Todo había terminado para él.

"De acuerdo con sus deseos su cuerpo permanecerá aquí, en su órbita eterna. Esta nave será su tumba, y toda que todos los hombres la vean cuando alcen los ojos al cielo. Mientras haya hombres en la Tierra girará sobre ellos, como un recuerdo perdurable de lo que han hecho los hombres y lo que aún pueden hacer.

"Esa era la esperanza del teniente McMillen. Hizo esto no solamente como americano, sino como hombre. Murió por toda la humanidad, y toda la humanidad puede gloriarse de ello.

"Desde este momento, aquí estará su santuario, inviolable y sagrado para todos los hombres, para todas las generaciones de los exploradores del espacio. Quedará como un símbolo de que los sueños del hombre pueden realizarse, aunque a veces tenga que pagar para ello un precio muy alto.

"Voy a marcharme. Mis pies serán los últimos que tocarán la nave. El oxí-

geno que puse en libertad está ya casi agotado. El teniente McMillen está en su silla de mando, con los ojos fijos hacia las estrellas. Dejaré las portezuelas abiertas detrás de mí. ¡Que el espacio sin aire acoja en sus fríos brazos y preserve para toda la eternidad al hombre a quien no permitió escapar!"

¡Adiós, Rev! ¡Adiós! ¡Paz en tu eterna noche!

REV no estuvo solo mucho tiempo. Fué el primero, pero no el último en recibir sepultura en el espacio y despedida de héroe.

Esto, como he dicho, no es una historia de la conquista del espacio.

La historia de los esfuerzos combinados que culminó en la construcción de la plataforma orbital llamada irrespetuosamente el *Bañuelo*, ha sido ya contada por otros.

Su contribución a nuestras vidas diarias, se ha convertido ya en algo vulgar y corriente. Es un observatorio, un laboratorio, un vigilante. Descubrimientos asombrosos han salido de ese lugar sin peso, sin aire y sin color.

Ha pagado su costo. Nadie duda de ello. La plataforma y las pequeñas estaciones de relevo han posibilitado las actuales redes mundiales de radio y televisión.

Y hemos conseguido nuevas aventuras. Hemos viajado a los muertos mares de yeso de la Luna, con el primer grupo de exploradores. Este año, vamos a resolver los misterios de Marte. Desde nuestros sillones gozamos de los descubrimientos de nuestros pioneros: nuestras avanzadas, por decirlo así. La plataforma nos ha dado una herencia común, una meta común.

Recientemente, el asunto entero volvió a mi memoria, inundándola de recuerdos. Me paseaba por Times Square, donde todas las caras son siempre

desconocidas, cuando, de repente, me detuve, incrédulo.

—¡Rev! —grité a un hombre que pasó junto a mí, sin mirarme.

Yo me volví y me quedé observándolo. Luego, eché a correr y lo sujeté de un abrazo.

—¡Rev! —repetí, haciéndole dar media vuelta—. ¿Eres realmente tú?

El hombre sonrió con amabilidad.

—Usted me ha confundido con otro —se soltó de mis manos y se alejó.

Entonces me di cuenta de que lo acompañaban dos hombres, uno a cada lado, y noté que me miraban fijamente, como para acordarse de mí.

Probablemente aquello no significaba nada. Todos tenemos un doble. Puede muy bien equivocarme.

Pero luego empecé a recordar.

Lo primero en que tuvieron que pensar los expertos del cohete fué en los gastos. Ellos no tenían dinero. Lo segundo era el peso. Aun sólo un hombre de mediana estatura, resulta demasiada carga para un cohete y los equipos y provisiones esenciales para su supervivencia son más pesados todavía.

Si Rev había escapado con vida, ¿por qué anunciaron que había muerto? Pero pronto comprendí que la pregunta estaba fuera de lugar.

SI mis conjeturas no eran equivocadas, Rev no había subido nunca con la nave. La verdadera carga no consistió sino en un disco de treinta días de duración y un transmisor. Si la hazaña de enviar un cohete tripulado por un hombre estaba más allá de sus medios y su técnica, por lo menos podían enviar aquello.

Y así obtuvieron el dinero, y luego los voluntarios y los técnicos.

Yo creo que los informes telemétricos del cohete les ayudaron en esto. Y lo que consiguieron en treinta días fué un milagro sin igual.

La regulación cronométrica del disco debe haberles insumido meses.

Pero la parte vital del plan era su secreto. El general Finch tenía que saberlo, y también el capitán (ahora coronel) Pickrell, y unos cuantos hombres más y Rev...

Pero, ¿qué habían hecho con éste? ¿Disfrazarlo?... Sí; y luego ocultarlo en la ciudad más grande del mundo.

El pensar en ello me producía una sensación extraña. Como a todo el mundo, no me gusta que me engañen con una tragedia falsa. Y aquello era un engaño.

Me habría gustado creer que me equivocaba; pues el mito formaba ya parte de nosotros mismos.

Pero ahora pienso que, algún día, un aviador del espacio, cuya reverencia sea mayor que sin obediencia, irá en peregrinación al santuario y no encontrará más que una cáscara vacía.

Y me estremezco... porque aquello nos unió.

Quise convencerme de que me equivocaba. El pelo, antes liso y negro, estaba ahora plateado en las sienes y mucho más corto. El bigote había desaparecido. Las orejas de tipo Clark Gable iban ahora pegadas a la cabeza. Según tengo entendido, la operación para este cambio es muy sencilla.

Pero las sonrisas son difíciles de cambiar. Y cualquiera que hubiese vivido aquellos treinta días de marras, no podría olvidar la voz.

Pienso en Rev, en la vida que ha de llevar ahora, en las cosas que le gustaban y que ya no podrá disfrutar, y reconozco que quizás hizo el mayor de los sacrificios.

A veces pienso que habrá momentos en los que deseará estar realmente en la caverna de la noche, sentado en la helada silla de mando, a 1.730 kilómetros sobre la Tierra, mirando las estrellas. ✦

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadrillos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 105 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinnúmero de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta Nº 1:

Pregunta Nº 2:

Pregunta Nº 3:

Pregunta Nº 4:

Pregunta Nº 5:

Pregunta Nº 6:

1 El oxígeno que se utiliza en una estación espacial, convendrá transportarlo:

- A) A la presión atmosférica normal.
- B) A presiones superiores a la normal.
- C) En forma de oxígeno líquido.

2 De la teoría de la evolución de Darwin se deduce que:

- A) El hombre desciende del mono.
- B) El hombre y el mono provienen de un antepasado común.
- C) El hombre evoluciona hacia la perfección.

3 El sistema binario de numeración consiste en:

- A) Utilizar sólo dos símbolos (el 0 y el 1), en lugar de los diez de costumbre, para escribir todos los números.
- B) En escribir todos los números en forma de quebrados y no en forma decimal.
- C) En trabajar con una aproximación de sólo dos cifras después de la coma decimal.

4 ¿Qué es el anabolismo?

- A) El proceso de formación de sustancias específicas, a partir de otras que realizan los organismos vivos.
- B) El fenómeno de aumento de la emisión de calor que se produce durante la digestión.
- C) Otra manera de designar los procesos metabólicos en el hombre.

5 ¿Qué designa en economía la palabra *multiplicador*?

- A) Una tabla para multiplicar abreviadamente.
- B) Un experto en cuestiones numéricas.
- C) Un coeficiente numérico que relaciona el aumento de la inversión con el aumento de la renta.
- D) Un coeficiente numérico que relaciona el aumento del rendimiento con el abaratamiento de la vida.

6 ¿Cuál de las siguientes estrellas no es de primera magnitud?

- A) Sirio.
- B) Vega.
- C) Arturo.
- D) Cástor.
- E) Pólux.



*Develar el misterio de lo incógnito
exigía pasar por el ojo de la aguja...,
tal vez para nunca retornar . . .*

la aguja

por JERRY SOHL

ilustrado por ORNAY

LA nieve le dió la bienvenida. Nieve de enero: polvo seco y frío. La vió desde el taxi y la detestó.

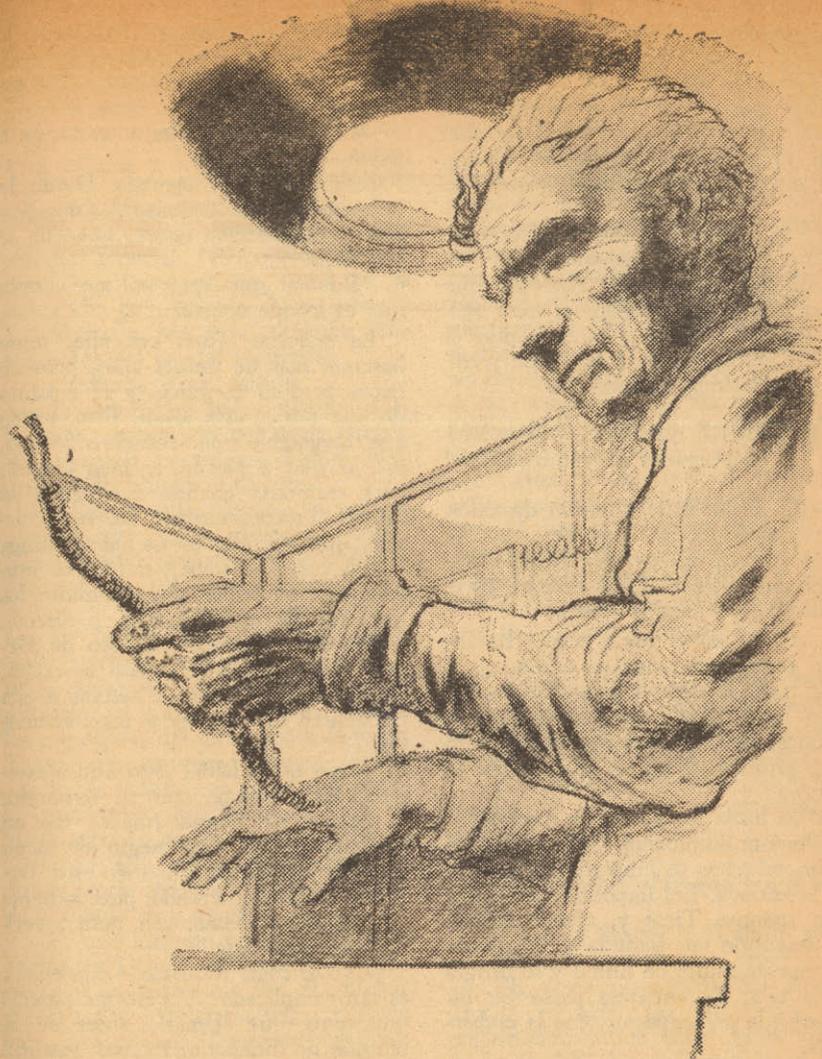
Era la nieve de Chicago. Devan Tráylor la conocía bien. Como Chicago, sería algo cuantioso. Con sólo mirarla supo que era la clase de nieve que se mete por los agujeros de las

cerraduras, llevando consigo el frío y depositándose en el suelo delante de la puerta; la clase de nevada que hace reunir a todos los hombres disponibles de la municipalidad para luchar contra la acumulación de nieve y mantener transitables las calles.

Nunca Devan Tráylor se había sen-

tido tan furioso contra la nieve como en ese momento; pues lo habían obligado a volver de Florida, llamado por una mujer que insistía en que se había producido algo grave y de mucha importancia. Había recibido la llamada en la casa de verano donde él, Lucila y los chicos iniciaban unas vacaciones

planeadas y postergadas durante años. En su llamada la señorita Treat le insinuó que había algo raro en el aire. ¿Sería que la pandilla de Inland Electronics había esperado, deliberadamente, a que él se marchara, para intentar alguna mala pasada? No parecía posible. El los conocía demasiado bien.



Sin embargo, también, conocía muy bien a Beatriz Treat; y cuando ésta lo llamó, su voz era tensa y precavida, y dijo que no se atrevía a explicarle nada por el teléfono. No; imposible que Treat hiciera aquello sin motivo. No quedaba otra posibilidad que volver.

La llamó por teléfono desde el aeropuerto; pero, con enloquecedora impasibilidad, Beatriz le respondió que le contaría todo cuando lo viera personalmente. Entonces fué cuando él perdió por completo la paciencia y colgó con violencia el receptor.

—¿QUIERE repetirme la dirección? —preguntó el conductor del taxi.

—No le he dado ninguna dirección —respondió Devan Tráylor—. Le he dicho que es un bar, dos cuartas después del edificio de la Inland Electrónica. ¿Sabe dónde queda?

—¿Cómo no lo voy a saber? La Inland ocupa una manzana entera...

El taxi se detuvo frente al bar *El Pavo Real*. Devan pagó al conductor; se encasquetó firmemente el sombrero para afrontar el viento y entró en la taberna.

Miró hacia los gabinetes reservados, débilmente iluminados, de la parte posterior, mientras se limpiaba los zapatos en la entrada. Era imposible confundir a la señorita Treat y, efectivamente, la descubrió en seguida a través de las espesas nubes de humo y se dirigió hacia ella. Ya entonces pudo ver en sus ojos la preocupación que la embargaba.

—¡Señor Tráylor! —exclamó levantándose—. ¡No se imagina cuánto lo siento! No sé si he hecho bien en llamarlo; pero tenía que decidirlo por mi cuenta. Desde entonces no he podido pensar en otra cosa y...

Apareció el mozo. Devan ordenó dos *whiskys*: uno solo para él; otro, con *ginger ale*, para ella.

—¡Por favor, para mí no! —dijo la señorita Traet, mostrando su vaso de *ginger ale* a medio consumir—. No me hace bien para la línea.

—Pues le hace falta y se lo va a tomar.

Estaba pálida y agotada. Devan le palmoteó afectuosamente la mano y tuvo la satisfacción de ver que ella se sonrojaba.

—Bueno, ¿por qué no me cuenta qué es lo que ocurre?

La señorita Traet era alta; tenía bastante más de treinta años, pero no había perdido la gracia y el encanto de una mujer más joven. Esto, unido a su inagotable celo, eficacia y lealtad, era lo que a Devan le hizo elegirla para secretaria cuando él llegó a la Inland. Frecuentemente Devan declaraba que sin ella él no habría nunca podido hacer un trabajo tan importante como el que había hecho durante los tres últimos años. Simple y directa, nunca fallaba cuando el bien de Devan Tráylor o de la Inland lo exigía, aunque esta conducta le costaba a ella frecuentes turbaciones e inconvenientes.

Devan no la había visto nunca arreglada como ahora, con su sombrero, su velo y su pluma rosada, tan en armonía con el traje negro de satén que llevaba puesto. Por todo esto, Devan se sintió sorprendido; pues la había visto siempre vestida con gran severidad, en la oficina.

—No sé cómo decirselo —dijo ella—. es tan complicado... Pero me pareció que tenía que llamarlo antes de la reunión de directorio. Piensan gastar... más de un millón de dólares.

Devan dió un respingo.

—¿Un millón de dólares? ¿Y en qué lo van a gastar?

—Usted se marchó la semana pasada, después de la última reunión ordinaria del directorio. ¿Recuerda?

Sí, se acordaba de aquella reunión para asuntos de rutina, como la de

todos los segundos miércoles de cada mes. Había firmado papeles; había dado la mano a todos, y había salido luego hacia su residencia de Oak Park, para recoger a Lucila y a los chicos y llevarlos al aeropuerto. Entonces, todo le había parecido normal.

—Bueno, luego convocaron a una reunión especial. No podían comunicarse con usted porque usted ya se había ido; pero tampoco lo intentaron.

—Vamos a ver si la entiendo. ¿Usted habla del comité ejecutivo?

La señorita Traet asintió:

—El señor Holcombe convocó a la reunión por petición del señor Orcutt. Se reunieron los señores Básher, Holcombe, Toombsberry y Orcutt.

En efecto, salvo Orcutt, los componentes del comité ejecutivo eran: Glenn Básher, que anteriormente había pertenecido a la Continental Eléctric y durante años había comprado acciones de la Inland; James Holcombe, que tenía una actuación semejante a la de Devan en electrónica y en administración y que era también uno de los principales del directorio y Howard Toombsberry, consejero bastante terco, que había estado con la Inland desde el comienzo y que frecuentemente se había interpuesto en el camino de las iniciativas progresistas, porque las cosas tenían cierta tendencia a andar demasiado rápido para su paso.

—¿Y qué hicieron en la reunión? —preguntó Devan preparándose para escuchar la respuesta. Sin él, Básher y Holcombe habrían podido arreglarlo todo, aun cuando Toombsberry se opusiera como solía hacerlo con monótona persistencia; pues en ausencia de Devan contaban con la mayoría. Devan se había puesto en muchas ocasiones de lado de Toombsberry y de ese modo obligaba al comité a tomar decisiones prudentes.

—Quieren invertir más de un millón de dólares, señor Tráylor; un millón de dólares en experimentos científicos.

Ahora Devan podía imaginarse lo sucedido. Allí estaba Edmund G. Orcutt, presidente le la Inland Electrónica; hombre grande, imponente, de cabello entrecano, arqueadas cejas oscuras y bigote espeso; de aspecto distinguido e impresionante cuando estaba sentado en la mesa de conferencias. Lo habían contratado por su enorme experiencia con una corporación de aparatos de radio; pero tenía que ser vigilado, según pensaba Devan, porque éste había descubierto en él cierta propensión a ser demasiado generoso con los fondos de la compañía. En varias ocasiones Devan había hablado con Orcutt al respecto. Ahora resultaba que Orcutt había citado o una reunión especial y había propuesto esa inversión, que pasaría al directorio con la favorable recomendación del comité, si es que Devan había entendido bien a la señorita Treat. El directorio, como siempre, se limitaría a sancionarlo.

EL mozo trajo las bebidas encargadas. Devan vació una medida de whisky en el *ginger ale*, lo revolvió distraídamente y lo pasó a Beatriz.

—Un millón de dólares... es mucho dinero. ¿Y qué clase de experimento será ése, señorita Treat?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿No asistió a la reunión?

La cara de Beatriz se llenó de pena.

—Eso es lo peor de todo, señor Tráylor. Ni siquiera me pidieron que redactase el acta. Lo único que me preguntaron fué si usted había salido de la ciudad. Les dije que sí, y entonces llamaron a la señorita Faversham para que escribiera el acta.

—Y si usted no estuvo allí, ¿cómo sabe lo que trataron?

—Es que...

—Bueno, no interesa cómo lo supo. ¿Qué más averiguó?

—La reunión fué el lunes. Por lo que he podido saber, todo el asunto

fué secreto. No sé qué más habrá pasado, pero sé que aprobaron dicha inversión. ¡Ah, me había olvidado decirle que el señor Sam Otto estuvo también!

—¿Sam Otto? —exclamó Devan dándose una palmada en la frente—. ¡Lo único que faltaba! No me diga que él lo convenció para que apoyaran alguno de sus planes de loco...

Sam Otto era ese hombre pequeño, de cara redonda e inocente, con un eterno cigarro sin encender en la boca; era ese hombre que siempre saca el cinco por ciento en cada trato que hace. Cinco por ciento de un millón, ¡son cincuenta mil dólares! Sam sabía lo que hacía.

—El señor Otto llegó antes de la hora, señor Tráylor.

—Siempre lo hace; no quiere perderse nada.

—Con él estaba un tal doctor Cóstigan: el sabio a quien le van a dar el dinero.

—No lo dé tan por seguro, señorita Treat. Nadie va a recibir nada. Tenemos nuestros hombres y nuestro laboratorio propio. ¡Orcutt debe de estar loco! ¿Está segura de que existe de veras ese doctor Cóstigan?

—Acabo de decirle que estuvo en la reunión.

—Ya lo sé; pero debe de ser algún tipo que Sam encontró en cualquier parte y le dió unos dólares para que haga el papel de sabio.

—Tenía un aspecto respetable.

Devan se rió.

—Usted no conoce a Sam Otto. Es habilísimo, tengo que reconocerlo. O estuvo esperando a que yo me fuera o hizo que Orcutt esperase. ¿Tiene que contarme algo más?

La secretaria apuró lo que quedaba de su vaso. Devan vió con agrado que los grises ojos de Beatriz estaban más brillantes y que sus mejillas habían recobrado el color.

—Bueno, nada muy preciso —respondió ella—. Se dice en la oficina

que el doctor Cóstigan está trabajando ya en un edificio cerca del Loop. Dicen que se quejó de que nuestros talleres no eran bastante amplios.

—Naturalmente. Lo que buscan es que el dinero asignado a ese experimento fantasma pueda gastarse con toda libertad fuera del local de la Inland.

Cóstigan... Durante un instante, aquel nombre encontró algún eco en la memoria de Devan. Tal vez existiera realmente el doctor Cóstigan; pero Devan no recordaba ningún experto en electrónica con ese nombre.

—¿Y qué tipo de experimento cree usted que están preparando?

La señorita Treat bajó la vista y la fijó en su vaso vacío.

—No sé si se puede creer mucho; pero me contaron que primero estuvieron hablando con palabras técnicas y luego desplegaron un diseño que parecía una espacionave.

—¡Una espacionave!... ¿Qué tiene que hacer la Inland con una espacionave?

—Eso es lo que me vengo preguntando yo misma, señor Tráylor.

Devan se pasó la mano por la cabeza. Le costaría bastante trabajo aclarar todo el asunto y separar de lo imaginativo la realidad.

—¿Qué piensa usted hacer, señor Tráylor?

—No lo sé.

El proyecto no había pasado del comité ejecutivo. De esto había que alegrarse. No tardarían en convocar al directorio; pero entonces él, Devan, estaría presente. No podía calcular qué resultado tendría su pedido de reconsideración, hecho por escrito, aunque él formaba parte del comité. Haría falta un abogado para decidirlo. Pero algo había que hacer. Sam Otto no podía quedarse con ese dinero.

—Tal vez ponga una bomba en la oficina —dijo Devan.

Beatriz lo miró con expresión tal

de ansiedad que él tuvo que sonreír agregando:

—Es una broma. Pero no podemos gastar un millón de dólares en una espacionave, ¿no le parece?

—Eso pensé yo.

—Además, costaría mucho más de un millón de dólares construir una espacionave. Todo este asunto tiene aire de estafa. Hablaré con el señor Orcutt mañana, a primera hora.

CAPÍTULO II

NO bien hubo cruzado la pesada puerta de la oficina, Devan Tráylor divisó la figura de Edmund Orcutt al final del *hall*. No era fácil encontrar desprevenido a Orcutt. Devan sabía que era muy posible que aquél ya se hubiera enterado de que él estaba en el edificio. Y efectivamente, allá venía Orcutt, saliendo apresuradamente al encuentro de Devan, con sus características zancadas, su sonrisa sincera y sin la menor sorpresa en los ojos.

—¡Buen día, Devan! —dijo afectuosamente al salir del corredor que conducía a las oficinas de los directores, pisando sin ruido en la espesa alfombra de la oficina general—. ¡Qué sorpresa! Creí que estaba en Florida...

Orcutt puso su brazo sobre el hombro de Devan y, abrazándolo así, lo condujo por el corredor mientras ordenaba a la secretaria de la oficina general:

—El señor Tráylor y yo no queremos que se nos moleste, señorita Templeton.

Cuando estuvieron en la oficina de paredes revestidas de caoba Orcutt cerró la puerta y dijo:

—¿Qué es lo que te hizo volver con tanto apuro? Hace un tiempo terrible.

Se dejó caer en el sillón de cuero y sonrió amablemente a Devan.

—Tú sabes perfectamente por qué he venido, Edmund.

Orcutt suspiró, se inclinó hacia adelante y comenzó a llenar su pipa.

—Siento que hayas vuelto, Devan. Recuerdo que una vez me dijiste que no te sentías indispensable. ¿No te parece que podemos arreglarnos sin ti durante unos días?

Devan dijo:

—Un millón de dólares, Edmund, es mucho dinero... ¡Y en manos de Sam Otto, mucho peor!

—¿De modo que ya conoces el asunto?... Algún día terminaré por descubrir quién te pasa la información, si es que ya no lo sé —dijo Orcutt sonriendo—. Pensaba mantenerlo en esta oficina. Debí haberlo previsto. La verdad es que estás perdiendo el tiempo, Devan. Estarías mucho mejor divirtiéndote en Florida. Era un descanso bien ganado.

—¡Claro! ¡Y dejar que la Inland perdiera un millón de dólares!

Devan se sintió molesto al ver que Orcutt seguía sonriendo tan confiadamente. Parecía divertirse, cuando debiera disculparse o al menos dar alguna explicación.

—La Inland no va a perder ni un céntimo, Devan.

—Tenlo por cierto. ¿Y sabes por qué? Porque no va a invertir un céntimo en ninguna investigación fuera de nuestro laboratorio.

—¿Estás tan seguro?

—Absolutamente.

Devan había permanecido de pie. Ahora se sentó en el sillón de cuero, acercó lentamente otra silla y puso los pies en ella.

—¿Cuándo se reúne el directorio?

—Esta tarde. ¿Quieres que te diga algo?... Estoy asombrado de todo lo que te has enterado ya y, sin embargo, me consta de que estabas muy lejos de la oficina.

—Conque esta tarde, ¿eh? ¿No vas demasiado rápido?

—Todo lo que puedo; te soy sincero.

—¿Quieres explicarme entonces por

qué razón todo se produjo no bien me fuí yo?

—No sé cuánto has podido averiguar; pero habláremos francamente. Por si no lo sabes te diré que la propuesta fué sorpresiva.

Devan se rió sin ganas.

—Me parece verlo. Sam Otto esperó a que yo me fuera para precipitarse aquí y venderte una de sus absurdas ideas.

Devan sintió que su indignación crecía. Se levantó; se acercó a la ventana de comunicación; apretó el botón que abría la persiana de polaroid para poder mirar al taller de montaje.

ALLI los operarios armaban cerebros diminutos para proyectiles teleguiados. Había partes de cerebros electrónicos para máquinas de calcular, para artefactos tan pasados de moda como el radar y, junto a ellos, instrumentos electrónicos de cuya existencia el público aún no se había enterado. Pero ésta era solamente una parte de las instalaciones. Había otros lugares en el edificio donde se exponían los artefactos electrónicos para la venta al público. Y había otro taller donde la Inland armaba un sistema en el cual intervenían materiales radioactivos, de acuerdo con instrucciones impartidas por el gobierno, y de cuyo destino ni el mismo Orcutt tenía la menor idea. Podía ser un artefacto completo o una parte de un mecanismo mayor. Este aparato estaba en el piso donde se llevaban a cabo la mayoría de los trabajos de investigación.

Devan oyó carraspear a Orcutt.

—Entiendo lo que piensas, Devan. Tampoco yo tengo la menor confianza en Sam Otto; pero te pido que me creas que no es una idea descabellada.

Orcutt no trataba de ganar tiempo. Hablaba como si sintiera lo que decía. Cualquiera fuera el proyecto de Sam Otto, Devan comprendía que Edmund G. Orcutt había quedado convencido.

—Escucha —dijo Devan apartándose de la ventana que comenzaba a oscurecerse—. Conozco a Sam Otto mucho mejor que tú. Hace años que lo conozco. Me ha tratado de vender toda suerte de instrumentos maravillosos y de inventos inauditos, desde que entré en el trabajo electrónico, en 1940. Hasta me siguió la pista cuando yo estaba en el ejército, para que, al salir licenciado, apoyara ésta u otra de sus ideas. Ninguno de sus proyectos vale un centavo. Pero a él no le importa: los promueve a ver qué es lo que de ellos puede sacar. Te encaja un proyecto, se lleva el cinco por ciento de dinero asignado, se marcha y te deja en manos de un iluso sin nada en la cabeza, mientras él se dedica a buscar otro loco que cree haber descubierto el paraguas.

—Sin embargo, Sam Otto te estima —dijo Orcutt.

—Porque me tiene por un ingenuo al que algún día podrá estafar. No puede descartarme.

—Se mostró insatisfecho al ver que no acudías a la reunión.

—¡De eso estoy seguro! —dijo Devan mirando fijamente a Orcutt—. Y a ti... ¿te convenció por completo?

Orcutt volvió a sonreír.

—Sin ninguna restricción, Devan.

Devan levantó las manos desesperadamente y dijo:

—Me doy por vencido. Sabes que siempre te he estimado, Edmund. Pero ahora no sé qué pensar.

Orcutt abrió un cajón y sacó unas cuantas hojas de papel.

—Tú has hablado de un cinco por ciento. Echale una mirada a este contrato. No está firmado aún, por supuesto; pero lo estará después de la reunión de directorio de esta tarde. Para ahorrarte tiempo te diré que el nombre de Sam no figura en ninguna parte. ¿Sabes por qué?

—No lo imagino.

Orcutt se inclinó sobre el escritorio.

—Porque no recibe ni un céntimo de la asignación.

DEVAN tomó los papeles; los examinó; se detuvo en varios párrafos. Un hombre, llamado doctor Winfield Cóstigan, recibiría un millón de dólares por un experimento que iba a dirigir. Devan arrojó el contrato sobre el escritorio.

—Está bien —dijo—. Y entonces ¿por qué anda Sam Otto en esto?

—Porque tiene fe en Cóstigan. Y yo también.

De pronto, pareció comprender y estalló en una carcajada.

Cuando pudo hablar otra vez, enjugándose las lágrimas dijo:

—¡Impagable, Devan, impagable! Después de todo, tu informante no es tan eficaz. Pero ya sé por qué se equivocó. Si tú lo supieras, también te reirías.

—Bueno, ¿de qué se trata entonces? —preguntó Devan.

Orcutt recobró su expresión seria.

—No te lo puedo decir, Devan. Es un asunto que debe quedar en el secreto más riguroso. Así lo hemos convenido.

—¿Y te parece bien? Mira, ¿quieres que te diga lo que pienso? Me parece que Sam Otto y ese tal doctor Cóstigan os han estafado como a tontos.

Devan se indignaba cada vez más.

—Puedes pensar lo que quieras, Devan; pero tienes que acompañarme a hacer una visita.

—¿A dónde?

—Al taller del doctor Cóstigan.

Devan no se inmutó.

—Edmund, sabes bien cuánto estimo tu criterio. Pero no puede haber nada, por asombroso y delicado que sea, que no pueda mencionarse en las oficinas de la compañía que lo va a financiar, y más en presencia de un miembro del comité ejecutivo. Otra cosa: ¿por qué no dejaste a la señorita Treat escribir el acta de la reu-

nión? ¿Sabes por qué? Pues porque sabías que me lo contaría después.

—Perdón, Devan; pero estás completamente equivocado. La señorita Treat fué la que no quiso; porque sabía que si ella no estaba presente en la reunión, sus informes serían más misteriosos y te obligarían a regresar antes.

—No te creo —respondió Devan—. ¿Por qué iba a querer la señorita Treat que yo regresara antes? —Devan estaba exasperado—. Lo que dices no tiene sentido, Edmund —concluyó.

—¡Por amor de Dios, Devan! ¿No te has dado cuenta aún? Esa chica está enamorada de ti. Todos lo sabemos hace tiempo.

—¿La señorita Treat? —replicó Devan riéndose—. ¡Imposible, Edmund! Ella sabe perfectamente que estoy casado y con dos hijos.

—¿Y te parece que eso es suficiente...? No seas tan ingenuo, Devan. Desde que anunciaste tus vacaciones en Florida empezó ella a sufrir. Sintió el impulso de hacerte volver y no lo pudo dominar.

—Porque, enamorada a no, tenía una buena razón para hacerlo: ella sabe que no me gusta la idea de gastar el dinero de la Inland en vuelos espaciales o caprichos por el estilo.

—Ya que estamos hablando sinceramente, Devan, permíteme que te diga una cosa: estás demasiado seguro de ti mismo; crees que lo sabes todo. Pero sucede que, en esta precisa aventura, yo me estoy jugando toda mi fortuna —Orcutt sacudió la ceniza de la pipa—. Podríamos preguntarle a Jim o mencionárselo casualmente a Glenn y verías cómo reaccionan. Pero es mucho mejor que tú mismo veas de qué se trata. Yo sabía que volverías, y lo he preparado todo. De modo que ven conmigo.

EL edificio en que estaba el aparato era una fábrica vetusta, de paredes de ladrillo y cinco pisos. De-

van calculó que había estado en desuso lo menos tres años. Dieron varias vueltas a la manzana buscando un lugar para estacionar el coche.

—Mucha gente deja los coches estacionados aquí y se va caminando al trabajo —comentó Orcutt al doblar nuevamente la esquina—. Cuando nos mudemos aquí tendremos que conseguir un terreno para estacionar los coches de la compañía. Pero no veo cómo nos podremos arreglar para conseguirlo.

Devan no respondió. Aunque no quería prejuzgar el proyecto, se sentía íntimamente seguro de que su aversión al mismo era justificada. Cualquiera que fuera, no había razón alguna para trasladar el equipo de trabajo tan lejos del edificio de la Inland. Había allá lugar de sobra para cualquier investigación, y no existían problemas como el del estacionamiento. Y lo que es más importante, se podría controlar el proyecto, si es que efectivamente la Inland se lanzaba a algo semejante.

Estacionaron dos cuerdas más adelante y avanzaron dificultosamente entre la nieve endurecida que cubría las aceras. Mientras se acercaban al edificio vacío, pasaron por delante de un depósito de metales y plomería, en cuya vidriera se veían varios flotadores de cobre corroídos por el óxido, numerosos caños, juntas y toda suerte de piezas; una tipografía que exhibía muestras de los trabajos, y un frente limpio y amplio en el que se veía un gran cartel que decía: "Misión Redentora de Sudduth". En el escaparate había una biblia abierta y una lamparilla iluminaba las páginas. La puerta siguiente era un almacén mal iluminado y cuyos cristales empañados impedían ver el interior.

Inmediatamente debajo de la cornisa que coronaba los cinco pisos del edificio siguiente y cubriendo el frente del edificio (unos treinta metros), se leía un cartel en que las letras dora-

das, pálidas y gastadas, resaltaban sobre un fondo verde de filigrana. La leyenda decía: FÁBRICA DE ESTUFAS RASMUSSEN.

Algunas de las letras, expuestas durante años a la interperie, se habían ladeado y ahora se amontonaban unas contra otras. Faltaba la E de estufas. Devan pensó qué habría sido de ella.

—No creo que se haya fabricado una sola estufa aquí en los últimos veinte años —comentó Orcutt siguiendo la mirada de Devan—. Durante la guerra había una fábrica de herramientas livianas. Entremos.

Orcutt se acercó a la puerta de entrada y la golpeó.

Devan observó que la vieja puerta estaba munida de un picaporte nuevo. Luego vió que la puerta se abría unos pocos centímetros. Un viejo de ojos lacrimosos, con la cara llena de venillas azules, envuelto en una bufanda y con orejeras, se asomó y los examinó con la mirada.

—Soy Edmund Orcutt. El doctor Cóstigan nos espera.

La cadena de la puerta se deslizó y cayó. El anciano permaneció en la entrada.

—Documentos —dijo.

—¿Documentos?

—Sí; tenemos que tomar precauciones —respondió el viejo sin quitarse de en medio—. El señor Otto dijo que había que controlar a los visitantes.

—Sam Otto se puede ir al infierno —dijo Orcutt sacando sus documentos y mostrándolos.

—¿Y éste? —preguntó el anciano, señalando a Devan.

—Viene conmigo.

El anciano sacudió la cabeza con aire de perplejidad.

—No sé si el señor Otto...

—Yo sí lo sé. Tenemos que entrar. Hace mucho frío para estarnos aquí.

—Adentro no se está mejor —respondió el viejo dejando franco el paso—. Un momento —cerró la puerta

y colocó la cadena en su lugar—. Es mejor que yo suba con ustedes.

UNA vez dentro, el frío parecía más intenso, como sucede en todos los edificios sin calefacción, aunque el viejo tenía una estufa de kerosene, encendida cerca de su puesto de guardia. La respiración de los tres hombres expelía grandes bocanadas de vaho mientras ellos avanzaban por el piso resquebrajado. Llegaron por fin a una escalera en la parte posterior del edificio. Los escalones crujían y cedían bajo los pies, y el eco del edificio vacío aumentaba los sonidos.

En medio del segundo piso, Devan vió una cabina amplia, de madera terciada sin pintar, con cristalerías limpias e iluminada interiormente con luz fluorescente. Del techo de la estructura salían diversos cables de electricidad que a través de las cabriadas iban a dar a una ventana que había perdido los cristales mucho tiempo hacía. Cuando se acercaron a la cabina, siguiendo al portero, Devan no pudo ver a nadie dentro; pero, cuando se acercaron a la puerta y ésta se abrió de par en par, vió a Sam Otto.

Era el mismo Sam Otto de siempre, cariancho y sonriente, mostrando los grandes dientes blancos, en una sonrisa jovial, y con el cigarro en la comisura de los labios, tal como Devan había descontado que lo tendría. La misma ansiedad, los mismos ojos brillantes y, según suponía Devan, la misma lengua voluble.

—¡Devan, Devan! —exclamó Otto corriendo a su encuentro y en ademán de abrazarlo. Pero, al ver que Devan escurría el cuerpo, lo tomó del brazo y buscó la mano para estrechársela—. ¡Cuánto gusto de verlo! —exclamó impertérrito—. ¡Y lo mismo a usted, señor Orcutt! ¡Doctor Cóstigan, tenemos visitas! ¡Adelante, adelante señores! No se queden ahí que está muy frío. Puede retirarse, Casey —añadió,

volviéndose al portero.

Sam se movía impaciente sobre sus pies e impelía a los visitantes hacia la cabina, como una gallina a sus polluelos.

—Ya sé, Devan, que usted nunca me cree. Pero el señor Orcutt tampoco me creía... ¿no es verdad, señor Orcutt?

Lanzó una risotada y codeó amablemente a Orcutt en el pecho. Al ver que Devan saludaba con un gesto al otro ocupante de la habitación, comprendió que era necesaria una presentación.

—Doctor Cóstigan: éste es Devan Tráylor; Devan, te presento al doctor Cóstigan. Mejor será que cerremos la puerta. Hay una estufa, pero no es suficiente si la puerta está abierta.

Devan estrechó la mano que le extendía aquel hombre alto y enjuto, de cabello ceniciento y ojos grises y húmedos. La mano era blanda; el cuerpo estaba encorvado, como abatido por el peso. Devan calculó que el doctor tendría aproximadamente unos sesenta años.

—Mucho gusto en conocerlo —dijo éste, con voz suave y baja. Sus modales eran los de una persona tímida—.



—¡Pero no hay necesidad, hombre! ¡Le repito que su paracaídas es infalible...!

¿Pertenece usted a la Inland, señor Tráylor?

—¿Si pertenece a la Inland?... — exclamó Sam Otto palmoteando a Devan en la espalda—. Es uno de los directores y miembros del comité ejecutivo.

El hombre de ciencia lo miró con renovado interés.

—Estaba en Florida —explicó Orcutt mientras se quitaba el abrigo—. Vino al enterarse del proyecto.

—¡Ah, sí...! el ausente! —dijo el doctor Cóstigan con una sonrisa fugaz—. Recuerdo que dijeron que faltaba uno.

—¿No le anunció usted al doctor Cóstigan nuestra visita? —preguntó Orcutt a Sam ligeramente contrariado.

—Nunca molesto al doctor con detalles sin importancia —respondió Sam. Luego se rió nuevamente—. No es que Devan sea un detalle sin importancia; por cierto que no; pero el doctor tiene demasiadas cosas en que pensar.

¡Imagínense todo lo que tiene que hacer! Supuse que ustedes vendrían cuando Devan volviera. Ahora...

—Pero es que yo habría deseado que el doctor supiera cuál era mi intención... —dijo Orcutt.

—Por supuesto —respondió Sam—, el doctor está enterado. ¿Verdad, doctor Cóstigan?

El doctor Cóstigan se limitó a encogerse de hombros; pero Sam prosiguió:

—¿Qué tal lo pasó, Devan?

—Bien —respondió secamente Devan con una asfixiante sensación de que estaba perdiendo el tiempo. El asunto se tornaba más ridículo cada vez. Deseó no haber tenido que regresar—. Bueno, ¿no le parece que es hora de mostrarme esa maquinita maravillosa, en la que se ponen papeles en blanco y salen billetes de veinte dólares, Sam? ¿O se trata de un horno eléctrico que convierte el carbón en diamantes? ¿O hace ladrillos de oro?

—¡Siempre burlándose! —exclamó Sam, con un cloqueo que quería ser risa—. ¡Este Devan!...

El doctor Cóstigan parecía alarmado.

—Sam, yo creía que...

Sam Otto se quitó el cigarro de la boca y lo colocó en el borde de un escritorio.

—¿Cómo íbamos a saber que el señor Tráylor vendría, doctor? Así es la vida, ¿verdad? Lo inesperado y todo lo demás. Un compromiso es un compromiso, ya lo sé; pero tenemos que recordar que el señor Tráylor es un hombre importante en la Inland.

—Sin embargo, ¡es demasiada gente ya! —exclamó el doctor, evidentemente apenado—. Yo le advertí que haría una sola exhibición y usted se mostró de acuerdo.

—Pero doctor, el señor Orcutt ha traído al señor Devan hasta aquí para mostrárselo.

—No le reprocho nada, doctor Cóstigan —dijo Devan—. Si por mí fuera, su aparato no se lo mostraría a nadie. No estaríamos en tan violenta situación, si esto no se hubiera presentado ya muchas veces: no es la primera ni la segunda vez que trato con Sam.

—Un minuto, Devan —intervino Orcutt—. Doctor Cóstigan, creo que la culpa es mía. Yo le prometí a Devan que podría ver la máquina. Y —prosiguió con más firmeza— es necesario que la vea si queremos conseguir la ratificación en la reunión de esta tarde. Son las once. La reunión es a la una y media. Hay muchas cosas que hacer antes.

Devan se dejó caer en uno de los sillones, encendió un cigarrillo y observó con disgusto a los otros tres hombres.

—Miren —dijo—, estoy en los negocios hace largo tiempo. No creo que nada merezca todo este teatro, si no se trata de algo superior a la mismísima bomba de hidrógeno. Sea lo que fuere, eso que ustedes tienen, mués-

trenmelo de una vez, y sabremos a qué atenernos. Hablemos claro y no perdamos el tiempo. Si usted no me demuestra lo contrario, doctor, este asunto es para mí un cuento, y haré todo lo posible para que el directorio desautorice la inversión.

—Devan —dijo Sam Otto con voz dolida—, no sabe usted lo que dice.

—Conviene que se lo muestre, doctor —intervino Orcutt—. De lo contrario, temo que no haya nada que hacer.

Por un instante el doctor Cóstigan permaneció inmóvil en el centro del cuarto, con los ojos brillantes de indignación. Luego se enderezó y se acercó a una puerta situada en el extremo opuesto.

—Perfectamente —dijo y sacó una llave que introdujo en la cerradura.

Devan sintió un casi incontrolable impulso de reírse, pero logró dominarlo. Miró a Orcutt y a Sam y vió en sus rostros una ansiedad que le hizo dudar un poco. Cuando el doctor hubo abierto la puerta, Devan apagó el cigarrillo que estaba fumando y entró detrás de ellos.

ERA una habitación pequeña, de unos tres metros por cuatro, iluminada por varios tubos fluorescentes distribuidos a lo largo de las paredes. Había una mesa de trabajo adosada a la pared más larga. Herramientas familiares para un experto en electrónica se alineaban en las paredes. Sobre la mesa estaban distribuidos diversos aparatos que Devan reconoció: instrumentos de prueba, osciloscopios, transformadores de voltaje, estabilizadores de voltaje, cajas de resistencias y otros instrumentos comunes en radiotelefonía. A no ser por la pared de la derecha, en la que había instrumentos mayores y una multitud de botones, luces, interruptores y medidores, la pieza era idéntica a un taller de montaje de un aficionado a la radio; por su-

puesto, de un aficionado adelantado.

En un rincón de la habitación el doctor Cóstigan se inclinó delante de una caja de hierro como las que suelen encontrarse en las oficinas de las fábricas de alguna importancia. De espaldas al grupo, manejaba furtivamente la combinación. Unos instantes después asió la manija y abrió la pesada puerta.

Sam Otto se adelantó para ayudarlo; pero el doctor lo rechazó con un gesto, y dijo:

—Yo me encargo.

Con sumo cuidado extrajo de la caja de hierro un aparato de metal, que transportó en sus brazos. Parecía un cohete de plata pulida, de unos treinta centímetros de diámetro, y en cuya base circular se abría una gran ranura que atravesaba de lado a lado el aparato.

El doctor avanzó con el aparato hacia la mesa de trabajo. Allí, tomándolo de la punta, lo paró sobre la base. Devan observó que el aparato tenía en verdad el aspecto de una espacionave. Al menos en esto, la señorita Treat no se había equivocado. Tenía cerca de dos metros de alto y las luces se reflejaban sobre su superficie pulida y brillante.

El doctor abrió un cajón de la mesa, sacó algunos trozos de cables eléctricos para conexiones, los unió a ciertos bornes del aparato y los conectó con un tablero. Mientras trabajaba experta y ágilmente con los cables y con las conexiones, toda la pesadez y torpeza que Devan le había atribuido desapareció. En cierto momento, cuando volvió el rostro hacia el panel de las conexiones, Devan pudo ver a la luz de las lámparas de prueba un brillo fanático en su mirada.

A medida que el doctor trabajaba, ajustando y reajustando piezas, la respiración de los cuatro hombres que estaban en la habitación se aceleraba.

—Si les parece bien, voy a abrir la

puerta —propuso Sam—. Se está cargando demasiado el ambiente.

—Haga el favor de dejar la puerta como está —dijo el doctor Cóstigan—. Ya termino.

SE movieron las agujas de los di-les. En alguna parte, dentro del aparato, se produjo un chasquido de los interruptores. Un motor entró en funcionamiento y su zumbido fué agudizándose.

—Ahora... —dijo finalmente el doctor.

—Ahora, ¿qué? —preguntó Devan sarcásticamente.

—¡Espere un momento! —replicó Sam.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Orcutt—. ¡Dale un respiro al doctor!

—Ahora, señor Tráylor —dijo el doctor—, si me hace el favor...

Devan se acercó cautelosamente a la mesa de trabajo. Sam y Orcutt le abrieron paso.

—Fíjese en ese hueco que hay en la base del aparato —dijo Cóstigan señalándole la ranura—. Póngase enfrente de mí y mire a través del hueco. Yo voy a meter los dedos por el otro extremo, y los moveré. ¡Mire ahora!

Devan se inclinó e hizo lo que le decía el doctor.

—¡Imposible! —exclamó.

—¿Qué ha visto? —le preguntó Sam sorprendido.

—Nada; no he visto los dedos.

—¡Un momento! —dijo el doctor—; ahora meta usted su dedo en el hueco.

—Primero dígame qué va a suceder.

El doctor negó meneando la cabeza.

—No; no tenga miedo; no le va a pasar nada. ¡Vamos!

Devan vaciló. Miró alrededor. Los otros estaban a la expectativa. Se encogió de hombros; metió el dedo en el hueco; no sintió nada y lo retiró.

—¿Están satisfechos? —preguntó.

—Pero usted no ha mirado el dedo cuando lo metía —protestó el doctor.

—Vamos, Devan —urgió Orcutt—; no hagas tanto espectáculo.

Devan metió otra vez el dedo. Cabía toda la mano, pero introdujo solamente un dedo, y observó.

El dedo se desvaneció.

Atónito, lo retiró y lo examinó. El dedo estaba intacto. El corazón comenzó a latirle más aprisa. Introdujo otra vez el dedo, y desapareció nuevamente. Le pareció entonces que el dedo se le enfriaba. Lo retiró y lo palpó con la otra mano.

Efectivamente, el dedo estaba frío.

“Es una trampa”, pensó Devan. “Dentro de un momento se burlarán de mí”. Se volvió para examinar la expresión de sus acompañantes. El doctor Cóstigan lo miraba burlón. Sam Otto tenía una sonrisa benigna. Orcutt estaba excitado y con los ojos llenos de ansiedad.

Devan se inclinó. Miró dentro de la abertura. No vio otra cosa que las paredes de metal pulido. Pasó el dedo por los bordes de la muesca. Estaba finamente alisada.

Cerró el puño, retrocedió un paso y avanzó hundiendo el puño y siguió hundiendo el antebrazo y el brazo, hasta llegar al hombro... y llevó la otra mano al lado opuesto para tocar el puño a la salida...

Y no encontró sino la manga vacía.

Frenético, dobló el brazo que tenía dentro de la ranura.

No notó más que aire donde debían estar las paredes laterales. Entonces sintió un frío como si hubiera sacado el brazo por una ventana al exterior.

Retiró el brazo apresuradamente.

Estaba muy frío.

CAPÍTULO III

DEVAN miró el cilindro aguzado, semejante a una bala, y al mirarlo, la vista se le nubló. Su mente, confrontada con lo que los sentidos le decían, lo rechazaba como imposible, y sin

embargo, él no podía negar la evidencia de sus ojos y de su mano. Tenía que dar crédito a su mente o a lo que había experimentado físicamente. Sintió que el sudor le brotaba por todo el cuerpo, que el corazón le saltaba en el pecho y que sus músculos se le contraían.

No quería creer lo que acababa de ver; pero no parecía quedarle otra alternativa. Mas si aceptaba lo que había visto, no le quedaba razón alguna para oponerse al proyecto. Si era un engaño (e interiormente tenía la convicción de que terminaría por descubrirse que lo era), no podría perdonarse por haber sido tan necio como para creerlo. Pero, ¿cómo probar lo contrario? ¿Cómo demostrar que se trataba de un fraude?

Se acordó de una ocasión en que había visto a un prestigeador cumplir aparentes milagros sobre un escenario. Aquel hombre aserraba por la mitad a una mujer; hacía desaparecer un elefante; hacía levantar a otra mujer sobre el auditorio y disparaba contra ella un fusil cuando estaba por llegar flotando al techo del teatro, y la mujer desaparecía mientras las ropas que había llevado puestas bajaban flotando suavemente sobre las cabezas de los espectadores atónitos.

¿Imposible?... El había visto personalmente al mago hacer aquellos milagros; pero él no había participado en ellos. Esto, en cambio, era diferente: él acababa de introducir su brazo en un agujero pulido, y por el otro lado había salido solamente su manga vacía.

—Bueno... ¿qué dice?

La voz de Sam sonaba más aguda que de ordinario.

“¡Maldito seas!”, pensó Devan. “Me quieres forzar a decidirme, ¿no? ¡Quieres que me comprometa ahora mismo!”.

Se dió vuelta para enfrentarlos, indignado consigo mismo porque todos estaban contra él, porque lo habían traído deliberadamente y él se había

dejado acorralar... Bueno, él no se iba a dejar atrapar tan fácilmente.

—Doctor Cóstigan —dijo—, ¿haría el favor de inclinar su aparato noventa grados sobre la mesa? ¿Puede hacerlo sin desconectar los cables?

El doctor se frotó la barbilla y miró a Devan, meditando la respuesta.

Creo que sí.

Acercó el cilindro al panel y lo inclinó como pedía Devan.

—¿Tiene usted una lámpara portátil?

—¿Una lámpara portátil?

—Sí; algo para introducir en el tubo y mirarlo por dentro.

El doctor revolvió en uno de los cajones, sacó un portalámparas común y se lo alcanzó. Devan lo conectó en el enchufe más próximo y lo acercó a la base del aparato.

—Edmund, ¿tendrías inconveniente en meter ahora tu brazo mientras yo miro la operación desde el otro extremo?

Devan se inclinó sobre la mesa de trabajo hasta quedar con una oreja casi pegada contra la tabla. Acomodó entonces la luz de modo que la abertura del tubo quedó perfectamente iluminada y se podía ver de un extremo al otro claramente.

Orcutt se acercó al otro lado del cilindro.

—Ahora —dijo Devan.

Vió cómo los dedos extendidos de Orcutt se acercaban hacia la ranura. Cuando entraron en ésta sucedió una cosa increíble. Desaparecieron las yemas de los dedos y los huesos; pero las venas y los músculos permanecieron perfectamente visibles, como si los hubieran disecado al entrar. A medida que los dedos avanzaban iban desapareciendo los nudillos, la palma y la muñeca. Cuando comenzó a entrar el antebrazo, la manga, apoyada sobre la superficie de la mesa, iba quedando hueca hasta que llegó a asomar por el lado en que estaba Devan.

Devan cogió con fuerza la manga.

Orcutt tironeó hacia atrás, para sacar del orificio el brazo.

—No, no retires tu mano de donde está —ordenó Devan.

—Es que ahí dentro hace mucho frío.

—¡Aguanta, aguanta un minuto! ¡Por favor!

Devan dejó caer la manga, apagó la luz, la colocó sobre la mesa y metió luego su propia mano en la abertura. Le costó seguir adelante hasta que volvió a coger la manga de Orcutt y la mantuvo tirante con la mano que estaba afuera. Hundió entonces la mano en el canal y encontró el brazo de Orcutt. Estaba frío y desnudo. Orcutt había doblado el brazo; Devan hizo lo mismo y se estrecharon la mano dentro del cilindro.

Satisfecho, Devan soltó la mano a Orcutt, le palpó la muñeca, luego el



antebrazo y le tiró del vello. Orcutt hizo un gesto de dolor.

—¿Qué estás haciendo, Devan?

—Una comprobación —respondió Devan, sonriendo a pesar suyo.

Pasó su mano por el antebrazo hasta el codo y desde el codo hasta... La carne terminaba, como cortada por un micrófono, en la entrada opuesta. Deslizó los dedos por la superficie del brazo: era lisa y dura como si fuera de cristal.

—¿Sientes mis dedos? —preguntó Devan.

—Vagamente.

—Está bien —respondió Devan retirando el brazo.

Orcutt retiró también el suyo y comenzó a masajearlo.

—¡Diablos; qué frío hace ahí dentro!

—¿Está convencido, señor Tráylor? —preguntó el doctor Cóstigan.

Devan asintió: no había ya forma de resistirse.

—¿Y entonces, Devan? —intervino Sam Otto.

Devan permaneció callado, incapaz de encontrar una respuesta, mientras el doctor desprendía los diversos cables de conexión. Los pensamientos de Devan eran demasiado caóticos, su experiencia demasiado reciente para sacar conclusión alguna. Era como asistir a una representación teatral fascinante o leer un libro absorbente que, después de terminados, uno quisiera que continuasen porque la realidad es mucho menos interesante, pero sabiendo al mismo tiempo que en algún momento debían terminar, y entonces uno se esfuerza por traer al foco de la conciencia hasta el objeto más insignificante del ambiente y darle su perspectiva adecuada otra vez.

—Me parece que Devan ha quedado impresionado —dijo Orcutt—. Ya sé que es difícil creer lo que has visto, Devan; pero es verdad. Tú venías preparado para algo mucho menos im-

portante. Ahora te has encontrado con lo inverosímil y te has convencido.

Devan suspiró:

—Tienes razón; parece imposible, pero no lo es. Lo he visto con mis propios ojos —sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió—. ¿Cuántas personas lo han visto, Edmund?

—El resto del comité ejecutivo.

—¿Y Tooksberry votó en contra?

Orcutt asintió diciendo:

—No cree en ello. Ni siquiera quiso examinarlo de cerca. Glenn y Jimmy se convencieron en seguida.

El doctor tenía otra vez en sus brazos el cilindro plateado y lo llevaba cuidadosamente a la caja de hierro. Devan, que no podía separar la vista del misterioso aparato, sintió una especie de alivio cuando el doctor cerró la puerta y corrió el cerrojo.

—Pasemos al otro salón —propuso Sam abriendo la puerta.

Una ráfaga de aire frío y más respirable entró en la habitación, y Devan sintió que le despejaba la cabeza.

CUANDO estuvieron sentados en la habitación exterior, Devan se secó con el pañuelo la frente transpirada.

—Me parece que el aparato te ha convencido, Devan —dijo Orcutt riéndose—. Tienes cara de necesitar un trago.

—¿Qué sentiste tú cuando lo viste por primera vez?

—Lo mismo —respondió Orcutt mirando el reloj—. Son casi las doce. La reunión es a la una y media. No debemos perder tiempo.

—Si quieren, podemos comer aquí —propuso Sam Otto—. Puedo mandar a buscar algo.

—¿Alguien habló de un trago? —preguntó el doctor Cóstigan enderezándose en la silla.

Devan miró a su alrededor, pero no descubrió botellas ni vasos.

—Por mi parte, creo que no me

sentaría mal —dijo—. ¿Tienen que mandar a buscarlo?

—No es necesario —respondió el doctor, y entró nuevamente en el taller. Cuando salió traía una botella de whisky.

—La guardo en la caja de hierro, al lado del tubo —explicó Sam Otto mientras el doctor disponía cuatro vasos sobre el escritorio—. No sé cuál de las dos cosas es de más valor para él.

—El señor Otto me conoce desde hace poco tiempo —explicó el doctor, casi risueño—, pero les aseguro que hay aspectos en mi carácter que son bastante interesantes.

Devan comprobó con agrado que el doctor Cóstigan comenzaba a sentirse más a gusto. Tal vez fuera una de esas personas que tardan en sentirse a gusto con los recién conocidos.

—Brindo por el tubo del doctor Cóstigan —dijo Otto levantando su vaso.

Devan observó que el doctor Cóstigan apuraba con facilidad su bebida.

—¿Cómo funciona el tubo, doctor? —preguntó Devan—. Conozco todo lo que se ha hecho en electrónica; pero esto me resulta enteramente nuevo.

El doctor sonrió astutamente.

—Diría que usted es demasiado curioso...

—El doctor Cóstigan es muy callado, Devan —explicó Sam retirando el cigarro que había dejado en el borde del escritorio y comenzando a mascar la punta—. Cuando lo conocí, él ya había tratado con varias compañías industriales para conseguir los fondos de investigación que necesita; e imagínese

que ni siquiera quería decir para qué fin los pedía.

—Voy a ser franco —dijo el doctor—. No tengo cabeza para los negocios y estaba seguro de que me metería en algún lío.

—Hace dos semanas me encontré con Joe Gordon, de la National —prosiguió Otto—. Lo invité a almorzar y mientras comíamos mencionó el nombre del doctor y dijo que era una de las personas más extravagantes (perdón, doctor) que él había conocido. Figúrense que el doctor quería que le dieran los fondos sin prestarse siquiera a una demostración. Se conformaba con repetir que era algo totalmente nuevo y de suma importancia. ¿Qué les parece?

Devan gruñó:

—Conociéndolo, Sam, era imposible que usted dejara escapar un asunto como éste. Supongo que inmediatamente se lanzó sobre la pista.

—¡Por supuesto! —exclamó Sam con el cigarro apretado entre sus grandes dientes blancos—. Si no lo hubiera hecho, ¿dónde estaríamos ahora? Volé, pues, a casa del doctor. Y tenía el aparato expuesto en medio de su mesa de trabajo. ¿Se dan cuenta?

—Era el mejor lugar —comentó el doctor—. ¿Quién iba a imaginar que una cosa como ésta estuviera a la vista?

—Es verdad, pero de todos modos era un riesgo inútil. Conseguí que me lo mostrara y lo pusiera en marcha. Cuando metí el dedo casi me desmayo.

—Por una vez estuvo usted acertado —comentó Devan—. ¿Y nos venden la

Antepasado

UN antropólogo francés encontró en un lugar llamado Sidi-abdel Rehman, en Africa, una mandíbula humana cuya antigüedad se calcula de 2.500 siglos. Con esto, la cuna de la humanidad, supuesta antes en China y luego en Java, se desplaza ahora al Africa.

patente por un millón de dólares?

—No —respondió Orcutt— De esto se hablará después. El millón es solamente un anticipo para trabajos de investigación.

—¿Investigación de qué?

—¡Lo mismo que pregunté yo! —exclamó Orcutt—. Sam dijo que el doctor quería un millón de dólares para experimentos con su aparato. Yo, después ¡de presenciar la demostración, opiné que el aparato ya estaba completo. Además, no entendía para qué hace falta un millón de dólares cuando los resultados ya se han conseguido. No imaginaba cuáles podrían ser sus aplicaciones inmediatas. ¿Por qué no se las dice, doctor?

EL doctor Cóstigan carraspeó, echó hacia atrás la silla hasta apoyar el respaldo en la pared y se dispuso a hablar. A Devan le pareció como un campesino que se dispone a pasar el tiempo en la taberna.

—¿Para qué sirve el tubo? —preguntó el doctor encogiéndose de hombros—. Me lo pregunté un millón de veces y al principio no encontraba respuesta. Entonces comencé a trabajar en otras cosas. La mejor idea que se me ocurrió fué emplearlo para diagnosticar dolencias internas, como el cáncer y otras semejantes. Se puede poner un cuerpo debajo y examinarlo sin los riesgos y gastos de una operación. Se podría conectar un microscopio para examinar el corte transversal de las zonas que quedan fuera del tubo y no se desvanecen; pero la parte que desaparece tendría que ser concentrada en un fanal estrecho y en forma de arco. ¿Usted advirtió que sólo los tejidos vivos desaparecen dentro del tubo, señor Tráylor? Las partes muertas, los metales o los minerales no se alteran en absoluto.

—Entonces, esa es la razón de que la manga pasara vacía de un lado al otro —dijo Devan—. Pero, ¿cómo se explica

que no se haya desvanecido la epidermis, las uñas y los pelos que yo toqué en el brazo de Orcutt? Todos éstos son tejidos muertos.

La sonrisa del doctor Cóstigan, que dejó al descubierto sus dientes amarillos, algunos con incrustaciones de oro, duró más que de costumbre.

—Le responderé en seguida a esa pregunta. Siguiendo con el uso del aparato para la exploración anatómica, surge inmediatamente esta otra cuestión. ¿Qué le sucede a la parte que desaparece? —el doctor levantó las cejas y las volvió a bajar, inclinándose hacia adelante—. Ustedes han visto solamente lo que sucedió aquí. Permítanme que les refiera lo que sucedió cuando descubrí el sistema. Mi mujer y yo vivíamos en una casa distinta de la de ahora. Yo experimentaba el aparato en un taller del sótano. Introduje mi dedo en el agujero y desapareció exactamente como ustedes acaban de ver. La diferencia está en que yo sentía algo húmedo, aunque el dedo, al salir, siempre estaba seco. El aparato era entonces menor. Intrigado hice un nuevo tubo más grande. Tardé más de un año en terminarlo. Es el que ustedes acaban de ver. Primeramente introduce el brazo entero y toqué agua que se arremolinaba alrededor. Sin embargo, cuando retiré el brazo, salió enteramente seco. ¿Se imagina qué prueba hice después?

El doctor paseó la vista por sus oyentes, como esperando que alguno se adelantara a responder. Nadie habló.

—Tomé un ratoncito blanco —prosiguió el doctor—. Lo apreté firmemente. Sentí que se movía. Luego se quedó quieto. Traté de retirar mi mano con el ratón. Pero mi mano no salía. El ratón se había ahogado, y las cosas muertas no salen. Tuve que soltar el ratón, para poder sacar la mano.

Devan encendió otro cigarrillo y miró a Orcutt. El doctor continuó:

—Nos mudamos a otra casa. Comen-

cé otra vez las pruebas. Entonces mi mano encontró aire en vez de agua. Tomé otro ratón, lo introduje en el aparato y lo saqué después. El ratón estaba perfectamente. Lo até luego de espaldas sobre una tabla; introduje la mitad en el tubo, y volví a sacarla. El extremo del ratón que había metido en el tubo, salió libre de ligaduras. Las ligaduras estaban unidas a la tabla; pero el ratón no estaba atado por ellas. Entonces se me ocurrió otra idea. Até nuevamente el ratón sobre la tabla y lo introduje. Inyecté entonces nembutal en la vena de una de las patas que quedaron afuera. El ratón murió. Pretendí sacarlo, pero fué imposible. Tiré con tanta fuerza que casi lo descuartizo, pues la parte muerta invisible se negaba a atravesar la barrera. Empujé la parte muerta que había quedado afuera, y atravesó sin dificultad el tubo hasta salir del otro lado, sin tornarse invisible. Sólo cuando desconecté la máquina, pude sacar la parte que estaba dentro del tubo al morir el ratón. Las dos partes parecían cortadas a navaja. Ya ven ustedes: los efectos de la máquina se ajustan a estrictas leyes científicas que apenas comienzo a descubrir. Mientras el tejido muerto está unido a un tejido vivo, puede pasar: si todo el organismo está muerto, no es posible.

El doctor Cóstigan hizo una pausa como para recobrar el aliento.

—Lo que el doctor Cóstigan quiere decir, Devan —intervino Orcutt—, es que este instrumento podría ser fabricado en serie, para usarlo en los hospitales; pero, ¿quién se prestará a usarlo si no sabe adónde va la parte de su cuerpo que se desvanece?

—Puede ser el Afganistán o el Mar Muerto —dijo Sam.

—Será donde fuere pero la gente querrá saberlo exactamente.

—He pensado mucho sobre este aspecto —dijo el doctor Cóstigan sirviéndose otro vaso—. ¿Es que el tubo

simplemente hace invisibles a las cosas? ¿Es que las retrae a otro momento del tiempo? ¿Las proyecta hacia el futuro? ¿A otro plano del tiempo que coexiste con nuestro presente? ¿O las lleva a algún otro planeta, o a alguna otra parte del nuestro? Supongamos que, al introducir la mano, ésta desaparece hacia el vacío o hacia el espacio exterior.

Una de las luces fluorescentes, que de vez en cuando parpadeaba, resonó metálicamente al hacerlo, y fué éste el único sonido que se escuchó en la habitación durante algunos instantes, mientras ellos estaban considerando cuál podría ser el destino de la materia orgánica introducida en el tubo.

—Entonces —preguntó Devan por fin—, ¿los experimentos serán para averiguar adónde va lo que desaparece?

—Sería muy simple si pudiéramos introducir en el tubo una cámara de televisión —propuso Orcutt—, o un periscopio.

—¿Alguno de ustedes tiene alguna idea de cómo haremos para descubrir adónde van los tejidos vivos? —preguntó Devan.

—Es necesario construir otro tubo suficientemente grande como para que pueda entrar en él un hombre entero —respondió Orcutt.

—Y al volver podrá contarnos qué vió —añadió el doctor Cóstigan.

—¿Para eso quieren el millón de dólares?

—¿Quién sabe en dónde termina ese agujero, y qué cosas fabulosas podrá encontrar el hombre que se introuzca por él? Podrá encontrarse con hombres del futuro o con hombres del pasado —el doctor se ensimismó por un momento, con la vista perdida—. La verdad es que las posibilidades van más allá de nuestra imaginación, caballeros.

ME parece que no nos va a ser fácil conseguir la aprobación del directorio, sin explicarles todo el pro-

yecto— dijo Orcutt. Supongo que estarán de acuerdo conmigo.

—Desde luego que no —respondió Sam Otto—. Yo he sido periodista en otra época y puedo imaginarme perfectamente qué ocurriría si la noticia fuera conocida entre ellos.

Sonó el teléfono. Glenn Basher lo descolgó.

—Muchas gracias, señorita Treat —dijo volviéndolo a colgar en el aparato. Ya está aquí O'Grady. Faltan solamente cuatro.

—No tenemos que preocuparnos del directorio, Edmund —dijo Devan—. No creo que se animen a votar en contra de nuestra recomendación.

—No me parece bien. El directorio tiene que estar enterado de todos los detalles —refunfuñó Toombsberry.

—¡Pero es imposible! —exclamó excitado Sam—. ¡Sería echarlo todo a perder!

—Lo que propones es un error, Howard —dijo James Holcombe levantando la vista del diagrama del nuevo gran tubo y mirando a su interlocutor con sus ojos azules—. ¿Te das cuenta qué pasaría si el público se enterara de una cosa como ésta? Sam Otto tiene razón. Los reporteros nos echarían las puertas abajo. No; si informas al directorio, es inevitable que alguien cometa una infidencia. Por lo que yo sé, ninguna otra empresa de electrónica trabaja en un proyecto semejante. No los pongamos nosotros mismos sobre la pista.

—¿Estamos de acuerdo entonces, señores? —preguntó Orcutt mirándolos a la cara uno por uno y observando que Toombsberry le rehuía la mirada—. La explicación que hemos de dar es: que vamos a emprender un experimento sobre los efectos de los campos de fuerza sobre los tejidos vivientes, del que pueden resultar aplicaciones revolucionarias para la medicina; que el doctor Cóstigan ha sido encargado por el comité ejecutivo de la

dirección del proyecto y que esperamos conseguir, según la opinión de nuestros expertos, un sistema totalmente nuevo para la medicina interna.

—Me parece perfectamente —dijo Devan—. Los detalles están bien elegidos para despertar la confianza; y al mismo tiempo, la naturaleza del proyecto queda bien oculta.

—Además —confirmó Sam Otto—, no creo que haya otro modo de plantearlo. El doctor y yo lo estudiamos largamente cuando quisimos conseguir la aprobación del señor Orcutt. No podemos decir ni de más ni de menos.

—¡Resolución excesiva! —dijo inesperadamente Toombsberry.

—¿Qué quieres decir, Howard? —preguntó Orcutt.

—Lo que suena: que es imposible ocultar a los miembros del directorio un asunto de tanta importancia. Nos propasaríamos en nuestras atribuciones. Y hasta cometeríamos delito.

—Escucha, Howard —dijo Orcutt inclinándose sobre el escritorio—. Tú has visto, como nosotros, el aparato... ¿No crees en él?

—Dígame, señor Toombsberry —intervino por su parte Sam Otto—. ¿Tiene usted algo contra el doctor Cóstigan y contra mí? Desde el primer momento, usted ha estado en contra nuestra...

—Es que Howard disfruta llevando la contraria —gruñó Basher—. Aunque le propusiéramos un aparato para transmitir en oro el plomo, se opondría.

—Perfectamente —dijo Toombsberry, levantándose con aire de indignación—. Ya que lo quieren, les voy a decir todo lo que pienso. En primer lugar, ¿para qué quiere el doctor Cóstigan hacer los experimentos? En segundo lugar, ¿por qué no nos dice cómo funciona el aparato, si verdaderamente funciona y no es un truco? En tercer lugar, suponiendo que el instrumento sea verdaderamente valioso, ¿cómo podemos impedir que el doctor Cóstigan se guarde para sí el fruto de la

inversión de la Inland y se dedique a fabricar el aparato por su cuenta? Lo malo de todos ustedes es que tienen demasiada curiosidad por conocer los resultados del experimento y muy poca por saber de dónde saldrá el dinero.

SAM Otto, que había palidecido más y más a cada palabra de Toombsberry, se levantó y avanzó hacia él con los puños apretados.

—¡Siéntese, Sam! —dijo con energía Orcutt encendiendo su pipa. Otto, al oírlo, volvió a sentarse en silencio—. Creo que tu planteo, Howard, es acertado, como siempre —prosiguió Orcutt—. Tú has sido el único que ha tenido ante la vista la faz práctica del asunto. Nosotros solos nos hubiéramos quedado en la teoría y en la parte técnica. Pero sucede que tú has perdido algunas de las conversaciones extraoficiales que hemos tenido sobre el tema. Quiero ponerte al tanto. Escucha también tú, Devan. Sam Otto y el doctor Cóstigan vinieron a verme el viernes último y me explicaron algo de lo que tenían entre manos. Insistieron en mostrarme el aparato. De lo contrario, irían a la Western Eléctric, la General Motors o alguna de las otras grandes compañías. Yo he visto fundirse a muchas compañías por haberse negado a escuchar las ofertas que luego aceptaron sus competidores. Tú, Devan, no estabas en la ciudad, de modo que los demás tuvimos que cambiar los planes e ir a ver el aparato. Fuimos Glenn, Jim, Howard y yo. Decidimos una reunión del comité ejecutivo para el lunes a primera hora. En ella cumplimos los requisitos para llamar hoy a todo el directorio. Entretanto, Glenn, Jim y yo hemos conversado extraoficialmente con el doctor Cóstigan. Si el aparato puede adaptarse a usos médicos o a cualquier otro uso (lo que sabremos por los experimentos), el doctor Costigan recibirá el quince por ciento de los bene-

ficios netos; Sam Otto, el diez por ciento, y el resto queda para la Inland. El doctor Cóstigan podrá hacer público el secreto de su tubo, si así lo desea, pero se obliga a patentarlo a su único nombre y a no ceder ni vender la patente. Una copia cerrada y sellada de los planos será depositada en la caja de hierro de la Inland, en previsión de que el doctor Cóstigan falleciera antes de terminar los experimentos. En tal caso, la Inland los proseguiría. El doctor Cóstigan se compromete, además, a no entrar en el campo de la industria durante los veinticinco años siguientes a la firma del contrato, que será esta tarde. ¿Te parecen precauciones suficientes?

—Sí —Toombsberry dijo por fin la palabra que tenía que decir, y el verse obligado a hacerlo lo puso melancólico—. Reconozco que todo esto es cierto y que no lo podía tener en cuenta al hacer mis objeciones; pero de todos modos, voy a votar en contra. Quiero que así conste en el acta.

El sonido del teléfono volvió a cortar la conversación. Atendió otra vez Glenn Basher y borró otros dos nombres de la lista de los que faltaban por llegar.

—No quisiera ofenderlo, doctor —dijo Devan—; pero deseo preguntarle cómo fué que comenzó usted a trabajar en este tubo. ¿Ha trabajado antes en investigación electrónica?

El doctor Cóstigan sonrió: —Sam es la persona más leal que he conocido, pero algunas veces se entusiasma demasiado. Perdón, Sam. En cuanto al tubo, algún día le contaré la historia. Tal vez le interese. Respecto de mi carrera científica, obtuve el doctorado en física en el Claybourne Technical College, en 1922. Enseñé en Dewhurst hasta hace dos años, cuando se casaron nuestros hijos y se fueron a vivir aparte, y yo no tuve necesidad de seguir enseñando. Con mi mujer salimos de Dewhurst; vini-

mos a Chicago, donde vive una hermana de mi mujer, que es inválida, y nos instalamos con ella. Hace poco compramos una casa mejor en el North Side, pero en la compra gasté mi capital y quedé con una renta muy pequeña. Necesitaba más dinero para continuar con mis experimentos. Fué entonces cuando conocí a Sam Otto. Sam asintió con un gesto y dijo:

—Pero hay algo que usted no sabe, doctor Cóstigan: he metido en su proyecto hasta el último centavo. Así pude alquilar la fábrica de estufas por un año, construir los oficinas del segundo piso y tomar al viejo Casey.

El teléfono comenzó a sonar. Basher lo descolgó antes que insistiera.

—Ya están todos en el salón de conferencias. Es mejor que vayamos.

—Las dos menos cuarto —dijo Orcutt mirando el reloj—. Les apuesto a que en media hora el contrato ha sido firmado, sellado y depositado. A no ser —añadió mirando a Toombsberry— que alguien se interponga.

—He cambiado de opinión —dijo Toombsberry—. No voy a descubrir ninguno de los maravillosos secretos de ustedes, si eso es lo que les preocupa.

Capítulo IV

A DMUND Orcutt se equivocó: en vez de media hora, la asignación de fondos para el proyecto de Cóstigan fué aprobada en veintiocho minutos. Gran parte de la facilidad con que se aprobó debióse a la hábil presentación de Orcutt. Explicó que el dinero se emplearía en el estudio de los campos de fuerzas. Habló calurosamente de las posibilidades desconocidas que había en dicho terreno, especialmente de las posibilidades de éxito financiero para la Inland; pero dejó cuidadosamente que cada uno imaginara por su cuenta cuál sería la forma física en que habrían de concretarse dichas posibilidades.

Devan observaba a los directores mientras Orcutt hablaba. Spéncer O' Grady, un viejo caduco, con la frente surcada de venas azuladas, garabateaba en un papel que tenía delante, como siempre. La señora de Petrie, que nunca asistía a una reunión sin sus agujas de tejer, estaba absorta en su trabajo: otro buen signo. Hómer Párrrett, con las manos detrás de la cabeza y la silla apartada de la mesa, fumaba despreocupadamente su cigarro y miraba a la pared con expresión de ausencia mientras Clárence Glécmann masticaba ferozmente su goma de mascar y miraba fijamente a Orcutt.

Cuando Orcutt hubo terminado y Holcombe, el presidente, abrió el debate la señora de Petrie dejó el tejido sobre la falda y dijo:

—Usted ha dicho que el comité ejecutivo había aprobado el proyecto, ¿verdad?

—Sí, señora.

Bueno, eso es suficiente para mí. No entiendo una palabra de qué se trata, pero rara vez me sucede otra cosa.

—Un millón de dólares es mucho dinero —dijo Párrret.

—Para ganar dinero hay que gastar dinero —respondió el señor Gleckmann con su voz de bajo—. Ya lo hemos hecho otras veces.

Dos minutos después quedaba rectificada por el directorio la asignación de dinero más cuantiosa que Devan había visto desde que estaba en la Inland. Los componentes del directorio se retiraron uno tras otro.

Los directores habían sido tan dóciles que Devan reflexionó sobre la facilidad con que un puñado de hombres pueden dejar en la ruina a una sociedad anónima, cosa que hasta aquel momento nunca se le habría ocurrido. Empero, debía reconocer que los directores de la Inland no tenían ningún motivo para desconfiar de un comité ejecutivo que hasta ese momento no

había fallado nunca. Esa era una de las razones por las que los accionistas elegían año tras año a las mismas personas para los cargos directivos. Otra razón provenía de los grandes porcentajes de dividendos. Pero Devan no pudo dejar de preguntarse al mismo tiempo cómo habrían reaccionado los directores si Orcutt les hubiera explicado con detalles la verdadera naturaleza del experimento. No cualquiera puede entender que se pretenda enviar a un hombre a través de un tubo de un millón de dólares.

EN la oficina de Orcutt estaban preparadas unas copas para los miembros del comité ejecutivo. Hasta el cascarrabias de Toombsberry aceptó una, y se sintió mejor. Devan se retiró después de la segunda copa; y el doctor Cóstigan, después de la cuarta, estrechando calurosamente la mano de todos los presentes.

Una vez en su oficina privada, Devan dijo a la señorita Treat que fuera haciendo el equipaje para el primer vuelo espacial; sacó una botella y se sirvió una copa, que ingirió con delectación.

Podía volver a Florida y quedarse con su esposa y los chicos. Sabía que debía volver. Pero, por alguna razón incomprendible para él, la idea de quedarse y asistir a los trabajos del tubo lo atraía más.

Las noticias, en especial cuando son industriales, se propagan rápidamente. Existe una invisible red de filamentos nerviosos que va de una fábrica a otra y de un laboratorio al otro, a través de la cual circulan prestamente los resultados, los proyectos y las consignas internas. Nadie sabe cómo, pero todos saben por qué: tal vez a causa de las señoritas Treat, que cobran por hacer circular los informes.

Ahora que la decisión estaba tomada, y asignado el dinero, Devan no ballaba ninguna razón para demorar

más el proyecto. Y él podía ayudar para conjurar los obstáculos, imprevisibles por ahora, pero que ciertamente se presentarían. La Inland tendría que comprar el edificio de la Compañía de Estufas Rasmussen, por ejemplo. Había que encontrar algún método para mantener oculto el sistema. Había que contratar diversos tipos de personas adecuadas. Los problemas que se le ocurrieron a Devan fueron infinitos.

Levantó el teléfono; pidió larga distancia; le dieron inmediatamente la comunicación y lo atendió su mujer.

—¿De qué se trata, Devan? ¿Qué fué lo que la señorita Treat te quiso insinuar?

—Ya pasó el mal momento, querida. Las dificultades están resueltas.

—¿Cuándo vuelves?

—Bueno... dentro de unos días...

—Entonces, algo *no* anda bien...

—Escúchame, Lucila: tenemos entre manos un proyecto nuevo. Es algo muy importante; lo más importante que he conocido. Quiero que empiece bien. No será más de unos días..., una semana, tal vez. No bien esté en marcha tomaré el avión para verte.

—¡Devan! —la voz de Lucila se quebró un poco—. ¡Me he sentido tan sola desde que te fuiste! No conozco a nadie en esta ciudad...

A Devan se le hizo presente el rostro de su esposa, con sus azules ojos llenos de lágrimas, y la visión le hizo vacilar en su propósito.

—Bueno, querida, yo también os echo de menos a todos..., pero por ahora hago falta aquí... —Si quieres, puedes regresar y traerte los chicos...

Devan dijo con cierta irritación esta última frase. Del otro lado de la línea sintió con claridad los sollozos de Lucila. Sentía las lágrimas de su mujer como una especie de involuntario chantaje.

—Lucila —preguntó—, ¿me oyes?

—Sí —sollozó ella.

—No seas chiquilla y escúchame.

No bien deje arreglados los primeros detalles, tomaré el primer avión. Una semana a lo más, ¿me oyes?

—Bueno... pero ven cuanto antes.

DEVAN, de pie en la esquina de enfrente de la Fábrica de Estufas Rasmusenn, contempló el edificio y decidió interiormente que el trabajo de los dos últimos meses había marchado bien en su ausencia.

Para un observador desprevenido, el edificio conservaba el mismo aspecto que había tenido durante los últimos veinte años; pero Devan sabía que una inspección minuciosa revelaría ciertos cambios. Los cristales viejos habían sido sustituidos por otros esmerilados, a sugestión de Devan. Si sus planes habían sido cumplidos durante los últimos sesenta días, debió de haber una febril actividad en el interior. Los camiones cargados de mezcla debieron llegar a la entrada posterior, a intervalos regulares, durante todo el día; habrían entrado en tres turnos de obreros, y el humo habría salido por la chimenea, en incesantes volutas. ¿Quién podría imaginar que, en lugar de un edificio, había ahora dos? Y suponiendo que alguien lo imaginara, ¿podría imaginarse para qué fin?

Dentro del primitivo y vetusto edificio de ladrillos, se había alzado otro de concreto. La estructura exterior no era sino la máscara, el camuflaje del otro, cuyas dimensiones eran de pocos metros menos, en toda dirección. Pero los viejos pisos de la antigua construcción debieron ser respetados; pues, de otro modo, la vieja cáscara se habría desmoronado. Actualmente, dichos pisos formaban corredores que rodeaban el edificio nuevo, a distintas alturas.

Devan sabía que quedaba una gran cantidad de cosas por terminar, pero no conocía en qué estado podrían hallarse. Las cartas que Orcutt le había escrito durante su ausencia eran demasiado abstractas, y en las conversacio-

nes telefónicas se habían abstenido de darle demasiados detalles. Devan cruzó la calle y entró en el edificio.

UNA chica, cuyo apellido no recordaba, se levantó sonriente del escritorio de recepción, al verlo entrar. El observó que las paredes de cemento estaban recubiertas de paneles, como él había aconsejado, y que la distancia que mediaba entre ellas y las del edificio original estaba ocupada por mesas de oficina de distintos tipos.

—Usted es el señor Tráylor, ¿verdad? —dijo sonriendo la muchacha.

—Sí —respondió Devan devolviéndole la sonrisa y pasando la pequeña valla que separaba la oficina de recepción—. ¿Qué tal va todo?

—Muy bien —respondió la chica, evidentemente nerviosa al verlo acercarse—. Usted tendrá que disculpar; pero tengo que controlar sus documentos.

—Por supuesto; hace usted perfectamente... ¿Cómo se llama usted, señorita? —preguntó Devan mientras buscaba los documentos.

—Dórothy Janssen.

—Usted trabajaba en la planta del East Side, me parece.

—Sí —confirmó ella devolviéndole el documento y con una sonrisa mucho más serena y radiante.

—La felicito. Siga controlando a todo el que entre.

Nadie lo molestó cuando cruzó la puerta de la derecha que, según él sabía, daba a un corredor que flanqueaba todo el edificio. A su derecha estaba la pared del edificio primitivo; a la izquierda tenía el áspero cemento del edificio nuevo.

En la parte posterior estaban las mismas escaleras que él y Orcutt habían subido para llegar a la cabina de madera terciada del segundo piso, en la que él había conocido a Cóstigan. La cabina no existía ya; en su

lugar había una habitación mayor.

Devan dobló a la izquierda y cruzó el viejo piso de madera hasta llegar a una pequeña puerta que se abría en la pared interior y que estaba junto a un portón cerrado en ese momento, por el cual podía entrar un gran camión.

Apretó el botón rojo que había junto a la puerta pequeña. Unos instantes después, la puerta se abrió. Devan pasó por ella a una pequeña habitación suavemente iluminada. Detrás de él, la puerta se cerró produciendo un fuerte chasquido. Un hombre uniformado se acercó al mostrador.

—La señorita Janssen, de la oficina de recepción, avisó que usted venía, señor Tráylor. Tomé su tarjeta de identificación. ¿Quiere firmar aquí?

El policía de la fábrica tocó un timbre, y Devan cruzó la puerta.

LA vista del gran taller lo impresionó hasta hacerle perder la respiración, aunque sabía de antemano lo que iba a ver. Tuvo que detenerse y observarlo. Una cosa era haberlo proyectado y otra el verlo ya concluido.

Las paredes se elevaban cinco pisos y parecían mucho más altas que las del edificio exterior, simplemente porque nada interrumpía la lisura del cemento. Había no menos de cien lámparas suspendidas del techo, que iluminaban los objetos y a los hombres que trabajaban en el piso.

Los ruidos del taller eran ensordecedores. Los hombres que habían construido el edificio habían hecho un trabajo rápido y perfecto. En el centro del taller se alzaba ya un andamio y las piezas del nuevo tubo gigante de Cóstigan comenzaban a ser ensambladas. A lo largo de la pared que tenía a su derecha, algunos obreros instalaban paneles de control. A la izquierda estaban las oficinas técnicas: cabinas de cemento adosadas a las paredes. Una empresa gigante, desde todo punto de

vista. Bastaba asomarse allí para darse cuenta de todo lo grande que era.

Devan se dirigió a la mayor de las oficinas adosadas a la pared de la izquierda. Era la última de la fila. Debía de ser la del doctor Cóstigan. Mientras atravesaba el taller, notó sorprendido la presencia de muchas caras extrañas. Saludó o hizo un gesto a los que conocía.

AL entrar en la oficina a prueba de ruidos y que efectivamente era la del físico, una mujer joven, que estaba inclinada sobre una mesa de dibujo, levantó la vista.

—El doctor Cóstigan salió —dijo echándose hacia atrás un rizo de cabello que le había caído sobre el rostro—. ¿Puedo servirle en algo?

Devan nunca la había visto, pero se sintió atraído por el modo de mirarlo, con sus ojos azules oscuros, y por la gracia con que había echado hacia atrás el rizo rebelde. Conjeturó que tendría unos veinticinco años. Era más baja que él; tenía abundante pelo negro, que le caía sobre los hombros, y llevaba sobre su traje de calle un guardapolvo de dibujante.

—¿Hace mucho que salió? —preguntó Devan.

—No hace mucho —respondió la joven—. ¿Quiere esperarlo?

—Señorita, soy Devan Tráylor. Creí que encontraría aquí al doctor Cóstigan. ¿Adónde fué?

—Bueno, en realidad... —se veía que no quería decirlo—, el doctor Cóstigan no se retiró del edificio, pero no me es posible decirle dónde está.

Devan no insistió. La observó mientras ella se quitaba el blusón y se ponía el suéter amplio y abierto. Estaba muy atractiva, y él sintió curiosidad por saber quién sería aquella mujer.

—En seguida vuelvo —dijo ella sonriéndole y con la mano sobre el picaporte. Al abrirse la puerta, entró

como un bramido el ruido del taller. Pocos instantes después, regresó la joven.

—Tal vez tarde unos minutos en desocuparse, pero vendrá inmediatamente.

—Usted no es muy charlatana, ¿verdad? Es una buena condición.

—¿Cuál?

—Poder hablar cuando hace falta y callar cuando se debe. ¿Cómo se llama usted?

—Betty de Peredge.

—Usted trabaja con el doctor Cóstigan, según parece.

—Sí; llevo un mes aquí.

—¿Trabajaba antes para la Inland?

—No. La señorita Tudor, que trabajaba con el doctor, se enfermó. Necesitaron un dibujante urgentemente. Tuve suerte y obtuve el puesto.

Devan advirtió por primera vez dos macetas en la ventana.

—¿Son de usted esas flores o de la señorita Tudor?

—Son mías. Le pregunté al doctor Cóstigan si podía traerlas. Me gustan las flores y tienen algo de hogar.

—¿De qué especie son?

—La de la izquierda es una sansevieria, que algunos llaman "planta culebra" o "lengua de suegra", y no me pregunte por qué. La otra la voy a tener que llevar a mi casa: necesita luz natural. Es una violeta africana. Ya ve usted qué aspecto tan triste tiene.

—Supongo que tendrá algún nombre científico —expresó Devan.

—Santapaula.

Betty llenó de tinta el tiralíneas, con mano firme.

—¿Qué le parece el proyecto, señorita Peredge?

Tapó ella el frasco de tinta china y se volvió con un brillo risueño en los ojos.

—Poco a poco me he encariñado bastante con la aguja del doctor Cóstigan.

—¿La aguja?...

Ella le señaló el tubo que se veía por la ventana.

—Tiene usted que admitir que se parecerá mucho a una aguja cuando esté terminado: una aguja con el ojo en la base. Pero usted tiene una tarjeta de identificación azul, y eso quiere decir que pertenece al comité ejecutivo... Usted deberá saber qué aspecto tendrá...

—Verdad, pero nunca lo había imaginado como aguja.

Cuatro metros de diámetro y más de veinte metros de alto... con la arcada hueca en la base y la punta aguzada..., sí, tenía mucho de aguja.

—¿Quién la bautizó así, señorita Peredge?

—No lo sé; siempre la oí llamar así. Hasta el doctor Cóstigan la llama "la aguja".

—¿Usted tiene funciones de secretaria para con él?

—En cierto sentido, sí. Mi trabajo principal es hacer diagramas en base a sus esbozos, para pasarlos a los electricistas.

MIENTRAS ella trabajaba en su dibujo, Devan se acercó a lo que parecía el escritorio del doctor Cóstigan. Encima de él había varios grandes diagramas de circuitos, que sin duda había hecho Betty. Tomó las tres hojas superiores y las examinó un buen rato.

Tres circuitos, todos probablemente importantes, con una extraña conglomeración de partes: solenoides, relevadores, elevadores de voltaje... Devan comprendió pronto que la mayor parte de los elementos eran superfluos, evidentemente destinados a despistar a quien quisiera curiosear en el circuito.

Devan se sentó y se dedicó a seguir el recorrido de los hilos en el dibujo más detallado. Después de diversos ambages, terminaban en el margen inferior derecho de la página, y una fecha indicaba: A LA CAJA SEXTA. En vano buscó Devan un diagrama titu-

lado CAJA SEXTA, ni vió mencionado otra vez este nombre en ninguno de los dibujos.

—Señorita Peredge —dijo señalándole el dibujo principal—, aquí dice que los cables van a la caja número seis. Pero no hay ningún diagrama de la caja número seis. ¿O es el que usted está preparando ahora?

Ella sacudió la cabeza.

—No; en casi todos los circuitos los cables terminan en cajas con números. Pero no he dibujado ningún circuito de cajas con números nunca. Tal vez otra persona. Además, no soy señorita, sino señora de Peredge.

—Lo siento —respondió Devan.

Ella lo miró fijamente, como tratando de descubrir en qué sentido había dicho aquella frase. Pero él mantuvo impávido la mirada, dejándola que sacara la conclusión que mejor le pareciera.

—¿Y usted sabe para qué sirve la aguja, señora?

—¡Cómo lo voy a saber! Pero oigo lo que la gente habla. Unos dicen que es un proyectil teleguiado, y otros no saben qué pensar. ¿Lo sabe usted?

—Pero ¿y usted qué cree?

—No me parece que sea un proyectil teleguiado: ¿cómo lo iban a sacar de aquí una vez armado? Y todo este trabajo para un solo proyectil no tiene sentido. Creo que debe de relacionarse con investigaciones atómicas y que por eso el edificio está tan celosamente vigilado. Tal vez sea un ciclotrón... un ciclotrón vertical. Generalmente son redondos y chatos, ¿no es verdad? Claro que usted se está divirtiendo con mis conjeturas... ¿Ando muy desacertada?

SE abrió la puerta y entró otro torrente de ruidos.

—¡Señor Tráylor! —exclamó el doctor Cóstigan, sacudiéndole la mano como si fuera la palanca de una bomba—. ¿Cuándo volvió usted?

—Precisamente hoy.

—Le aseguro que ha sido una sorpresa cuando la señora Paredge me ha dicho que usted estaba aquí. ¿Qué tal lo pasó en Florida? Siéntese, por favor.

—Muchas gracias. Lo pasé muy bien, doctor. ¿Y cómo van por aquí los asuntos?

—Bueno, creo que usted lo habrá juzgado por sí mismo. Estamos adelantados respecto de los planes. Una semana más, y tendremos todo el material preparado. En un mes a más tardar, creo que...

—¡Cuánto me alegro de saberlo!

—Pero, ¿dónde está Sam?

El doctor Cóstigan enjugó sus húmedos ojos con el pañuelo.

—Lo hemos puesto al frente de las compras. Es un trabajo que le gusta, y lo hace muy bien. Me dicen que Sam consigue material que nadie podría conseguir.

—¿Y Orcutt?

—Se pasa la mayor parte del tiempo aquí. Y lo mismo Básher, Holcombe, Tooksberry y...

—¿Tooksberry? De modo que anda metiendo las narices en esto?

—No le gusta lo que hacemos, pero de vez en cuando viene a fisgar. Debo decirle que no me entiendo bien con él, señor Tráylor.

—Tampoco nosotros —respondió Devan. ¿Y dónde anda usted tan ocupado, doctor?

—Bueno... —el doctor lo miró de reojo—, espero que usted no será demasiado exigente respecto de sus planos; pues he introducido algunos pequeños cambios. Esta es mi oficina, según sus planos; pero hice construir otra al final de esta fila. Para ello le restamos como un metro de amplitud a cada oficina. ¿No lo notó al entrar? Allí tengo mi taller... Es más íntimo.

Devan estudió el rostro de Cóstigan.

—¿Y para qué necesitaba ese taller? ¿No le basta todo este edificio?

—Sí —respondió el doctor con algu-

na vacilación—, pero... es que, usted sabe, hay algunas cajas que forman parte de la aguja...

—¿Aguja? La llamábamos tubo.

—No sé quién fué el primero, pero de pronto todos comenzaron a llamarle aguja. De todos modos, el aparato tiene algunas partes vitales cuya construcción corre a mi cargo. Si no fuera así, el secreto perdería muy pronto.

Devan tomó uno de los diagramas de circuitos que había revisado.

—Esto es lo que usted quiere decir, ¿verdad? Esta "caja sexta"... es una de las cajas que usted está preparando, ¿no?

—Sí... Habrá diez como ésa.

—Diez centros vitales, entonces. Y dígame, doctor; todos estos instrumentos de este circuito, ¿funcionan?

—Bueno; unos sí y otros no. Todos los cables van a la caja; pero yo conecto solamente los que van a ser usados. Hay que tomar precauciones.

—Yo diría más bien que es una maniobra de diversión. ¿De modo que estará terminado en quince días?

El doctor miró a Betty de Peredge.

—Conozco esa mirada —dijo ella sonriendo y levantándose—: sé cuánto estoy de más —volvió a quitarse el guardapolvo y salió de la habitación.

—Usted ha dicho, me parece, que la aguja estaría lista en dos semanas —recordó Devan al doctor.

—Hay un problema.

—¿Un problema?

—Sí. Nadie pensó en quién sería el primero que había de entrar en la aguja. ¿Pensó usted en ello?

Capítulo V

LA gigantesca estructura del taller devolvía aumentado el eco de cada movimiento, de cada pisada, hasta del fósforo que uno de los hombres encendiera. Seis estaban sentados, formando un pequeño grupo cerca de la entrada de la caja, mientras el sépti-

mo trabajaba en ella. Estaban sentados uno junto al otro, como buscando calor o protección; pero la verdadera razón era comunicarse más fácilmente. Cuando hablaban, lo hacían en voz baja.

Era la noche de la prueba final.

Orcutt estaba sentado con las piernas cruzadas, balanceando arriba y abajo uno de los pies; con un dedo índice en torno al tubo de la pipa que tenía en los labios, y con la vista fija en el doctor Cóstigan, que había retirado uno de los paneles del pulido costado metálico de la aguja y trabajaba en el interior con los cables.

Sam Otto, Glenn Básher y Hóward Toombsberry discutían calurosamente sobre diversos asuntos: el tiempo, la bolsa, la situación internacional y el fútbol... aunque a Devan le parecía que aquéllos no eran días adecuados para interesarse en el fútbol. James Holcombe no intervenía demasiado en las conversaciones; se movía continuamente en su asiento, hacía crujir los nudillos y no quitaba la vista de la puerta.

Los obreros habían terminado la aguja a mediados de abril. Desde entonces, el doctor Cóstigan venía prometiendo una demostración al comité ejecutivo. Le había insumido varios días la instalación de las cajas. Luego vinieron los ensayos; nunca de la aguja misma, sino de algún circuito que el doctor quería poner a punto.

Había recorrido los circuitos de un extremo al otro, examinándolos con la ayuda de los instrumentos de control, voltímetro, vidiómetros y algunos instrumentos de prueba que a Devan le parecieron inventos de Cóstigan. Estaban encerrados en pequeñas cajas de madera terciada, en cuyo exterior se veían los instrumentos de medición usuales. Una de las cajas tenía un equipo telefónico binauricular. El doctor Cóstigan caminaba en torno al aparato con los auriculares puestos, ajus-

tando algo en la caja y tomando nota. Podía ser un contador Geiger, pero no lo era.

Sólo para asegurarse, Devan tomó un contador Geiger de la gran sala de aparatos de la Inland, y con él hizo una recorrida de prueba en torno de la aguja, pero no encontró nada: no había ni rayos gamma, ni rayos X, ni substancias radioactivas ni rayos cósmicos. Devan no pudo imaginar qué sería lo que el doctor Cóstigan probaba con su misterioso instrumento.

El comité ejecutivo había sido por la tarde informado de que la prueba final tendría lugar a la noche. Los siete hombres se habían reunido a las siete en punto, en el taller de armado, y habían acercado las sillas a la aguja. A Devan le parecía que habían pasado días en aquellas pocas horas.

En primer lugar, el doctor Cóstigan había acercado un gran panel de control, montado en una plataforma con ruedas provistas de neumáticos. Del panel portátil salía un largo cable forrado de goma, que llegaba hasta una serie de paneles de control dispuestos en las paredes.

Luego, el doctor apretó un botón rojo que estaba en la parte superior del panel, e instantáneamente se oyó un pesado zumbido de varios motores y un retumbo final que resonó en la habitación. Todo quedó en silencio. Devan vio las luces que se habían encendido sobre las puertas metálicas accionadas eléctricamente, y comprendió que nadie podría ni salir del taller. Ni siquiera el guardián, apostado en la pequeña oficina junto a la puerta principal, podía entrar.

UNA vez cerradas las puertas, durante una hora no hubo nada de interés en el taller. El doctor Cóstigan había comenzado a trabajar, apretando botones, levantando interruptores de este modo y del otro, maldiciendo cuando las cosas no andaban bien en

el panel. Nadie se ofreció a ayudarlo; pues el doctor rechazaba las ayudas. Los seis se quedaron sentados ocupados en diversas actividades para matar el tiempo, mientras el delgado físico, inclinado sobre la pequeña abertura situada a un costado de la aguja, empujaba, gruñía y maldecía.

La aguja era una hermosa estructura aguzada, de luciente metal, que se levantaba del suelo sin que nada interrumpiera su lisa superficie salvo algunos bornes, a los cuales estaban adheridos cables que luego iban hacia las paredes. Su aspecto era totalmente indeterminado. Devan pensaba que los que trabajaron en ella le habrían supuesto funciones muy diversas. Los alambres que la unían a las paredes le daban ciertamente el aspecto de un proyectil, listo para partir hacia el espacio.

El doctor Cóstigan se detenía, se enderezaba haciendo un gesto, acercaba el panel de metal, lo ajustaba, lo atorillaba en su lugar y caminaba luego rápidamente hacia el panel móvil de control, para conectar diversos interruptores. Hecho esto, su rostro se iluminó.

—¡Bueno! —exclamó triunfalmente mientras los ojos le bailaban mirando de un panel a otro—. Creo que estamos listos para comenzar.

Según había planeado, Sam Otto dejó su silla y se dirigió hacia una pequeña caja que estaba cerca de él. Orcutt aproximó al ojo de la aguja un cerquito de madera en forma de U. Sam sacó de la caja un gran conejo blanco y lo colocó en el cerquito.

—Listo —dijo Sam dirigiéndose al conejo—. ¡A ver cómo te portas!

Todos se agruparon en torno al corralito y observaron cómo el conejo arrugaba su hocico, explorando el piso de cemento primero y el aire después. Pero no se acercó al ojo de la aguja.

—Haría falta una zanahoria —comentó Devan.

—Yo traje una —dijo Sam movien-

do su cigarro con los labios y los dientes—. Casi me había olvidado.

Sacó del bolsillo una zanahoria, la partió en trozos y los arrojó dentro del ojo de la aguja.

De momento, el conejo permaneció indiferente; luego estiró el hocico olfateando el aire; se encogió y dió un brinco; volvió a encogerse y brincó otra vez. Se detuvo; olfateó nuevamente el aire; se aseguró de que iba en la dirección correcta; se asomó al ojo de la aguja, y desapareció en el interior. Los trozos de la zanahoria seguían allí.

Durante largo tiempo, todos permanecieron inmóviles, observando el espacio vacío debajo de la aguja, y el ojo en forma de corredor abovedado, de un metro y veinte de ancho y dos cuarenta de alto. El ojo de la aguja parecía engañosamente seguro.

El conejo no salió.

—Podría haber salido por el otro lado, ¿no les parece entonces? —preguntó Básher.

—Creo que sí —respondió Holcombe—: una vez dentro de la aguja, al ver que la zanahoria no está en el corralito, tiene que salir, de un lado o del otro.

—Tal vez no puede encontrar el camino —dijo Toombsberry—. Tal vez esté despistado como nosotros.

—Sin embargo —dijo el doctor Cóstigan—, me parece que debía salir por el otro lado. No bien olió la zanahoria, salió detrás de ello. Al no encontrarla, ha debido de pensar que estaba más lejos y salir buscándola por el otro lado.

—El hecho es que no sale —dijo Sam Otto—. Probemos con el otro conejo.

—Me parece bien.

Sucedió con el segundo conejo lo mismo que con el primero.

—Escuchen —dijo Orcutt—. La prueba que hemos hecho con los animales demuestra que la aguja funciona. Pero con esto no sabemos más que antes.

Lo que tenemos que hacer es entrar nosotros de una vez.

—¡Un momento! —dijo el doctor Cóstigan—. ¿No les parece que sería arriesgado? Supongamos que entramos todos y desaparecemos. ¿Quién queda para contar lo sucedido?

—¡Caramba! —replicó Orcutt—. ¡Nosotros no somos conejos! Nosotros tenemos cerebro. Marcamos la entrada y volveremos por el mismo camino cuando querremos.

—¿Está seguro? —le respondió el doctor sonriendo—. Recuerde mis primeros experimentos. Mi brazo encontró agua. Yo estaba experimentando en un sótano, y cuando hundí el brazo en el agujero, encontré agua. Supóngase que sucede lo mismo ahora. ¿Qué le parece si encontramos agua?

—Tiene razón —admitió Orcutt—; pero no es razonable que nos quedemos aquí de manos cruzadas.

Mientras decía esto Orcutt se iba acercando al ojo de la aguja.

—¡Un momento, Edmund! —exclamó Devan—. ¿Qué vas a hacer?

—Solamente ver si hay agua, Devan.

Retiró el corralito que había usado con los conejos, y todos se agruparon a la entrada del ojo.

PARECIA inofensiva aquella zona que estaba dentro de los pilares de la aguja. Al acercarse, Devan sintió un súbito impulso de saltar adentro, como el que había sentido una vez en el balcón de un edificio muy alto. Se le ocurrió que sus compañeros también estaban sintiendo el vértigo, y se volvió para observar si se esforzaban como él en reprimir el impulso de lanzarse a la aguja.

Orcutt se había acercado más que los otros.

—¡No me empujen, muchachos! —exclamó. Y todos se rieron. La risa quebró la tensión anterior. Orcutt introdujo la mano en la aguja. La mano

desapareció. Movié hacia abajo la mano invisible.

—Bastante frío —anunció—, pero no hay agua.

Bajó la mano hasta el piso... y la siguió bajando más aún.

—Estamos al nivel de tierra, ¿no es verdad? —preguntó sorprendido.

—Sí, Edmund —respondió Devan—. Rompimos el contrapiso de la antigua fábrica, para quedar exactamente al nivel de tierra.

—Bueno, pues mi mano sigue hundiéndose —repentinamente retiró la mano y se enderezó—. ¡Esto es ridículo! —dijo—. Voy a entrar en la aguja... ¡Nada del brazo solo, sino todo mi cuerpo!

Dió un paso como para entrar en la aguja.

—¡Un momento! —la voz del doctor Cóstigan lo detuvo.

Orcutt vaciló.

—Yo fui el que inventó esta aguja —prosiguió Cóstigan—. ¿No cree usted que merezco el honor de ser el primero que entre en ella?

—Pero es que no sabemos lo que hay del otro lado —protestó Devan—. Después de todo, usted no es tan joven como Edmund, doctor.

—Precisamente porque usted es el inventor —dijo Básher—, ¿no le parece mejor que usted se quede?

—Francamente, no —respondió con serenidad el doctor.

—Usted habrá inventado la aguja —dijo Orcutt—; pero, ¿quién convenció al directorio para que diera los fondos?

—¿Y yo?... —preguntó entonces Sam Otto—. ¿Dónde estarían ustedes si yo no hubiera convencido al doctor de que les presentase la idea?... ¡Paso, señores! —ordenó avanzando hacia la aguja—. Quiero sentirme como Colón.

No costó mucho disuadirlo: bastó que el doctor Cóstigan lo sujetara del brazo.

—¿Y qué hay de James? —dijo De-

van—. Es el presidente del directorio. Tal vez le corresponda ser el primero.

—Mejor será que vayan todos juntos —dijo Toombsberry separándose de ellos—. Pueden ustedes tomar distancias, contar hasta tres, y el que llegue primero, que entre. Cuando estén todos dentro, yo me encargo de desconectar la máquina.

—Muy gracioso —dijo secamente Orcutt—. Hablando en serio, así no vamos a ninguna parte.

—Hay una solución —dijo Sam—: echémoslo a la suerte.

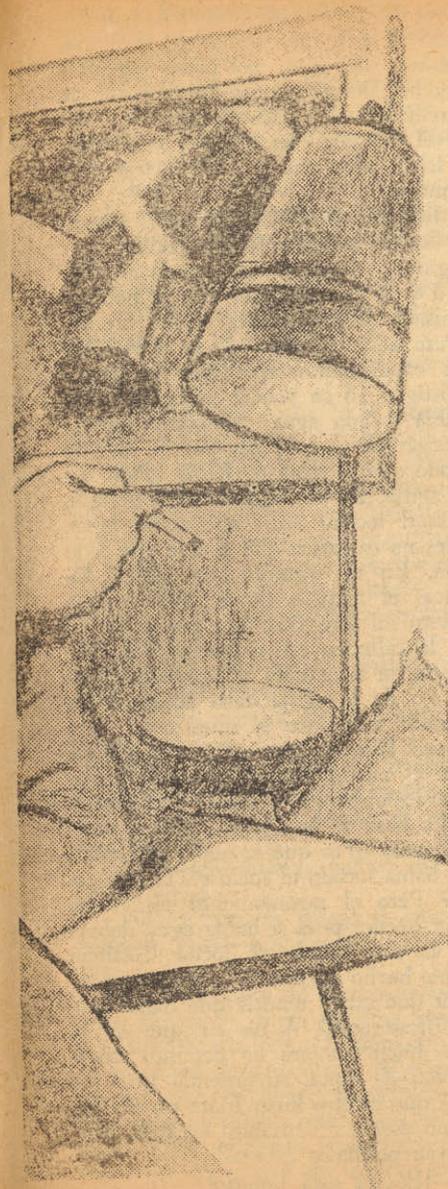
Todos aprobaron la propuesta menos Toombsberry.

—Yo preparo las pajitas —dijo éste—; pero no para mí: no estoy interesado personalmente en entrar —fue a buscar una escoba y volvió con las seis pajitas en la mano—. ¡Elijan todos, señores!

Devan no había tenido intención de presentarse como voluntario para entrar en la aguja; pero alguien tenía que ir, y cuanto más lo pensaba, más lo atraía la idea de entrar en ella. El espacio cerrado por las lucientes arcadas del ojo encerraba el secreto que los había estado inquietando desde que conocieron la primera aguja. Tal vez Sam Otto tuviera razón: entrar el primero en la aguja podría resultar equivalente al viaje de Colón por el Atlántico. Tal vez el nombre del primero que entrase fuera célebre a partir de entonces. Todo dependía, por supuesto, de la importancia de lo que hubiera al otro lado. Pero a Devan no le importaba esto por el momento. Lo impulsaba más la curiosidad. Se adelantó y tomó una pajita.

Glenn Básher mostró la suya: era la más corta.

—He ganado yo —dijo, se acercó a la entrada del ojo y se volvió hacia ellos, sonriendo y encendiendo un cigarrillo—. Creo que es el único modo, como dice Orcutt... pero antes me



gustaría probar unas cosas que se me han ocurrido.

—Como quieras —dijo Orcutt—. Es asunto tuyo. Tú has ganado. Si no quieres entrar, yo tomo tu puesto.

—No, Edmund. He pensado mucho sobre esto, y ahora que he ganado estoy satisfecho de verlo por mí mismo, sin necesidad de que nadie me lo cuente —dió una profunda chupada al cigarrillo y lo deshizo con el pie contra el suelo. Luego se acostó en el suelo y avanzó sobre el vientre hacia el ojo, impulsándose con las manos y las rodillas. Cuando le faltaban pocos centímetros para meter la cabeza, se detuvo—. ¡Adentro! —exclamó, dió un empujón con el cuerpo y su cabeza se hundió en la aguja.

La cabeza desapareció. Algunos trocitos de metal cayeron sobre el suelo de cemento.

Pocos minutos después, Básher sacaba otra vez la cabeza.

—Hace frío adentro —comentó—. He notado viento, pero no he podido ver nada. Tendré que entrar completamente —cesó de hablar, se puso pálido y comenzó a mover las mandíbulas y a hacer algo con la lengua dentro de la boca—. ¡Maldita sea! —exclamó—. ¡He perdido todas las incrustaciones!

Los otros se acercaron a la entrada de la aguja y vieron en el suelo las incrustaciones de metal que Básher echaba de menos.

—Los objetos inanimados no pueden entrar en la aguja —dijo el doctor Cóstigan.

Básher se inclinó para recoger las incrustaciones. Su mano, al entrar en el ojo, desapareció. De pronto, perdió el equilibrio, trastrabilló y cayó dentro de la aguja, lanzando un grito.

Una docena de manos se alargaron para sujetarlo; sólo algunas alcanzaron a las ropas y tiraron de ellas.

Las ropas salieron, pero fofas y vacías.

Glenn Básher había desaparecido.

DURANTE unos minutos, todos permanecieron inmóviles y silenciosos. Sabían que Básher iba a entrar en la aguja, pero habían esperado que lo hiciera de un modo ordenado: que entrase, se quedase unos minutos allí y saliera nuevamente para referir lo que había visto. Entonces, si todo estaba bien, volvería a entrar, se quedaría un tiempo más largo y si no ocurría ningún percance entrarían todos para ver qué había dentro.

Pero el modo como había desaparecido Básher, contra todas las provisiones, los conturbó profundamente. El grito que lanzó al caer, siguió resonando en sus oídos.

El primero en moverse fué Sam Otto. Miraba fijamente la entrada de la aguja, como si estuviera afrontando algún espectáculo de terror; movía los labios; le temblaba la barbilla; tenía el rostro demudado. Luego, comenzó a retroceder lentamente, apartándose de la aguja.

Orcutt lo vió y dijo tomándolo por el brazo:

—¡No perdamos la cabeza! Consideremos fríamente los hechos.

Se sentaron. Sam pareció recobrarle; sacó un pañuelo y comenzó a secarse el sudor frío que le corría por la frente.

—Las ropas de Glenn han quedado aquí —dijo Orcutt—; por lo tanto él está desnudo y no tardará en sentir deseos de regresar. Glenn tiene más sentido común que los conejos y encontrará el camino de regreso. Lo único que podemos hacer es sentarnos y esperar.

Durante largo rato permanecieron sentados en silencio. Orcutt preparó su pipa. Holcombe y Devan encendieron sus cigarrillos. Sam Otto recuperó el cigarró que se le había caído mientras forcejeaba con Básher, y, para asombro de Devan, lo volvió a encender. Sólo el doctor Cóstigan se quedó de pie, examinando los diales del panel de control portátil.

A medida que transcurría el tiempo, Devan se iba poniendo más nervioso. Tanto Orcutt como Básher habían notado el frío que hacía en la aguja. Básher, sin ropa, no podía aguantar mucho. Devan recordó que la mano de Orcutt se había hundido más abajo del nivel del piso, sin tropezar con nada. ¿Habría algo que tocar? ¿Estaría muy hondo?

La mano de Orcutt no había pasado al espacio exterior; de esto podían estar seguros, ya que de otro modo la frialdad y la ausencia del aire le habrían causado perturbaciones en los tejidos. ¿Pero adónde había ido la mano? En los experimentos que hizo el doctor Cóstigan en su primer taller, la mano había tocado agua. Ninguna materia inorgánica podía pasar por el ojo, de modo que el agua no había salido por la aguja. En el segundo experimento, habían tocado aire: aire sobre agua, pues no es lógico que el aire esté bajo ésta. En el segundo piso de la fábrica, el agujero de la aguja estaba abierto al aire frío, tan frío como el de la calle en ese momento. La existencia de agua y de aire probaban que el ojo de la aguja daba acceso a un mundo semejante al nuestro... ¿no es así? Esto era seguro; pero podía ser que al mismo tiempo la aguja trasladase los objetos al pretérito o al futuro.

La base de la aguja estaba al nivel del suelo. ¿Por qué la mano de Orcutt no había tocado el suelo en la otra zona? Pero el razonamiento no estaba bien hecho; pues si había agua debajo de la casa donde el doctor Cóstigan había hecho los primeros experimentos, ¿por qué razón tendría que haber suelo firme aquí? A no ser que en el otro lugar hubiera un depósito subterráneo de agua, suponiendo una vez más que el otro lugar fuera un mundo como éste... Pensando en todo esto, Devan perdía la cabeza.

—¡Básher está muerto!

Este exabrupto, que los arrancó a

todos de sus cavilaciones e hizo respirar a Devan, era Toombsberry.

—Eso es una afirmación gratuita —reprochó Orcutt.

—Y entonces... ¿por qué no vuelves? —preguntó con una mirada de triunfo—. Sabemos que las cosas muertas no vuelven.

—¡Básher no está muerto! —gritó Holcombe con demasiada ligereza.

—Pero no ha vuelto —insistió Toombsberry.

—¡Escúcheme! —gritó Sam, pálido de indignación—. ¡Haga el favor de callarse!

Toombsberry gruñó y lo miró con aire de desafío.

—Alguien tiene que ir a buscar a Básher —dijo Orcutt—. Y ése soy yo.

—No, Edmund —intervino Devan, poniéndose de pie—. Ninguno de nosotros irá a buscarlo. Yo ya había pensado en ello, y estoy seguro que también todos los demás. Pero tenemos que quedarnos. De lo contrario, uno después de otro iríamos desapareciendo por la aguja.

—Excepto yo —dijo Toombsberry—: a mí no me meten ahí.

—Tal vez alguien lo tire dentro... —amenazó Sam.

—Bueno —dijo Orcutt, sin hacer caso de Sam—, tal vez tengas razón, Devan. Pero voy a meter la cabeza, como hizo Básher.

—¿También quieres perder tus incrustaciones?

—No me importa. Básher es más importante. Puedo ir al dentista cualquier día.

Orcutt se acostó de vientre sobre el piso. Devan lo tomó de una pierna y Holcombe de otra. Teniéndolo así, lo acercaron lentamente a la entrada de la aguja. Al llegar, levantó la cabeza y se miró las manos, que, extendidas hacia adelante, comenzaban a entrar en el campo de acción de la aguja.

—Como si las hubieran cortado con

una navaja —comentó fascinado, al ver cómo desaparecían sus dedos mientras el resto de la mano seguía visible—. ¿Listos?... ¡Vamos!

Metió la cabeza e inmediatamente ésta desapareció. Hubo un repiqueteo de partículas de metal cuando las incrustaciones cayeron sobre el piso. Orcutt permaneció así un buen rato, moviéndose de vez en cuando. Devan y Holcombe lo sujetaban firmemente por las piernas. Al fin, sacó otra vez la cabeza. Tenía los pelos revueltos, y en su rostro estaba impresa la más profunda desesperación.

—Ni rastros de Básher —dijo—. Adentro está húmedo y oscuro, y hace frío. Procuré observar lo más que pude. A ratos noté un viento suave y una muy vaga luminosidad. No puedo imaginar dónde está el suelo, si es que lo hay. Grité llamando a Básher; pero no obtuve respuesta alguna, ni siquiera un eco.

CUATRO horas después, los seis hombres mandaban a buscar, apesadumbrados, a la señora de Básher.

Devan recordaba a la señora de Básher como a una mujercita menuda y tímida. Había olvidado que la mujer era rubia. Ahora, el color de aquel pelo era tan ostensible como los ojos de espanto que puso ella mientras los seis hombres trataban de contarle lo que había sucedido, de explicarle que aquello era un gran secreto, que habían sorteado quién entraría en la aguja y que a Básher le había tocado la pajita más corta.

No les creyó una sola palabra; y para empeorar las cosas, cuando Orcutt quiso mostrarle cómo desaparecía su mano, la mano no desapareció. Esto impulsó al doctor Cóstigan a examinar todos los diales y a revisar todas las conexiones. Finalmente, tuvo que desconectar la aguja para revisar los arreglos que había hecho la noche anterior.

La señora de Básher, cuya respira-

ción se había ido acelerando en tanto que su indignación crecía y cuyos ojos se habían ido cerrando y cargando de sospechas a medida que cada uno de los seis intentaba explicarle a su manera lo sucedido, se volvió repentinamente y se dirigió a la puerta. No la pudo abrir, pues para abrirla era necesario que el doctor Cóstigan apretara el botón que estaba en el panel.

—¡Abran la puerta! ¿Me oyen?

—Pero, ¿por qué? ¿No nos cree usted, señora?

—¡No! A Glenn le ha pasado algo, y ustedes quieren ocultármelo...

—¿Adónde va usted? —dijo Devan.

—¡A la policía! ¡Ellos se encargarán de sacarles la verdad!

Devan la tomó de un brazo y la sacudió.

—¡No puede usted ir a la policía!

—¡Cómo que no!

—¿No ve que lo echaría todo a perder?

—Entonces, dígame la verdad. ¿Usted piensa que soy tan tonta como para creerme todo ese... ese cuento?

—¡Pero le aseguro, que es cierto!

—Créame, señora; Devan le dice la verdad —dijo Orcutt.

—¡Abra esa puerta!

Devan se encogió de hombros, dándose por vencido. Miró al doctor Cóstigan, que estaba junto al panel, y le hizo una seña. La luz roja de la puerta se apagó.

—Ya puede pasar, señora —dijo Devan.

—Con la policía no conseguirá usted nada —añadió Orcutt.

La puerta se cerró después de salir la señora de Básher.

SI la depresión que cayó sobre los seis hombres, cuando quedaron solos otra vez en el gran taller de la aguja, hubiera sido tridimensional, no les habría parecido más oprimente y real. Pero cuando Devan, después de cerrar la puerta, se volvió para mirar a

los demás, los encontró tan desconcertados, que no pudo reprimir una carcajada, si bien un tanto nerviosa.

—¿De qué demonios se ríe? —gruñó Sam Otto—. Esa maldita mujer acaba de echar por el suelo todo el proyecto.

—No lo creo —dijo Devan—. ¿Qué puede ella demostrar?

—Pero le dirá a la policía para qué sirve la aguja, y se acabará el secreto —dijo el doctor Cóstigan.

—Más adelante —dijo Sam Otto—, sería una publicidad beneficosa; pero, ahora, puede arrinarnos.

Devan sacudió la cabeza.

—¿Quién de nosotros creyó en la aguja cuando oyó hablar de ella por primera vez? Yo recuerdo bien que no creí una palabra. ¿Recuerdan ustedes lo que cada uno presentía?... Sí, sí; me parece que la policía la tomará por una loca. Claro es que ella insistirá probablemente, y cuando repita una y otra vez la misma historia, terminarán por enviar a alguien a investigar.

—Pero precisamente lo que menos nos interesa —dijo Orcutt— es que alguien venga a husmear en la aguja.

—No tiene por qué ser fatal. Ninguno de nosotros vió desaparecer a Básher por el ojo, ¿no es verdad? Simplemente se marchó de pronto sin decirnos nada... ¿Entienden lo que quiero decir? Y aunque todos vimos que desaparecía en la aguja, oficialmente no podemos demostrarlo. En primer lugar, la aguja no está en funcionamiento ahora. En segundo lugar, ¿dónde está el cadáver? Sin cadáver no hay delito. Si nos mantenemos firmes y declaramos todos lo mismo, la policía tendrá que retirarse.

Sam Otto sonrió:

—Entiendo lo que quieres decir, Devan. No hay crimen sin el "cuerpo del delito" del que hablan las novelas policiales. Si la señora de Básher insiste mucho, puede terminar en el manicomio.

—Eso no lo sé; pero seguramente in-

vestigarán. Tenemos que guardar las ropas de Básher en el taller del doctor Cóstigan y no admitir nada más que la verdad: Glenn Básher desapareció. Si la conciencia nos remuerde, podemos decir que creemos que desapareció por la aguja, pero no estamos seguros.

Tooksberry intervino:

—Muy hábil, pero con eso no traemos de vuelta a Básher.

—Si nos mandan a todos a la cárcel, entonces sí que Básher no vuelve más.

—Ustedes encárguense de la policía —dijo el doctor Cóstigan. Yo tengo que poner otra vez en marcha la aguja. En este mismo momento el señor Básher puede estar buscando el camino para volver.

NO había pasado una hora cuando llegaron el oficial de detectives Walter Peavine y el detective Timothy Griffin, para comenzar su investigación. El oficial Peavine, hombre corpulento, con el cabello muy corto y ojos saltones de color castaño, fué derecho al grano, y pareció muy sorprendido de que nadie le dijera que Básher había desaparecido por la aguja. El detective Griffin dedicó su tiempo a una cuidadosa inspección del edificio.

El oficial probó diversos métodos para sacarles informes y fracasó con todos; pero volvía siempre a la carga con un nuevo procedimiento, no tan cortés y caballeresco como el anterior. Finalmente, Orcutt sintió que no podía aguantar más.

Oficial, permítame que le haga a usted una pregunta. Dígame francamente: ¿me creería usted si le dijera que Glenn Básher entró en esa abertura y desapareció?

El oficial de detectives Peavine examinó con respeto la aguja:

—Por supuesto que no —respondió—. ¿Me cree loco?

—¿Entonces por qué nos pregunta si lo hizo?

El detective estaba fascinado por la

belleza, el perfil y la simetría de la aguja. Apenas podía separar de ella los ojos.

—Bueno —dijo por fin—, reconozco que es una locura, pero nosotros tenemos que controlar estas cosas, ya sabe usted. La señora de Básher vino a la comisaría y armó un escándalo diciendo que ustedes trataron de hacerle el cuento de que su marido había entrado en un agujero y había desaparecido. Uno de ustedes la llamó para que viniera. ¿Es verdad?

—Efectivamente, oficial —respondió Holcombe—. Sucede que Glenn Básher se fué en la mitad de un experimento y nosotros..., bueno —sonrió con embarazo—, queríamos saber si había llegado a su casa...

—Y entonces —dijo Sam Otto—, pensamos que la señora de Básher podía decirnos dónde estaba. Su salida fué muy extraña. Nadie lo vió.

—El "Misterio del Cuarto Amarillo", ¿verdad? —dijo el oficial—. Todas las puertas y las ventanas cerradas, los ventiladores cerrados..., etcétera. Pero alguien desaparece.

Los zapatos claveteados del otro detective resonaron.

—No encontré nada. Algunas piezas están ceradas...

—Ya iremos a verla, Timothy. Quédese por ahí. Pero... ¿qué están haciendo ustedes aquí a estas horas de la mañana?

—Ya se lo dije, oficial —respondió Orcutt rascándose la barbilla—: experimentos con campos de fuerzas.

—A mi chico el hubiera gustado ver eso —dijo el detective, señalando a la aguja.

—Tráigalo cuando quiera.

—Es loco por los viajes espaciales. Les puede decir el tamaño y la distancia de cualquier planeta.

Se dió vuelta hacia Orcutt y le preguntó:

—¿Cuánto pesa usted?

—Noventa kilos, ¿por qué?

—En el planeta Marte —respondió rápidamente el detective—, pesaría solamente dos quintas partes de su peso. Randolph, mi chico, le calcularía inmediatamente el peso exacto. Asombroso, ¿verdad?

—Pero esto no es una espacionave, oficial.

—¿No? —preguntó decepcionado el detective—. ¿Y qué es entonces?

—Bueno —dijo Orcutt haciendo un guiño a Devan—, es un problema.

—¿Qué quiere usted decir?
—Que nos ha presentado un problema inesperado sobre el hiperespacio y sus relaciones con el espacio que tenemos alrededor.

—En ese momento —intervino Devan, que había entendido el juego de Orcutt— estamos preocupados por la transferibilidad de las estructuras celulares vivientes de un espacio a otro. El regreso es lo que nos preocupa.

—Sí, sí —dijo el detective sacando un cigarrillo del paquete y llevándolo a la boca— ¿Y quién es aquel viejo que anda con los cables allí arriba?

—El doctor Wingfield Cóstigan, el inventor de la aguja.

“Así no vamos a ninguna parte”, se dijo Devan. Miró el reloj: las siete. Dentro de una hora los empleados comenzarían a llegar.

—No entiendo —dijo el detective—. Ustedes arman un aparato, pero no saben siquiera para qué sirve ni cómo funciona. . .

—¿Quiere conocer al inventor —preguntó Devan.

El oficial detective asintió y se levantó para acompañar a Devan. De su nariz salían dos chorros de humo y en su mirada podía verse la perplejidad. El detective Griffin los siguió.

DOCTOR Cóstigan, le presento al oficial detective Peavine —dijo Devan.

El físico gruñó; hizo girar una llave; miró un dial. . .

—Este es el doctor Cóstigan.
—¿Algún inconveniente? —preguntó el detective.

El doctor Cóstigan levantó la vista.
—Sí.

Fué de la caja de control al panel de la pared de la aguja; sacó un conjunto de cables; examinó un diagrama con el circuito. . .

—¿No funciona?

—Por ahora, no.

—¿Y que hace cuando funciona?

—Todavía no lo hemos aclarado. Nunca conseguimos que funcionara del todo bien. ¿Le molestaría sostenerme un poco este plano?

El detective levantó el diagrama y lo sostuvo delante del doctor.

—¿Y cómo sabrá cuándo funciona bien, entonces?

—¡Aquí está! —exclamó el doctor, dejando de lado el diagrama—. Téngame esto —dijo entregando al detective una lámpara de mano. El detective la sostuvo como le había dicho el doctor se acercó empujándose sobre la punta de los pies para ver qué había hecho éste—. ¡Ahora sí! —dijo el doctor Cóstigan suspirando—. Ahora la resistencia está bien en este circuito. Es increíble cómo unos pocos ohms de más o de menos pueden romper todo el equilibrio de un circuito.

Se alejó, dejando al detective con la mano en alto sosteniendo la lámpara portátil. Finalmente éste la apagó y la dejó en un banco.

Luego, el detective quiso ver desde el suelo la punta de la aguja, cosa que Devan hubiera podido decirle que era imposible. Mientras estiraba la cabeza hasta descoyuntarse casi, Devan miró al doctor y luego vió al otro detective que se acercaba a ellos rodeando la aguja.

—¡Es grande de veras! —dijo Griffin, golpeando con los nudillos contra la pared de la aguja. Las paredes sonaron a hueco. Griffin se acercó todavía más.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando dentro del ojo.

Su vista estaba fija en las inscripciones perdidas por Básher.

El doctor Cóstigan gritó:

—¡Eh! . . .

Todos volvieron la vista en dirección al doctor; luego, viendo su rostro desenchajado, se volvieron para mirar al detective.

Griffin, asustado por el grito del doctor, había retrocedido un paso; pero no encontró resistencia, porque *el paso atrás lo había dado hacia dentro de la aguja.*

Mientras todos lo miraban sin saber qué hacer, el detective sintió que su pie se hundía en el vacío. El rostro se le llenó de asombro, y el alarido que comenzó al caer hacia atrás quedó interrumpido cuando su cabeza cruzó la entrada de la aguja.

Las manos que extendió para asirse no encontraron más que el vacío. Sus dedos agarrotados y los brazos se desvanecieron de las mangas cuando entraron en la aguja. Su ropa cayó amontonada sobre el piso, vacía. El impulso de la caída hizo que sus zapatos quedaran en una posición grotesca, con las puntas mirándose y los cordones sin desatar, mientras los calcetines caían sobre ellos, como cubriéndolos.

Los segundos parecieron minutos. Fueron momentos de prolongada agonía. Devan sintió que los nervios de todos se tensaban, como si la invisible red que los había cubierto comenzara a cerrarse. . .

—¡Timothy! —susurró a su lado el oficial Peavine, con el rostro blanco como el yeso, cerrando y abriendo espasmódicamente los dedos de las manos que pendían a sus costados, y mirando atónito a la aguja.— ¡Timothy! —repitió y, saliendo bruscamente de su pasmó, se lanzó hacia la entrada de la aguja.— ¡Timothy! . . .

Devan pensó verlo desvanecerse detrás de su compañero, pero no fué así.

El doctor había desconectado la aguja.

Corrieron todos hacia la aguja y vieron al oficial dentro de ella, palpando las ropas de su compañero desaparecido, como si esperase que en ellas quedara alguna parte del cuerpo. Levantó la chaqueta, luego los zapatos, los dejó caer y tomó las otras prendas. Un objeto blanco y rosado cayó de entre las ropas. El detective se agachó para recogerlo y se quedó con la vista fija en él.

—¡La dentadura postiza de Griffin!

CAPÍTULO VII

TODOS los planes para proteger el secreto de la aguja quedaron deshechos. El oficial detective Peavine comenzó la reacción en cadena. El eslabón siguiente lo formaron Devan, Orcutt, Sam Otto, Holcombe, Toombs y el doctor Cóstigan, que informaron a los policías; éstos se lo dijeron a los periodistas; éstos al público, que quiso saber más detalles y habló con los periodistas los cuales volvieron para interrogar directamente a los que habían visto desaparecer al detective, y les hicieron nuevas preguntas.

Fué una pesadilla. Las cosas se habían escapado de las manos del pequeño grupo de investigadores con tal velocidad que parecían irreales. Estaban todos agotados, sin afeitar y hambrientos; pero el Departamento de Policía había prohibido que abandonasen el edificio. Había periodistas, policías y fotógrafos por todas partes. Cada uno que entraba se detenía un momento, para contemplar la aguja, y luego seguía hasta el pequeño grupo permanente en torno a los seis investigadores.

—¿Es verdad que está a nivel del piso?

—¿La aguja del doctor Cóstigan? ¿Para que sirve?

—¿Dice que desaparecieron al entrar ahí?

—¿Puede usted explicar cómo ocu-

rió, o sabe de alguien que pueda explicarlo?

—¿Le sería muy molesto empezar otra vez desde el principio?

Caras nuevas a cada minuto, pidiendo informaciones; lápices aguzados para escribir en bloks de cuartillas, en libretas de anotaciones; nuevos visitantes con carteras, otros sin ellas; personas silenciosas y retraídas, que se limitaban a mirar, a informar, a sonreír, a fruncir el ceño...

Y luego las fotografías, dentro y fuera de la aguja, unas oficiales y otras privadas. Fotografos de la prensa y de la policía. Fotografías de cada uno por separado o formando grupo. Instantáneas con la luz del ambiente, con fongonazo con equipos de iluminación, con lámparas especiales para el color, con todas las clases y tipos de exposición, unas veces valiéndose de la policía y otras no, con y sin las ropas del detective Griffin y de Glenn Básher.

—¡Una más, por favor!

—Téngalo allí... así. Ahora, la última.

—Un poco más a la izquierda. Ahí está bien.

—Una sola más, por favor.

Devan se sentía desfallecer de hambre. Se le había acabado todo (los cigarrillos, las energías y la paciencia) y sentía los párpados como si tuviera a alguien sentado sobre ellos. Sabía que los otros estaban tan fastidiados como él con las respuestas que les dió la policía cuando preguntaron si podían hacerse traer el desayuno.

—Tendrán el desayuno cuando terminemos con esta parte de la investigación preliminar —les dijo el inspector Hárold Johnson, hombre alto, rubio, pesado, que llenaba su uniforme como corresponde a un oficial de policía.

FUE Betty de Peredge quien los auxilió. Llegó a las nueve, para comenzar su trabajo; no se dejó detener

por el policía que estaba de guardia delante de la puerta del taller; exigió que le dijera qué estaban haciendo con su jefe; se negó a responder a las preguntas, y finalmente, a fuerza de artimañas y decisión, logró llegar a donde estaban los seis hombres sitiados.

El círculo de personas que los rodeaban, no sabiendo quién era ella ni qué venía a hacer, la dejaron pasar.

—¿Qué están haciendo con ustedes? estaba oyendo la radio cuando... ¡Oh, doctor! —exclamó al ver a Cóstigan—. ¡Usted está enfermo!... ¿Puedo hacer algo por usted?

—Tráigame un litro de café, una porción doble de jamón con huevos y una cama, señora de Peredge —respondió Cóstigan—. Es todo lo que necesito.

Betty se encaró indignada con los policías:

—¿Qué están haciendo ustedes? ¿No ven que estos hombres necesitan descanso? Han estado despiertos toda la noche. ¿Les gustaría a ustedes que los acribillasen a preguntas en el estado en que ellos están?

Los policías retrocedieron un poco, dejando al inspector Johnson para que se las entendiera con ella.

Este se adelantó y le dijo:

—Señora, no sé quién será usted, pero aquí está de más.

Hubo algunas risitas. Betty de Peredge lanzó al inspector una mirada fulminante con sus azules ojos.

—Tengo todo el derecho del mundo para estar aquí. Soy la secretaria del doctor Cóstigan. Y a usted no lo conozco.

—Yo soy el inspector Johnson, encargado de esta investigación, y le pido cortésmente que deje a estos hombres solos.

—Si usted fuera un caballero, se habría preocupado de que tuvieran algo para comer.

—El departamento se encargará a su debido tiempo.

—Pues me parece que tardan dema-

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: C. — De esa manera se reducirá el peso total del transporte, ya que para acarrear oxígeno en forma gaseosa hay que contar con recipientes capaces de resistir la presión del mismo. Tal cosa implicaría que el 90 % del peso total estaría constituido por los cilindros de transporte.

Respuesta Nº 2: B. — La teoría de Darwin no ha sido comprobada definitivamente; pero los hechos que van aportando argumentos a su favor, aumentan día a día.

Respuesta Nº 3: A. — En lugar de utilizar diez símbolos diferentes para escribir los números (0, 1, 2, ..., 9), en el sistema binario se utilizan dos (0, 1). El método para escribirlos es análogo al decimal, y la siguiente tabla se explica por sí misma.

Cero	Uno	Dos	Tres
0	1	10	11
Cuatro	Cinco	Seis	Siete
100	101	110	111
Ocho	Nueve	Diez	Once
1000	1001	1010	1011

Respuesta Nº 4: A. — En los organismos vivos se producen constantemente cambios de substancias y transformaciones energéticas (metabolismo). Dentro del aspecto del metabolismo, que estudia los cambios de substancias, hay dos procesos fundamentales: el de asimilación (anabolismo) y el de desintegración (catabolismo). El empleo de isótopos ha impulsado enormemente el estudio de estos procesos.

Respuesta Nº 5: C. — Todo aumento de inversión desata una cadena de inversiones secundarias, de manera que la producción total (renta total) definitiva se eleva por encima de lo debido solamente a la inversión original. La relación entre la renta total producida y la inversión original es un número que recibe el nombre de "multiplicador", ya que, multiplicando cualquier inversión por dicho número, se sabe en cuánto aumentará realmente la producción a consecuencia de dicha inversión.

Respuesta Nº 6: D. — Cástor pertenece, junto con Pólux, a la constelación de los Gemelos. Es de segunda magnitud.

Calidad en Imanes

UTILIZANDO aleaciones que contienen titanio, cobalto y aluminio, se han podido hacer en Inglaterra los imanes permanentes más potentes conocidos, con el menor peso y volumen. La preparación de estos imanes, todavía en etapa experimental, es muy delicada; pues debe enfriarse una cara del imán al mismo tiempo que se calienta otra, para poder obtener una orientación particular de las moléculas.

siado. ¿Qué clase de departamento de policía tiene Chicago? Es evidente que estos hombres no han probado un bocado desde su última comida de ayer; no han descansado ni un minuto, y ni siquiera se han podido afeitar.

—Señora... —el rostro del inspector estaba más rojo que antes; de pronto volvió al color normal, y la resistencia del hombre se desmoronó—. Bueno —dijo—, vamos a darles un descanso. Que respiren un poco de aire. Continuaremos el interrogatorio después que tomen el desayuno.

Terminado el desayuno en la oficina del doctor Cóstigan, y después de afeitarse con la máquina eléctrica de éste, todos se sintieron reanimados.

—¡Ahora estamos mejor! —dijo el doctor Cóstigan palmeándose expresivamente el estómago—. Admito que es un poco temprano: pero me parece que unas gotas de cognac nos caerían bien.

Se asomó a la ventana de la oficina y contempló a la gente que se arremolinaba en el exterior.

Devan encendió un cigarrillo de un paquete comprado para él por Betty y lo aspiró agradecido. Orcutt encendió la pipa. Sam Otto mordisqueaba la última porción de tostada.

LOS esperan junto a la aguja —dijo Betty, entrando en la oficina—. Acabo de hablar con el inspector, y quiere ver una demostración.

—¡Con tal de que no comiencen de nuevo con las preguntas! —dijo el doctor Cóstigan.

—¡No diga eso! —exclamó Sam Otto con los ojos brillantes—. Necesitamos publicidad.

—Sí... a expensas de Glenn Básher y del detective —dijo entonces Tooksberry.

—Yo estoy arrepentido de haber empezado con esto de la aguja —dijo Orcutt—. Si hubiera sabido que habría de costarles la vida a dos hombres...

—Esa razón es infundada —dijo Devan—. No sabemos si Básher y Griffin están muertos, ni lo sabremos hasta que alguien entre y vuelva con la respuesta.

Los policías, los periodistas, los fotógrafos, los investigadores y los seis hombres de la Inland se reunieron junto a la entrada de la aguja, donde los seis explicaron con detalles qué había pasado a los dos desaparecidos. El oficial Peavine corroboró lo referente al detective Griffin.

—La máquina tendría que estar funcionando ahora —dijo Orcutt—; pues Básher y Griffin pueden estar buscando el camino para volver, y si la aguja esta desconectada, no podrán regresar.

—Quiero una demostración —dijo el inspector—, pero no quiero más víctimas.

—¡Víctimas! —gruñó Sam Otto.

—Primero se retirarán todos —ordenó el inspector—, y entonces se hará la experiencia.

Se retiraron todos. El doctor Cóstigan dió vuelta a las llaves, empujó las palancas, ajustó los diales y puso la máquina en funcionamiento.

—¡Ya está! —dijo desde el panel portátil.

El inspector Jonhson lo miró con desconfianza y comentó con el oficial Peavine.

—El aparato parece igual que antes.

—Por supuesto —respondió el doctor Cóstigan—. Sin embargo, acerque la mano al ojo y verá lo que ocurre. ¡Pero hágalo con cuidado!

El inspector se acercó cautelosamente a la aguja, con una mano extendida delante de sí. Llegó hasta la entrada, introdujo la mano y la vió desaparecer. La pequeña multitud reunida en el salón lanzó una exclamación de asombro. El inspector retiró rápidamente la mano y la frotó con la otra. Volvió a meter ambas, vió que sucedía lo mismo, las retiró velozmente, las examinó y estaban enteras.

—Perfectamente —dijo dejando caer las manos—. Desconecte.

—Un momento —dijo Devan—. No se puede detener la máquina ahora.

—¿Por qué no?

—Por lo que ha dicho el señor Orcutt, inspector. El detective Griffin y Glenn Básher están buscando el camino de regreso, dondequiera que estén. Sólo pueden volver si la máquina sigue funcionando.

—¿Y usted cree que estarán vivos?

—¿Sus manos están muertas?

—Bueno... muertas no, pero...

—Pues hay un método excelente para averiguar dónde están Griffin y Básher.

—¿Cuál es?

—Alguien que entre en la aguja y les muestre el camino de regreso.

El inspector negó con la cabeza:

—Nadie, absolutamente nadie va a entrar en la aguja. De hecho, tal como está, la máquina constituye un peligro. Puede resbalarse y caer.

—Hágame caso, inspector —dijo Orcutt—. Es el único modo de recobrar a su detective. Si usted hace desconectar la máquina, lo condena a que no pueda regresar a nuestra vida.

Fué muy difícil vencerlo. El inspector consultó por fin con el comisario, que consultó con el jefe de policía, el cual, según rumores, consultó a su vez con el intendente, antes de decidir que la aguja siguiera en funcionamiento. Como medida de precaución, se hizo construir una valla en torno a la aguja: una valla de madera, de más de dos metros de altura, con una puerta de entrada, y un policía apostado junto a ella y mirando a la entrada de la aguja. Nadie podía entrar en la valla. El policía, que debía mantener la vista fija en la aguja para avisar no bien viera a alguien o algo, estaba armado.

NO sé por qué no le habrán dejado a usted irse —dijo Betty

mientras los carpinteros trabajaban en la valla, al comienzo de la tarde. Estaba sentada con Devan en un cajón de embalar, vacío, situado delante de la oficina del doctor Cóstigan. Tenían apoyada la espalda contra la pared de la oficina.

—Sigue esperando que de un momento a otro saquemos al detective Griffin de un sombrero, como si fuera un conejo de prestigeador —respondió Devan.

—De acuerdo con lo que ustedes dijeron, hay posibilidad de que salga por la aguja, ¿no es cierto?

—Efectivamente, es posible.

—Esta aguja es de veras asombrosa.

—Es verdad. Pero ya hace meses que sabíamos cómo funcionaría.

—Si lo sabían, ¿para qué la construyeron? Porque el único uso aparente es hacer desaparecer a las personas.

—Estoy por darle la razón. Hasta el momento no ha hecho sino meternos en dificultades.

—Todo Chicago y todo el resto del país no habla de otra cosa. ¿Oyó usted la radio?

—Sí... Es lógico.

—Supongo que los diarios se dedicarán por completo a lo mismo, dadas las fotografías que tomaron... —Betty contempló la aguja, alta y majestuosa—. ¡Pensar que algunos de los circuitos que yo diagramé ahora forman parte de una cosa tan grande!... Pero debió de haber otra razón para construirla, además de la de hacer desaparecer cosas.

—Las cosas no desaparecen, Betty: solamente la carne viviente. Y no me pregunte por qué. Estoy pensando que debí quedarme en Florida... Aunque si me hubiera quedado, volvería ahora para ver qué está ocurriendo.

—¿En qué parte de Florida estaba usted? —preguntó Betty, y a Devan le pareció que ella lo miraba con demasiado interés.

—En un lugar llamado Pelican Rock.

Compré un chalet; pero nunca había tenido oportunidad de vivir allí hasta este invierno. Entonces vino este asunto de la aguja. Mi mujer y mis dos hijos están allí todavía. ¿Nunca estuvo usted en Florida?

—No; Franck y yo pensamos ir alguna vez... a Florida o a California; todavía no lo sabemos. Queremos pasar un tiempo en algún lugar que no exija tanto desgaste al cuerpo.

—¿Está usted ahorrando para eso? ¿Tomó con ese propósito este trabajo?

—No —respondió Betty—. Tengo un hijo: Jimmy. Lo cuidé durante seis años; pero ahora va al colegio, y yo me quedé sin nada que hacer. ¡Oh! No me entienda mal: claro que hay infinitas cosas en la casa; pero allí está también la madre de Frank. Vive con nosotros; le da el desayuno a Jimmy; sabe que a mí me gusta trabajar, y hemos hecho un trato: ella se encarga del trabajo de la casa y yo apporto mi sueldo. Trabajando Frank y yo, nos quedan unos pocos dólares.

—La entiendo a usted muy bien. Yo tengo dos chicos. Son un poco mayores que Jimmy, y también nos cuestan una enormidad.

—Parece usted cansado.

—Es que lo estoy. No recuerdo cuándo puedo haberlo estado más. Desde que salí de la universidad, no había pasado una noche entera en vela. Entonces solíamos jugar al bridge dos días enteros. Pero me parece que ahora no me dormiría aunque me acostase.

—¿Por qué no descansa un poco aquí? Ponga la cabeza sobre mi falda, y le haré unos masajes en la frente. Yo he dormido toda la noche y me siento perfectamente.

Sus manos eran frías y suaves, como Devan había esperado que fueran. Ella tuvo el buen sentido de no decir una palabra mientras le pasaba los dedos sobre la frente ardiente. Devan no pudo recordar otra sensación tan deliciosa como ésta y que lo descansase tan

to. Estaba a punto de caer dormido cuando unas voces estrepitosas, que venían de la aguja, lo despertaron otra

TRES personas, que Devan en su vida había visto, estaban conversando con el policía de guardia junto a la valla que estaban construyendo los carpinteros. El policía movía las manos indicándoles la oficina de entrada y sacudiendo la cabeza. Los tres desconocidos (un hombre alto, otro bajo y una mujer) parecían no comprender.

—Los he estado observando —dijo Betty—. Entraron cuando el policía que está en la oficina de entrada salió por un momento.

—¿Quiénes serán? —preguntó Devan, bajando del cajón donde había estado echado. Flexionó sus músculos y sintió con agrado la corriente de sangre que recorrió sus brazos y sus piernas. Los pocos minutos de descanso le habían hecho mucho bien—. ¿Dónde están los demás?

Betty se levantó del cajón y se acercó a Devan.

—Sólo quedan unos policías. Ya no veo a ningún periodista.

Devan miró a la ventana de la oficina del doctor Cóstigan. Vió a Sam Otto asomado a ella, mirando a los tres recién llegados que estaban junto a la aguja.

—Me gustaría salir de aquí —dijo Devan.

—¿Quiere irse a su casa?

—No; quiero decir que me agrada-
ría respirar un poco de aire fresco.

Subió los escalones que daban acceso a la oficina, y Betty lo siguió. Entraron.

El doctor Cóstigan estaba dormido sobre su escritorio, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Orcutt los miró con ojos somnolientos; estaba confortablemente recostado en una silla.

—Bueno, Devan, ¿qué será del proyecto ahora?

—Todavía no he pensado en ello.

Me preocupa más qué será de nosotros.

—Probablemente terminemos en la cárcel —dijo Toombsberry—. Llamé a mi mujer y está convencida de que ya estamos allí. Casi me colgó el tubo.

—Parece que tenemos visitas —dijo Sam.

—¿Quién? —preguntó Orcutt—. Espero que no comiencen otra vez con las preguntas.

—Ahí vienen tres personas que estaban discutiendo con el policía que cuida la aguja.

UNOS minutos después, los tres llegaban a la puerta de la oficina, acompañados por el policía, el cual dijo:

—Estos tres dicen que traen para ustedes un mensaje del Amo. ¿Los conocen?

Los tres estaban uno al lado del otro. El hombre alto tenía un peso tan imponente como su estatura, pero lo ostentaba con orgullo, con excesivo orgullo tal vez, según pensó Devan. Mantenía la barbilla erguida, como si estuviera mirando por la parte de aumento de los lentes bifocales, aunque no llevaba lentes. El labio superior, que apretaba un gran cigarro, hacía juego con su barbilla: ambos eran voluminosos. Sus ojos eran ardientes. Su largo abrigo, pasado de moda en tres o cuatro años, llevaba el cinturón suelto y colgando. Lucía un sombrero negro, muy gastado, pero limpio.

La mujer, que estaba a su izquierda, era encorvada, de cara enjuta, ojos abombados y cabello negro, muy crespo, asomando bajo un sombrero negro, también, y viejo. Tenía los labios firmemente apretados uno con otro.

A la derecha del hombre alto estaba el bajo, todo lo erguido que puede estar un hombre, sus pies formando una V, echadas las espaldas hacia atrás, y el traje pulcramente planchado, a juzgar por lo que Devan pudo ver entre los faldones abiertos de su gabán.

Su cara no tenía nada de extraordinario; pero en los ojos se veía un brillo fanático.

Los tres se plantaron frente a los ocupantes de la oficina. El hombre corpulento los inspeccionó uno tras otro. La mujer miró a Betty con expresión de desprecio y el tercer hombre permaneció simplemente en su lugar, con los ojos fijos hacia adelante.

—Nunca en mi vida he visto a estos señores —respondió Devan a la pregunta que había formulado el policía.

—Tampoco yo —dijo Orcutt.

Los demás asintieron.

—¿Quién es el encargado? —tronó el hombre corpulento.

—¿Qué desea? —replicó Devan, fastidiado por el tono de la voz y sus modales autoritarios.

—Traemos un mensaje del Amo —dijo el hombre.

—¿De quién? —preguntó Sam Otto.

—De Dios; ¿de quién quiere que sea? —respondió el hombre corpulento—. Nosotros somos sus hijos. Yo soy Eric Súdduth, de la Misión Redentora de Súdduth (a pocos pasos de aquí), gran director de la Redención de los Predisuestos y de los Sabios. Esta —añadió señalando a la mujer— es la hermana Abigail, directora de la Obra Femenina de Rescate y Redención. Este hermano eminente es Orved Blaine, vicedirector de la Obra.

Devan respondió:

—Yo soy Devan Tráylor —y presenté a los demás—. ¿Qué desean?

—Tiene que detener esa máquina —dijo Súdduth—. Dios nos ha dicho que ustedes están interponiéndose en su trabajo y su voluntad. Ya han sido sacrificados dos hombres para que ustedes comprendan qué es lo que sucede cuando se violan las órdenes del Amo. Hay que destruir esa máquina.

—¡Amén! —dijo la hermana Abigail.

—Haga como este hombre le dice —añadió entre dientes el vicedirector de la Obra—. No queremos que se

juegue con la voluntad de Dios.

—Siento haberlos dejado entrar —dijo el policía—. Pensé que ustedes los conocían. Este hombre dijo que...

—¡Detengan la máquina y habrá Gloria para ustedes y Gloria para mí!

La sonrisa de la hermana Abigail puso en descubierto una fila de dientes muy raleados.

Devan captó la mirada de Orcutt y vio reflejada en ella el mismo desconsuelo e incomodidad que él sentía. Siguió un lapso de silencio, que fué haciéndose más penoso a medida que se prolongaba. Devan se acordó de una obra de aficionados donde uno de los participantes olvidó una línea, y los demás no pudieron proseguir, porque sus frases dependían de la omitida por el desmemoriado histrión.

—¡Ya está bien! —dijo el policía—. ¡Vamos! ¡Siganme los tres!

—Un momento —dijo Devan—. Estoy seguro de que estas personas son bienintencionadas. Tienen que estar profundamente convencidos de lo que dicen, para presentarse aquí como lo han hecho.

—¡Mejor será que detengan la máquina, señor! —dijo amenazador Blaine—. Ya ha oído lo que dijo el gran director.

—No conozco la voluntad de Dios, pero lo que sé es que hay que mantener en funcionamiento la aguja, para que los dos hombres que desaparecieron puedan encontrar el camino de retorno.

—No hay camino de retorno —dijo Súdduth—. No hay modo de volver atrás de lo que ya se ha hecho.

—¿Y ustedes de qué se ocupan? —preguntó Orcutt.

—Para mí —comenzó Eric Súdduth, con gran majestad— es evidente que la inteligencia de ustedes no le ha permitido esa gran visión, esa vista panorámica de este mundo turbado que poseemos, esa comprensión necesaria para participar en la gran labor que

estamos cumpliendo. El mundo ha llegado a la crisis en que está, por causa de hombres como usted, nuestra misión es llevarlos a...

—¿Y eso que tiene que ver con la aguja? —preguntó Sam Otto.

—Tiene muchísimo que ver: los dos hombres que ustedes con tanta inconsciencia aniquilaron podían haber llegado alguna vez a la luz.

—¿Quiere usted decir que algún día podrían haberse unido a la Misión Redentora que usted dirige? —dijo Devan.

—Nuestra grey no son todos los hombres —respondió Súdduth—. Tenemos que vigilar a los que viven en este barrio. Las fuerzas de la ley y del orden pueden permitirles a ustedes llevar la gente al aniquilamiento; pero, como gran director de la Obra de Redención, yo no lo puedo permitir; especialmente tan cerca de nuestra sede.

Orcutt respondió con un gruñido:

—A usted, la pérdida de dos posibles conversos no puede afectarles tanto como a nosotros la de dos hombres.

—No podemos permitir que esto siga: tienen ustedes que detener la máquina.

—¡Detengan la máquina, en nombre del gran director! —dijo la hermana Abigail—; ¡en nombre de la Gloria!

—Es suficiente, hermana —dijo Súdduth.

—No podemos detenerla —respondió Devan.

—¡Buena, basta ya! —ordenó severamente el policía.

—¡El gran director dice que la detengan! —dijo Blaine, con los ojos sombríos y el rostro convulso, y acercándose hacia Devan.

—¡Vamos de una vez! —intervino el policía tomando a Blaine por un brazo y llevándolo hacia la puerta.

—¡Se arrepentirán! —gritó Súdduth antes de salir.

—¡No pueden desobedecer al Amo! —gritó la mujer.

—¡Amen! —rugió Blaine.

El policía lo sacó de un empujón.

CAPÍTULO VIII

FUE una desdicha que el departamento de policía de Chicago se viera forzado a reconocer que existía una cosa como la aguja, especialmente dado que dos personas habían desaparecido por ella y que la propiedad del aparato era fácilmente demostrable, porque la sola admisión de los hechos cargó sobre el departamento la responsabilidad de traer de nuevo al mundo uno o dos de los desaparecidos. Y esto no lo podía realmente hacer el departamento.

Cuando un hombre desaparece por el ojo de una aguja de dieciocho metros y nadie sabe adónde da el ojo de la aguja..., bueno, no existe precedente establecido. ¿Qué hacer, pues?

Primeramente, la policía trató de averiguar todo lo posible acerca de la aguja. Escribieron página tras página con las declaraciones de todos los que habían tenido que ver con la aguja en cualquier carácter que fuera. Con la única excepción del secreto de su funcionamiento, Devan suponía que la policía había averiguado todo lo que sobre la aguja se podía saber.

—¿Cuál es el próximo paso? —preguntó el inspector Jones—. No podemos introducir a un hombre sin que desaparezca también. No puede usarse una soga, pues el que baje por ella desaparecerá lo mismo, y la soga que lo sostendría se quedará de este lado. ¿Qué podemos hacer para salvar a Griffin y a Básher? No sé qué hacer y me avergüenzo de tener que confesarlo.

—Buena —respondió secamente Devan—, por lo menos ustedes saben tanto como nosotros.

Mientras la policía cavilaba y el público aguardaba, la corriente de la aguja no se interrumpía ni un instante.

El doctor Cóstigan había arreglado los circuitos y los diales, para que cualquier cambio en la corriente y en el nivel del voltaje fuera compensado automáticamente, de suerte que sólo la interrupción de la corriente por falta de la usina pudiera efectuar el funcionamiento de la aguja.

Aunque muchos daban por muertos a Glenn Básher y al detective Griffin, nadie lo confesaba: todos manifestaban su esperanza de que ahora que la aguja trabajaba las veinticuatro horas del día, los dos desaparecidos podrían descubrir el camino de regreso y presentarse un día, sanos y salvos, a este lado de la aguja.

Entretanto, el tránsito de la zona tuvo que ser detenido por otras calles. Los curiosos formaban largas filas de coches que pasaban lentamente delante del edificio, con caras asomadas a las ventanillas. La muchedumbre circulaba incesantemente a pie, esperanzada en poder echar una mirada a la aguja o a las personas relacionadas con ella. La policía los hacía circular.

Las únicas personas a las que se le permitía entrar en el edificio, además de los empleados estables, los dirigentes de la Inland, los policías, los periodistas y los locutores de radio, eran una larga serie de especialistas, entre los cuales había más de una docena de las primeras personalidades científicas del país. Vinieron físicos de las universidades del Medio Oeste; expertos en electrónica de todo el país; técnicos de la marina y del ejército; médicos, radiólogos, matemáticos; investigadores del Centro de Instrucción Naval de los Grandes Lagos; hombres de Rantoul, sede de la gran base de la aviación; investigadores del hospital de Cook County, del Instituto Nelson Morris de Investigación Médica, de la Universidad de Illinois, de Yucca Flat, de Los Alamos... Devan pronto perdió la cuenta de todos los visitantes.

Daban vueltas, metían la mano a

través de la valla y la retiraban con un grito. Miraban con asombro, fruncían el ceño, se sentaban y contemplaban la aguja. Pero ninguno podía explicar lo sucedido ni dar una sugerencia. En cambio, todos querían hablar del asunto. Algunos explicaban lo cerca que habían estado de inventar un aparato semejante a la aguja. Otros querían conversar sobre lo admirable que era que no se la hubiera inventado. Otros, simplemente, andaban a la caza de datos, que no se les podían dar, simplemente porque la única persona que los conocía se negaba a darlos. El doctor Cóstigan se negó a hablar aun con los de la universidad de Claybourne, donde había estudiado, o de Dewhurst, donde había enseñado los últimos años. Los demás, después de los primeros interrogatorios, siguieron su ejemplo.

FUE Sam Otto el que vino con una idea, tres días después. La visita de un policía uniformado, que arrastraba a una bióloga demasiado ansiosa por meter los brazos en la aguja, despertó la idea en la mente de Sam.

En ese mismo momento, Devan conversaba con Betty Peredge, que, como secretaria y dibujante del doctor Cóstigan, se había quedado sin nada que hacer una vez terminada la aguja. Charlaban los dos en la oficina del doctor Cóstigan, sin prestar atención a Sam, que estaba asomado a la ventana.

—¡Ya está! ¡Ya está! —gritó repentinamente Sam—. ¡Fíjense en ese policía alto que tira de la mujer!... ¡Ya llegan tarde! Ese policía grandote ha sacado a la mujer del ojo...

Devan y Betty se levantaron y volvieron a sentarse.

—¿Y qué? —preguntó Devan.

—¿No se da cuenta? —preguntó excitado Sam.

—¿De qué está hablando, Sam, por amor de Dios? —preguntó Betty.

—El policía ha retirado a la mujer...

Miren... —Sam se exasperaba pero no terminaba de aclarar qué quería decir—. Escuchen: ¿qué es lo que nos preocupa más en este momento?

—Hacer que vuelvan Básher y Grifin —dijo Devan.

—Exacto; pero no sabíamos cómo. Se me acaba de ocurrir —Sam sonrió y pareció disfrutar demostrando en decirles la solución—. Atiéndanme: no podemos atar una soga a un hombre y bajarlo por la aguja, porque la soga no es materia viviente, ¿no es así?

—Sí, pero por amor de Dios...

—¡Pues hagamos una cadena de seres humanos! —dijo triunfalmente Sam Otto—. ¿Me entienden? Podemos darnos la mano; el primero entra en la aguja, los demás lo sostenemos; entra el segundo, lo sostenemos; luego, el tercero y así hasta que sea necesario. Después, los que quedan aquí fuera, tiran de los que entraron y los sacan.

—Creo que Sam ha encontrado la solución —dijo Betty.

—¿Cómo no se nos ocurrió antes? —dijo Devan—. ¡Es tan simple!...

LA "operación Otto" iba a ser tarea sencilla: el doctor Cóstigan, Sam Otto, James Holcombe, Devan Tráylor, Edmund Orcutt y Howard Toombsberry formarían un extremo de la cadena; los voluntarios que querían rescatar al detective y a Glenn Básher formarían el otro extremo. Se esperaba que hubiera suficientes voluntarios entre los policías para hacer de lastre a la cadena.

Pero tan pronto como la policía se enteró, insistió en hacerse cargo del asunto y dictaminó que ninguna persona de la Inland entraría en el ojo. Los muchachos del departamento, vestidos de azul, rescatarían por sí solos al señor Básher y al señor Griffin, uno de los mejores detectives de Chicago. El jefe dictaminó que los participantes tenían que someterse a un rígido examen físico. No debían tener prótesis

anatómicas en ninguna parte del cuerpo, ni incrustaciones o piezas postizas en la dentadura, excepto en las caries pequeñas, cuyo relleno pudiera hacerse no bien salieran de la aguja. Tenían que ser solteros y menores de treinta años. Se eligió como fecha la de tres días después, y como hora, las ocho de la noche.

No bien las cadenas de diarios y radioemisoras se enteraron, la operación Otto pasó a ser la noticia sensacional. Otra vez las muchedumbres volvieron a concentrarse en la zona de la Fábrica de Estufas Rasmussen, y la policía debió acordonar el barrio. Los autos se apiñaban en las calles vecinas, llenos de curiosos que no tenían nada mejor que hacer en las tardes primaverales.

Se permitieron reportajes radiales y televisados al doctor Cóstigan y demás allegados a la aguja. Los reporteros querían saber qué posibilidad había de buen éxito. Devan y los demás se cansaron de repetir que no sabían nada que el público no supiera ya y que la opinión de cualquiera sería tan buena como la suya.

El día del experimento se quitó la valla que aislaba a la aguja. Un grupo de carpinteros comenzó a levantar palcos un poco más lejos. Devan se imaginó por anticipado la escena: el palco empavesado y lleno de personajes.

—¿Nos dejarán verlo? —preguntó sarcásticamente Devan a Orcutt, cuando llamó a éste a la central de la Inland, para enterarlo de los preparativos. Orcutt había dedicado la mayor parte de su tiempo a retomar el trabajo atrasado de la planta central.

—Me ha llegado por correo una invitación —respondió Orcutt—, y he visto un sobre igual para ti. Dice que la operación Otto está preparada para esta noche y que las puertas de acceso se cerrarán a las ocho menos cuarto.

—¿De dónde vienen las invitaciones?

—De la intendencia de la ciudad.

Al atardecer, los reflectores, previamente colocados en torno del edificio, se encendieron. Esto dió al suceso el sabor de una "première" cinematográfica en Hollywood. Las luces eran fuertes, porque las máquinas filmadoras y las cámaras de televisión tenían que trabajar continuamente.

Gran cantidad de agentes de policía se reunió en las inmediaciones del edificio. Un grupo con insignias especiales se encargó de pedir las invitaciones a la puerta. Los invitados avanzaban por los corredores del edificio, de donde pasaban al gran taller, cruzando la puerta del centro. A las siete y media, el taller estaba irrespirable de humo y resonaba con las conversaciones.

Exactamente veinte minutos antes de la hora, cuatro coches de policía se detuvieron ante la puerta, trayendo a doce impecablemente vestidos agentes, que no bien descendieron, formaron en fila de a dos y entraron marcialmente.

Para ellos era el lugar de honor reservado delante del ojo de la aguja.

Los altos jefes policiales, los dirigentes políticos de la ciudad y los dignatarios ocuparon los lugares que tenían reservados a la derecha de la aguja. Devan contó quinientas personas repartidos en diversos lugares del local y comprobó que por lo menos cuatrocientos de entre ellos le eran absolutamente desconocidos.

Devan, los demás miembros del directorio de la Inland Electrónica y otras personas oficialmente relacionadas con la aguja se sentaron en una pequeña sección, separada por cuerdas, a la derecha de los policías voluntarios. Orcutt, Holcombe y Toombsberry estaban más o menos indiferentes a lo que iba a suceder, dado que ya lo habían presenciado anteriormente. Ahora, sólo podía sentarse a un lado y observar en qué se había convertido la aguja. Pero los accionistas de la Inland que habían sido invitados, no estaban tan

indiferentes: la atmósfera de circo los tenía excitados. La señora de Petrie había olvidado por primera vez en la vida su tejido, y tuvo que estarse quieta abriendo la boca la mayor parte del tiempo. Hómer Párrret contemplaba sucesivamente la aguja, los personajes, los policías voluntarios y mordía incesantemente la punta de su cigarro. Clarence Gleckman masticaba rabiosamente su goma de mascar. O'Grady parecía incómodo y temeroso, sin saber exactamente qué iba a pasar.

Las ocho en punto, el intendente trepó a la plataforma; se dirigió a los doce voluntarios; les señaló el honor que estaban haciendo al detective Griffin y al señor Básher, y ensalzó su intrepidez. Se extendió sobre su patriotismo y sobre la eficacia de las organizaciones municipales en todos los departamentos. Luego se dedicó a la aguja y la alabó como un producto de la industria basada en la libre concurrencia. Cuando terminó el discurso, se inclinó agradeciendo, primero hacia donde venían los aplausos, luego hacia las cámaras de televisión, porque era allí donde sabía que estaban el mayor número de ojos y oídos.

Lo último que hizo el intendente, antes de bajar de la plataforma, fué presentar al inspector Johnson, quien a su vez presentó a un sargento llamado Spéncer. Devan recordó en éste al sargento que le había enseñado el orden cerrado en el ejército. El sargento Spéncer gritó las instrucciones a los doce policías voluntarios.

Los policías se despojaron de sus ropas, a excepción de unos suscintos pantalones de gimnasia, las zapatillas de tenis y los calcetines. Luego, uno por uno, pasaron las manos por un cajoncito con resina.

Hubo un momento de profundo silencio cuando se tomaron de las manos y el sargento vociferó nuevas órdenes. Avanzaron en maravilloso des-

pliegue de músculos y coordinación, en dirección a la aguja, tomando cada uno la mano del que tenía delante, a excepción del primero de la fila, que llevaba en la mano el cajón de la resina. Se detuvieron.

Una vez delante del ojo de la aguja, pasaron de mano en mano el cajoncito de resina, hasta que todos quedaron satisfechos. Luego entregaron el cajoncito al sargento. Este emitió una nueva orden, y todos volvieron a entrar en formación.

El primer hombre entró en la aguja bravamente, la barbilla levantada y el pecho saliente.

Instantáneamente, el segundo dió un grito y cayó de rodillas, con los músculos de su brazo derecho y del resto del cuerpo completamente tensos y el brazo inclinado hacia el ojo. Los dientes le crujían. Los que lo seguían entraron también en tensión, tirando en dirección contraria a la aguja.

—Me arrastra —jadeó el policía que ahora quedaba primero en la fila—. Todavía lo sostengo, pero me arrastra.

La cadena humana avanzó un paso, dejando al segundo hombre entrar en la aguja.

El tercer policía, con el cuerpo cubierto de sudor que relucía bajo la iluminación, entró ahora en la agonía que había vivido el anterior. Pero no pudo decir nada; tanta era la fuerza que estaba haciendo. Poco a poco, sus pies se iban acercando a la entrada de la aguja, y todos los circunstancias seguían absorbtos el progresivo deslizamiento.

Los restantes policías no necesitaban mayor esfuerzo para retener la cadena; pero el tercer policía les indicó con la cabeza la entrada de la aguja, y sus compañeros avanzaron acompañándolo hasta que desapareció por el ojo, centímetro a centímetro.

Cuando el tercer policía desapareció, el cuarto cayó de bruces al suelo, y su brazo derecho desapareció en el

ojo al nivel del piso. Tenía los ojos brillantes y abiertos, y el blanco de la córnea se notaba más de lo justo. La lengua le asomaba entre los labios y el rostro se le fué poniendo encarnado, rojo oscuro después, y finalmente púrpura.

De repente dió un quejido y se desmayó. La cabeza, que había logrado mantener a unos centímetros de suelo, golpeó con un ruido sordo contra él, cuando sus colegas lo arrancaron de la entrada de la aguja.

La mano derecha estaba vacía.

De todas las gargantas salió un grito de espanto. Luego, prodújose un instante de profundo silencio, tan profundo que hirió los oídos de Devan. Lo único que éste pudo escuchar fueron los sollozos convulsos del policía que había soltado la mano de su compañero.

—¡QUE espantoso! —dijo la señorita Treat—. Yo lo vi por televisión.

—Usted y varios millones más —respondió Devan Tráylor, colgando su gabán en la parcha y deseando que la señorita Treat, que había entrado detrás de él, se fuera cuanto antes—. La noche de ayer es una noche que quiero olvidar.

Y decía esto por varias razones. Devan se dejó caer en el sillón del escritorio: cualquier emoción nueva (lo sabía), le haría perder definitivamente la cabeza.

—Tiene mala cara... ¿Está enfermo? —preguntó la señorita Treat.

Devan sabía que lo estaba observando.

“Tengo que controlarme”, se dijo.

—¿No se siente bien? —preguntó otra vez la señorita Treat.

Si Devan hubiera podido, se habría echado a reír. No podía confesar que se sentía enfermo, porque ella comenzaría a mostrarse solícita.

—Sí y no —dijo finalmente—. Sí, si enfermedad es cómo una se siente;

no, si enfermedad es una afección. Para serle franco, señorita Treat, mi indisposición proviene de algunas bebidas que he tomado. ¿No se si me explico bien?

—Creo que sí —respondió ella.

Devan recordó que la señorita Treat nunca lo había visto con la cabeza en ese estado.

—¿Quiere que el traiga un poco de café?

—¡Esa sí que es una idea! —respondió con entusiasmo, aunque esto era sólo aparente. Lo que en realidad deseaba Devan era quedarse solo. Hasta la voz de la señorita Treat le irritaba los nervios.

La señorita Treat lo dejó y cerró la puerta de la oficina. Todo se cerró en torno a Devan. Debió pensarlo mejor la noche anterior; pero la situación lo había exigido, y ahora él tenía que pagarlo. Quien bebe a la noche, sacrifica el bienestar del día siguiente. Es un axioma. Probó hacerse unos masajes en la sienes. Algunas veces le había dado resultado para unir en una las dos partes en que tenía partida la cabeza.

Podía intentar justificar lo que había hecho. Tres policías habían desaparecido la noche anterior, por la aguja, y no volverían. Se habían hundido en la aguja, en medio de circunstancias a las que él debió oponerse. ¡Todo ese espectáculo y pomposidad, para terminar en un fracaso miserable! La intendencia y el departamento de policía debieron dejar aquello en manos de la Inland. Cierto que no imaginaba cómo podían haberlo hecho mejor, pero cuanto menos gente lo presenciase, tanto menos ridículo habría sido. Los atléticos policías habían sido empujados dentro del ojo de la aguja, obligados por el discurso del intendente y la presión de los espectadores, tal como los futbolistas hace el último esfuerzo, apremiado por las tribunas.

Toda aquella fanfarria y exhibicio-

nismo... y el silencio aplastante, la espera... Entonces, los espectadores, que súbitamente habían quedado silenciosos, se levantaron de los asientos y abandonaron el edificio, llevando consigo la imagen de los tres hombres que habían entrado por el ojo de la aguja, presumiblemente para no regresar jamás. ¿Por qué esperar lo contrario? Básher y Griffin no habían vuelto.

Devan había sido uno de los últimos en salir del edificio, todavía en estado de shock. Sabía que no podría dormir ni comer; lo dominaba una intranquilidad indefinida que lo carcomía. Entró en la primera taberna que encontró.

Mucho más tarde regresó al hotel y tomó unas copas más en el bar del mismo. Ahora recordada que había vuelto a perder el control cuando oyó que la gente que estaba en el bar no hablaba de otra cosa que de los tres policías que habían desaparecido por la aguja.

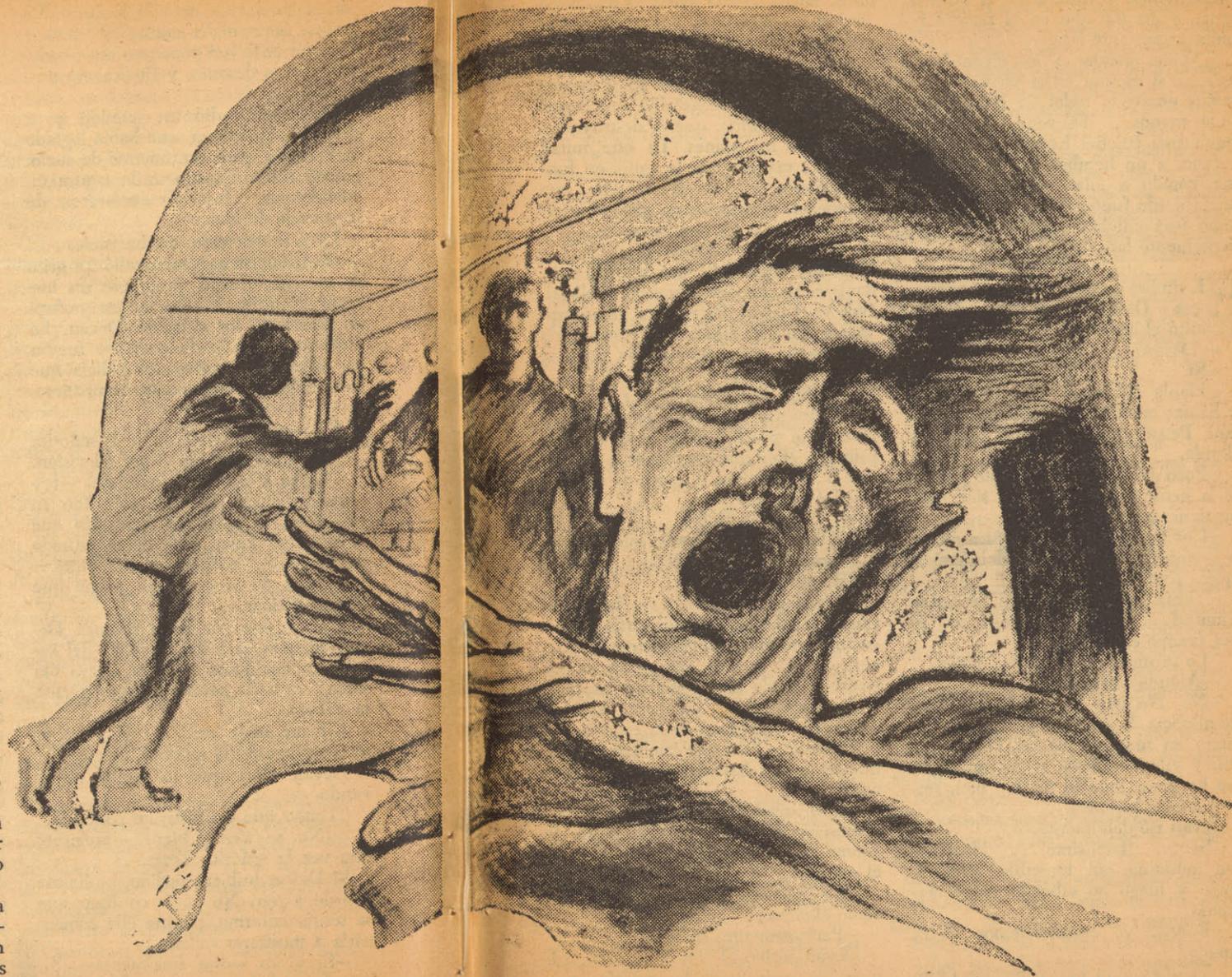
Esto terminó de decidir a Devan. Compró una botella y se la llevó a su cuarto. Un rato después había olvidado todas las agujas y los ojos del mundo.

RECORDABA vagamente que más tarde había llamado por teléfono a su mujer. Se sorprendió al recordar también que delante del teléfono había llorado como un niño.

Volvió a masajearse nuevamente las sienes. Había intentado huir del problema durante un tiempo. Con el alcohol lo había conseguido. Pero ahora tenía que volver a pensar en el ojo abierto y voraz de la aguja.

"Cinco tipos entran en la aguja; una gran aguja; los tres últimos para buscar a los dos primeros. Y ahora, los cinco están del otro lado de la aguja.

"¿Qué habría sucedido si yo hubiera entrado...?" Sonrió al pensarlo. "Quizás al otro lado de la aguja hay un paraíso..., y ninguno de los hombres quiere volver. ¿Se le había ocurrido a



alguien esta posibilidad?" Pero Devan recordó cómo se le había enfriado el brazo cuando lo hundió en la primera aguja, y decidió que en el paraíso no podía hacer tanto frío.

"¿Cómo rescatar a los cinco hombres... si es que están vivos? ¡Si ya hemos ensayado todo!... Teniéndose de las manos... Tal vez podamos conseguir una culebra bastante larga para sostener a un hombre, que podría entrar cogido a ella, mientras otro la sujeta desde fuera. Tiene que ser algo como una culebra: algo vivo y suficientemente largo".

EL timbre del teléfono vino a arrancar a Devan de sus pensamientos. Levantó el auricular. Era Orcutt.

—¿Devan?

—Sí.

—Habla Edmund. ¿Dónde diablos te habías metido? ¿Adónde fuiste anoche? Pensé que te habías vuelto a Florida.

—Poco faltó, Edmund. Este asunto de la gente que entra y no sale más, me tiene postrado.

—Comprendo cómo te sientes. Nunca olvidaré los sollozos del policía aquel. ¡Fue tremendo!

—Tenía que alejarme de la aguja, Edmund... Tenía que pensar por algún tiempo en otra cosa.

—Lo mismo nos pasa a los demás.

—¿Alguna novedad?

—No. No hay proceso judicial. La intendencia ha dejado el asunto por entero en nuestras manos. Hacen borrón y cuenta nueva, y nos encargan que hagamos todo lo posible para rescatar a esos hombres.

Devan rió débilmente:

—Sí... ¡facilísimo!... Hacemos una máquina tan increíble como la aguja, y luego no sabemos cómo manejarla.

—Bueno, ya encontraremos algún sistema.

—Ya oí eso otra vez: operación Otto.

—Los diarios no acusan a nadie. Los censuran a la policía más que a nosotros. Dicen que la aguja es una pura curiosidad científica y que la policía no tiene por qué meterse allí.

—¿Cuál es la reacción del público?

—Tuvimos un millón de llamadas esta mañana. La mitad dice que desconectemos la aguja, que la destruyamos con todos los planes. La otra mitad dice que mantegamos la aguja en funcionamiento y nos alienta para que trabajemos y busquemos una solución para rescatar a los desaparecidos.

—¿Sigue funcionando la aguja?

—Dejé órdenes de que siguiera. Todavía contamos con protección policial. Nos va a hacer falta. Pero ahora volvamos a la investigación privada. Nada de comedia y de discursos la próxima vez.

—Si hay una próxima vez.

—Claro que la habrá. Pero, ¿qué demonios te pasa? Nunca te vi tan deprimido. ¿Por qué no vienes a mi oficina?... Necesitas un poco de aliento.

—Iré después.

—¿Por qué después?

—Tengo muchas cosas que pensar. Devan colgó el teléfono y volvió a reclinarse en el asiento.

Bueno, por lo menos no había lío con la justicia... Si hubieran hecho como él quería, probablemente él, Orcutt, el doctor Cóstigan y los demás estarían donde ahora estaban los policías desaparecidos, es decir, habrían estado en el extremo de la cadena que desapareció. Claro que también sabrían qué es lo que hay del otro lado de la aguja.

Entró sonriente la señorita Treat; demasiado sonriente para el gusto de Devan. Colocó la taza y el plato en el escritorio. El café olía muy bien.

—Le puse dos cucharadas de azúcar, como siempre.

—Perfectamente, señorita.

Devan sorbió el café y la miró, advirtiendo cuán poco le costaría crear

un clima de claro de luna y de rosas. Pero la señorita Treat tenía algo más en la cabeza.

—Me dijo usted que quería olvidar la noche de ayer...

—¿Yo dije eso?... ¿Es que quería usted comentar algo?

—Sí —respondió ruborizándose—. Usted quiere rescatar a esos hombres, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—Bueno...

Parecía indecisa.

—Hable, señorita Treat. ¿Se le ocurre alguna idea?

—Es un poco ingenua. Sin duda se le habrá ocurrido ya a alguien. Pero al menos usted podrá explicarme por qué no sirve.

—Prosigá.

Devan no esperaba ninguna revelación, pero estaba suficientemente desesperado para escuchar a cualquiera.

Ella se aclaró la garganta.

—Bueno... ¿Nunca jugó usted a las veinte preguntas?

—Por supuesto que sí.

¿Adónde iría con aquello la señorita Treat?

—El mundo se divide en tres reinos, ¿verdad?

—Sí: animales, vegetales y minerales.

—¿Comprende lo que digo? —prosiguió ansiosamente ella—. Hay una división en dos grupos más amplios: inanimados y animados; pero en el juego de las veinte preguntas, una especifica el grupo, subdividiendo los animados.

Una gran claridad se hizo en la mente de Devan. Suave calor inundó todo su cuerpo, llegando hasta las últimas fibras nerviosas y borrándole el cansancio.

—Tanto los animales, como los vegetales vivientes —concluyó triunfalmente la señorita Treat.

Devan tomó el teléfono y marcó un número, deseando que Betty Peredge hubiera llegado ya a su trabajo.

—Me parece que usted dió en la tecla, señorita Treat. Pero no hay que decir una palabra a nadie antes de consultar al doctor Cóstigan. Hay que pensarlo bien. Cómo ocurrió con la idea de Sam, ésta a primera vista puede parecer una solución y luego... Hola, ¿Betty?... Escúcheme. ¿Tiene usted todavía sus plantas en la ventana?... Pero, ¿tiene todavía la sansebería?... Perfectamente... Fíjese en lo que quiero que haga. Coloque esa planta en una tabla larga, mécala en la aguja, sáquela después de un rato y dígame qué pasó. Llámeme... Sí, efectivamente. Si resulta bien, tenemos que agradecerélo a la señorita Treat. Es mi secretaria. Está al lado mío ahora. Sí, llámeme en seguida, por favor.

Al rato sonaba el teléfono.

—¿Devan?

—Sí.

—Habla Betty.

—Sí, Betty. ¿Qué ha pasado?

—La maceta ha salido; pero las flores se quedaron dentro.

CUANDO Betty Peredge comprobó que la materia animal no era la única substancia que pasaba por la aguja, Devan le preguntó si alguien la había observado mientras llevaba a cabo el experimento. Ella le respondió que el policía que estaba apostado junto a la valla la había observado de cerca; pero estaba segura de que no había visto exactamente qué hacía.

—Supongamos, entonces, que no se dió cuenta —dijo Devan—. Y no diga ni una palabra a nadie.

Betty colgó el receptor y contempló su maceta sin flores. Entretanto, Devan y la señorita Treat pasaban a la oficina de Orcutt.

—¡Es la solución! —exclamó Orcutt, alargando la mano para levantar el teléfono—. ¡Comencemos en seguida!

Devan detuvo la mano de Orcutt.

—Así no, Edmund. No queremos otro fracaso como el de anoche, con

cámaras de televisión, espectadores y discursos... ¿no es verdad?

Orcutt frunció el ceño.

—Entiendo.

A media tarde, una docena de trabajadores contratados a doble paga desarraigaban un gran álamo de Lombardía, de siete metros y medio de alto, en uno de los jardines particulares cercanos a la fábrica.

El árbol fué colocado en un largo acoplado y avanzó lentamente a través de las calles de la ciudad, hacia la Compañía de Estufas Rasmussen, donde se lo introdujo sin inconvenientes, por la puerta posterior del edificio. Las raíces del álamo iban encerradas en un cajón de madera, construído a toda prisa, de dos metros de lado y dos metros y medio de fondo. Devan no quería correr el riesgo de que el árbol muriera durante los experimentos.

—Si fuera otra especie de árbol, habríamos tenido que cortarle las ramas para meterlo en la aguja, y podía morir —explicó Devan, mientras los trabajadores empujaban el árbol sobre rodillos a través del taller.

—¿Cuándo lo va a poner en la aguja? —preguntó Betty.

—Tan pronto como lleguen todos. ¿Ha venido alguien?

—No; todos parecen evitar este lugar.

La noticia, por supuesto, no pudo mantenerse en secreto. No pasó mucho tiempo antes que los periodistas, según anunció el guardia de la puerta, se presentaran pidiendo ser admitidos. Devan salió para hablar con ellos. Una docena de personas lo aguardaban impacientes.

—¿Que están haciendo ahora —preguntó uno de ellos—. ¿Por qué no nos dejan entrar?

—Alguien nos dijo que habían traído un árbol.

—¿Qué piensa hacer con él?

Devan miró los rostros que tenía

delante, y levantó la mano pidiendo silencio.

—Ya me estaba extrañando que tardaran ustedes tanto en venir por aquí —dijo—. Lo mejor será que les diga la verdad.

—¿Para qué es el árbol? —preguntó uno.

—Para meterlo en la aguja.

Los lápices entraron en acción.

—¿No era que sólo la materia viviente podía entrar?

—Este es un árbol vivo.

—¿Y para qué quieren meter un árbol? No va a salir para contar lo que vió...

—Pero alguien puede bajar por el árbol y subir otra vez —explicó Devan.

—¿Cuándo nos van a dejar entrar?

—Cuando estemos listos.

Devan tomó medidas para que pudieran usar una de las oficinas desocupadas; en ella había teléfonos y una gran ventana que daba al taller, por la que podía observar cómodamente los acontecimientos.

Poco después, llegó Orcutt.

—¡Caramba! ¡Qué árbol te has conseguido! —lo examinó de un extremo al otro, y dobló varias de las ramas, que volvieron elásticas a su lugar—. Parece vivo. ¿No se morirá con el calor que hace aquí?

Devan se encogió de hombros.

—No lo creo. De todos modos, tardará un buen rato. Tendremos tiempo de sobra para los experimentos.

—Empujémoslo hasta la aguja y veamos si entra.

Pocos minutos después llegaron Toombsberry y Holcombe, y los cuatro jadearon empujando el árbol sobre los rodillos.

Algunos periodistas, que desde la ventana de la oficina estaban mirando el avance del árbol, se acercaron para ayudar. El árbol llegó a la valla; alguien la abrió, y todos lo empujaron haciéndolo entrar, poco a poco, en el recinto cerrado. Betty los ayudaba in-

dicándoles hacia qué lado debían girar la punta.

—Ahora está bien —anunció—. Un poco más, y entra.

Empujaron todos con renovado vigor. Los rodillos protestaron con agudos chirridos.

—¡Ya está!

Corrieron a la punta y vieron que ésta se había desvanecido al entrar en la zona expuesta de la aguja.

—¡Sirve! —exclamó Orcutt.

—Bueno —dijo Devan—, empujémoslo hasta la mitad, ya que estamos en ello.

—Sí, sí —aceptó Orcutt, extenuado por el esfuerzo—; pero tomemos resuello primero —añadió sentándose en una silla que tenía cerca—.

Avisé a los directores. Deben de estar a punto de llegar. Los podíamos usar para este trabajo.

—¿Quién entrará esta vez? —preguntó Toombsberry.

—¿Te estás ofreciendo?

—¿Yo?... ¡Cualquier día! A mí no me hacen entrar ahí.

Betty se acercó a donde Devan estaba de pie junto al árbol, tomó una rama y dijo en un susurro:

—¿Cuántos periodistas me dijo usted que habían entrado? ¿No eran doce?

—Me parece que sí —dijo Devan, y recapacitó un momento—. Sí, son doce. ¿Por qué?

—Bueno, están todos fuera de la oficina; entré para asegurarme... Y aquí sólo cuento once. Los cinco que ayudaron con el árbol están allí de pie, y los otros están sentados en aquellas sillas. Cuente usted.

Devan contó también: once.

—Mejor será que le pregunte usted al guardia de la entrada, Betty. Yo puedo haberme equivocado.

—Llamé al inspector Johnson —dijo Orcutt—. Me extraña que no haya llegado todavía. Son casi las cinco.

—¿Quién va a entrar? —volvió a preguntar Toombsberry.

—Parece que te preocupa mucho, Hóward. Por eso hemos traído el árbol —explicó pacientemente Devan—. El árbol desaparece igual que un ser humano. Quien ahora entre, podrá ir recorriendo el árbol y, después de estar dentro algún tiempo, volver hacia atrás e informarnos.

—No seré yo.

MIREN quién viene —dijo Holcombe, mirando hacia la puerta de entrada.

El doctor Cóstigan y Sam Otto avanzaban tambaleándose tomados del brazo. Cuando estuvieron cerca, los efectos de la bebida se mostraron claramente en sus semblantes.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam, con voz tartajosa.

—Sí... ¿qué pasa? —repitió el doctor, hipando.

—Siempre habla así cuando toma unas copas —comentó Sam.

El doctor tenía la vista fija delante de sí; pero, a causa de un movimiento oscilatorio que le comenzaba en los tobillos, la cabeza describía círculos irregulares.

—¡Hace mucho que no veníamos por aquí, Sam! Mira... ¡ha crecido un árbol en la aguja!

Sam enfocó la vista lo mejor que pudo.

—¡Cierto!... ¡Un árbol!... Extraño, ¿verdad? ¿Cuándo comenzó a crecer? —preguntó Devan.

—Vayan a la oficina del doctor, muchachos —dijo Orcutt—. La señorita Paredge les hará café.

—¡Vamos, doctor! ¡Vamos a ver a la señorita Paredge!

Pocos minutos después, la mitad del álamo había entrado en la aguja. Las ramas delgadas y flexibles entraban sin dificultad, como había previsto Devan. Mirándolo desde un costado, parecía que lo hubieran cortado de lado a lado con una sierra. Los que lo empujaban, se detuvieron para observarlo.

—¿Y...? —preguntó nuevamente Toobsberry.

—Sí, ya comprendo: ¿quién va a bajar por el árbol? —dijo Orcutt—. Francamente, no lo sé. A mí me gustaría bajar.

—Un momento —dijo Devan—. Yo tengo el mismo derecho que tú.

—Bueno, ¿vamos a discutir otra vez?

—Espero que no.

—El problema está resuelto —dijo un hombre joven, saliendo del grupo de los periodistas—. Soy Jed Huston, del *Sun-Tribune*. Quiero ir yo.

—Usted está loco —interrumpió Toobsberry—. ¿No sabe que el que entra no vuelve?

Jed, hombre de mediana estatura, vestido con un traje elegante de casimir, le respondió sonriente:

—Ya sé de qué se trata. Entrar caminando sería peligroso; pero bajar por un árbol, ¿qué peligro tiene? Uno baja y vuelve a subir como si fuera por un árbol común. De todos modos, no me importa el riesgo. Si sale bien, haré un gran reportaje. ¿Qué les parece?

Volvió a sonreír. Sus ojos azules resplandecían de buen humor, y aunque no era corpulento, tenía un aire de seguridad y equilibrio que hablaba en pro de su capacidad muscular.

Eran más de las seis cuando el asunto quedó decidido. No bien los otros periodistas escucharon que Huston se ofrecía como voluntario, quisieron ir todos. Pero como Huston había sido el primero en ofrecerse, a él se le dió el puesto.

Cuando Jed Huston estuvo listo para bajar por el árbol todos los miembros del directorio, el inspector Johnson y la señorita Treat habían llegado, cumpliendo con la invitación de Orcutt, a presenciar la prueba.

—Durante algún tiempo nos pareció que tendríamos que renunciar a encontrar un medio para rescatar a esos hombres —explicó Orcutt—; pero la señorita Beatriz Treat, a la que sin duda

muchos de ustedes conocen como secretaria del señor Tráylor, vino en nuestra ayuda con una solución simple. Hace falta una inteligencia muy despierta para hallar la solución de un problema, de modo que a todos pareciera simple y factible una vez encontrada...

El pequeño grupo aplaudió, y Orcutt explicó con más detalle cuál era la idea de la señorita Treat y cómo tendría lugar la prueba.

Luego, Orcutt presentó a Jed Huston, que se había desnudado hasta quedar tan solo con su ropa interior. Huston habría preferido prescindir también de la ropa interior, ya que al entrar a la aguja la perdería; pero en consideración de la señorita Treat, a la señora de Peredge y a la de Petrie, no lo hizo.

Sonrió a todos, saltó atléticamente, se colgó de una de las ramas superiores y se lanzó hasta la punta del árbol.

Una vez allí, comenzó a descender cautelosamente hacia la aguja.

—¡Espere!

Aquella voz salió del extremo del recinto. Todas las cabezas se volvieron para ver quién había gritado.

—¡No entrel! —gritó la misma voz.

En la pared más alejada había un hombre, subido junto al panel de control y que tenía en alto una mano para llamar la atención. Estaba demasiado lejos para identificarlo.

—¡Hermanos míos! nadie debe entrar en la aguja.

Devan conoció en seguida quien era.

—El gran director de la Redención de los Predispuestos y de los Sabios ha hablado —dijo Orvid Blaine—. Aun ahora, el director Súdduth, la hermana Abigail y veintidós obreros del Rescate y la Redención están orando por vosotros, que habéis llevado cinco hombres a la muerte, violando la voluntad de Dios.

Jed Huston se había detenido para

mirar al que hablaba. Ahora volvió sus ojos nuevamente a la aguja.

—¡Deténganse, les digo! —el hombre se inclinó y recogió del suelo un gran caño de hierro—. ¡Un paso más, y tiro este caño contra esos cables!

Huston se detuvo y se sentó en una rama, con la barbilla en la mano, y la mano apoyada en la rodilla.

ME había olvidado de decirle —susurró Betty a Devan— que los periodistas *eran doce*. No he podido venir a decírselo antes, tuve que servirles un café al doctor Cóstigan y a Sam.

Devan miró el rostro, ahora familiar, de Blaine.

—La culpa es mía: debía reconocerlo antes.

Orcutt se dirigió a Blaine.

—Escuche, Blaine. Comprendemos sus sentimientos y no le haremos nada si usted, tranquilamente, baja de ahí y se retira del edificio.

—Si no se va usted, lo meto un mes en el calabozo —amenazó el inspector Johnson.

—Blaine —dijo Devan—, si usted tira ese caño contra los alambres, será el causante de la muerte de cinco hombres, porque les cerrará usted el camino para volver del otro lado de la aguja. No podrán regresar si la aguja queda desconectada.

—Dígale entonces a ese hombre que no entre en la aguja —respondió Blaine.

—¡Cállese de una vez! —ordenó Johnson—. Ya ha hablado usted demasiado. Ahora, baje de ahí y salga del edificio. Usted está interrumpiendo un experimento importante.

—¡Le aviso por última vez: larguese si no quiere que yo me encargue de hacerlo salir de otro modo!

Blaine vaciló por un momento. Tenía los ojos desorbitados y se pasaba la lengua por los labios.

—Haga como le dice el inspector --

insistió Orcutt—. Ese equipo cuesta muchos miles de dólares.

El inspector Johnson comenzó a acercarse al panel, llevando en la mano una silla que estaba cerca.

—¡Blaine, voy hacia usted!... Nada de locuras o se arrepentirá.

—¡Deténgase! —rugió Blaine, con el semblante demudado y la boca contraída.

Y de pronto, cuando Johnson había subido ya a la silla, para trepar luego al panel, Blaine chilló con voz estridente:

—¡Ya les avisé!

Arrojó el caño con todas sus fuerzas.

Una lluvia de chispas salió del panel.

La aguja del doctor Cóstigan se estremeció. En ocho lugares distintos de la estructura aparecieron luces de un rojo oscuro; luego, de rojo blanco, y por último, círculos anaranjados. El metal se retorció, y las luces se extinguieron.

Pocos minutos después, mientras el metal se fundía, oyéronse ruidos de resquebrajamiento. Al contraerse el metal, la aguja se inclinó.

El recinto estaba lleno de humo.

No se oía ni el menor ruido. Reinaba una inmovilidad absoluta.

Todo ser viviente, en un radio de doscientos metros en torno a la aguja del doctor Cóstigan, se había disipado. Las bacterias, los seres humanos, los gatos de los albañales, los pececillos de las peceras, el pasto: todo siguió el camino por donde habían ido los cinco primeros desaparecidos, a través del ojo. Pero, esta vez, era un ojo increíblemente agrandado: un ojo inmenso, formado por el imprevisto y accidental flujo electrónico de los solenoides.

Los objetos que no desaparecieron quedaron diseminados en pequeños montoncitos, donde antes habían estado los seres vivientes: prótesis dentales, anteojos, ojos de vidrio, pelucas,

falsas pestañas, accesorios artificiales que iban al descubierto, y otros que estaban ocultos y que ahora quedaban a la vista de todo el mundo, desde los montones de ropas que habían estado arrodilladas rezando en la Misión de Súdith, hasta las huellas de tres perros que estaban enzarzados en una pelea callejera a dos cuadras de la aguja.

Los automóviles que pasaban por las calles del barrio siguieron la marcha sin sus conductores y se estrellaron. Todo lo que quedó dentro de ellos fueron los montones de ropa, donde había estado sentados los pasajeros.

En total, las personas desaparecidas fueron tres mil noventa y cinco.

(Concluye en el próximo número)

Mutaciones

EN una revista especializada se publicó hace poco la fotografía de un habitante de las islas Filipinas. Si no fuera más que por eso, nadie le hubiera dedicado más de una mirada; pero sucede que, además de ser oriundo de las Filipinas, el hombre tenía la curiosa particularidad de poseer una cola de regular tamaño. El señor en cuestión pertenecía a la tribu de los igorotes y, a juzgar por su cara, estaba bastante satisfecho de tan extraño apéndice.

¿Extraño apéndice? No tan extraño en realidad, ya que todos los seres humanos tenemos nuestra cola y ciertamente que no sólo de paja. En general, éstas no son visibles o, cuando lo son, no tienen la longitud apropiada como para poder andar revoloteando de un lado para otro, al estilo de los monos. En la época del desarrollo embrionario es cuando la cola alcanza su extensión mayor en relación al resto del cuerpo. Durante dichos meses puede llegar a medir tanto como un décimo de la longitud total de embrión.

Normalmente la cola se va acortando, hablando comparativamente, y cuando llega el momento del nacimiento, ya no es visible en la mayoría de los casos, sino que está rodeada por otros tejidos. Pero aunque invisible para el hombre común, los hombres de ciencia no han dejado de notar sus huellas en la forma de unos huesos soldados a la parte terminal de la espina dorsal. Estos huesos reciben el nombre de coxis y basta caer sentado, sobre una superficie dura, para darse cuenta de que existen, si bien algo dolorosamente.

No es raro que se publiquen informes médicos acerca de niños nacidos con cola visible. La cola más larga verificada hasta ahora por autoridades competentes ha sido la de un nene chino. Su cola medía alrededor de 25 centímetros. Este récord no ha sido batido todavía a pesar de que en Baltimore (Estados Unidos), allá por el 25, se dió también el caso de un chico con una cola casi tan larga como la anterior, y que casi sirvió para poner punto final al juicio que se le hacía a un maestro por enseñar la Teoría de la Evolución, de Darwin. En fin, un asunto que trajo su cola.



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

Inocente Maquiavelo Reforzado (MAS ALLÁ Nº 29)

Señor Director:

Pese a mi mejor buena voluntad, no he podido desentrañar la finalidad que pretende tener su contenido. Carece de los principios más elementales del decoro y puedo afirmar que este tema hubiera sido rechazado por la revista más insignificante y, con más razón, debió haberlo sido por ésta, dado que no guarda la más mínima relación con la finalidad científica que la caracteriza. Cabe suponer que esto es una buena broma preparada por los editores para poner a prueba el temple de los lectores, puesto que únicamente pudo haber agradado el tema a individuos de complejas aberraciones freudianas. En consecuencia, los únicos "Inocentes Maquiavelos Esforzados" a leerlo hemos sido los lectores.

P. D.: Es de suponer que las críticas adversas como ésta no serán publicadas.

ERNESTO HACCHLER (Capital)

Señor Director:

Han cometido un desliz notable con este cuento, que más bien es una innumerable sarta de groserías. ¿Tiene acaso un razonable nivel literario? ¡Ni lo consideremos! ¿Posee, a lo menos, una firme base técnica? ¡Qué! ¿Qué base técnica puede tener un cuento de ese tipo? MAS ALLÁ ha dado un lamentable y gran paso atrás. Es un insulto a la educación publicar algo que pueda deformar las conciencias juveniles. Bajo una capa pseudo-científica-policial-comercial, que ni siquiera llega a cubrir, salta a nuestros ojos toda la obscenidad e indecencia que pueden albergar ciertas revistas inmorales que florecen en este país. ¿MAS ALLÁ se ha transformado en eso? Si es así, renuncio terminantemente a volver a adquirirla. Por lo demás, su revista siempre buena.

JOSE MARANTE (Capital)

Señor Director:

¡Me extraña que una revista de la calidad de MAS ALLÁ publique tan horrible bodrio!

ROBERTO PERAZZO ALBERTELLI (Capital)

Señor Director:

En lo que se refiere a este cuento, ustedes mismos dicen: "léalo y háganos conocer su opi-

nión aunque sea para insultarnos". Parece mentira, pero uno de los objetos de esta carta es ése: "¡INSULTARLOS!"

CELINA MANZONI (Capital)

Señor Director:

Este "cuentito" está bien ubicado en el desequilibrio ilusorio-científico y por otra parte entramos en la faz de la degeneración comercial. Entiendo que MAS ALLÁ no tiene la intención de paralizarse en cuentitos desequilibrados y más bien dañinos, sino que supongo que hay en el sentido de nuestra vida el progreso de nuestra ciencia hacia el equilibrio mental y material. Esta clase de fantasías son contraproducentes no sólo para el lector sino también para la misma revista, de la cual emana una desviación de su línea trazada. Admitiendo que se trata de desafíos audaces de la imaginación inocente o también de aventuras de la mente, no obstante hay mucha razón para elegir y colocarlas dentro del ambiente que corresponde.

ALFREDO J. KRALL (Capital)

Señor Director:

Me parece un cuento común, que no justifica la nota de advertencia. Quiero decir que lo asimilé sin dificultades y que me gustó. El señor Oesterheld tiene pasta de escritor de F. C. y sus cuentos, aunque tuviera sólo el 50% de la calidad de éste merecerían ser publicados por MAS ALLÁ.

MIGUEL O. RAMIREZ (Capital)

Señor Director:

... sencillamente magistral. Como para ser leído por un argentino o por un francés o, en líneas generales, por un latino, por alguien que rinda el justo culto a las líneas o implementos que realcen la anatomía femenina.

CARLOS ALBERTO L. JACQUES (Capital)

Señor Director:

Me ha gustado muchísimo y, de ser posible, me agradaría hiciese llegar mis felicitaciones al autor. Es un relato que dibuja eficazmente la chispa criolla en sabia mezcla con la imaginación moderna.

MIGUEL E. SCHIAVINI (Témpereley)

Señor Director:

Es un cuento que me ha gustado por su original y diferente tema.

MIGUEL BARONE (Capital)

Al Dire:

¡Grande, Dire, GRANDIOSO! Si después de este cuento pretenden juzgarnos en el exterior por las letras de los tangos, ¡que me aspen! ¡Qué tema! ¡¡BARBARO!!

REFORZADO (Santa Fe)

Hacia la verdad

Señor Director:

¿Qué son para el señor J. Martínez (MAS ALLA N° 30), los mitos y las religiones sino caminos que sigue el hombre en su constante preocupación por llegar a la verdad?... La conducción basada en la verdad es un problema puramente subjetivo y lo será mientras el señor Martínez no pruebe infaliblemente que la única verdad es lo que él dice... Por mi parte tengo entendido que hay suficientes personas cultas que creen en un Dios como para que quede ridículo poner que *no pueden* creer en ellos...

MARIO J. CHAUBELL (Capital)

Señor Director:

...Soy de la misma opinión del señor José Martínez. Quizá se me pueda tildar de materialista, pero pienso así.

O. PEREZ (Florida)

Señor Director:

En el N° 30 se publica mi carta, a la que usted responde que "siempre hubo ateos..." Crean muchos que el Universo tiene que tener inevitablemente un hacedor. Pero si partimos de la base de que el mismo Universo es infinito, veremos en seguida que sería en sí mismo un Dios, pero no con voluntad, omnipotencia o misericordia sino una "conciencia" general del Universo; es decir, la potencia que lo anima y que está en todas partes. Ese Dios o inteligencia no sería otra cosa que las Leyes de la Naturaleza. Los ateos niegan al Dios que en un momento de su eterna existencia decide crear el Universo "de la nada". El Universo siempre ha existido y existirá. No tiene ningún creador. El único eterno es él; y posiblemente el único Dios es él mismo. Hace ya mucho que los descubrimientos científicos han hecho caer en la cuenta a numerosas personalidades de que el espacio infinito o la Naturaleza o conciencia general del Universo es muy distinto de un Dios que baja a la tierra para dictar leyes. Es por esto que a menudo se confunde la interpretación de "ateo". El ateo no cree en Mahoma, Buda o Jehová: cree en el Universo.

JOSE MARTINEZ (Capital)

Señor Director:

Estoy en total desacuerdo con el señor J. Martínez. Yo creo que en la actualidad y en el futuro, por más desarrollada que esté la in-

teligencia del hombre, debemos creer en una religión determinada y en un solo Dios creador de todo el Universo.

ANIBAL PALACIOS (Pehuajó)

Señor Director:

...Yo no creo que MAS ALLA sea un elemento de difusión del ateísmo, muy por el contrario, es un órgano de F. C. y ésta no nos aleja de Dios; nos acerca más a él porque nos enseña a apreciar las maravillas del Universo, ese caos con infinito orden que no pudo haber sido creado sino por Dios. Aprovecho la ocasión para pedirle al señor Director de MAS ALLA que sea más severo al contestar cartas como las del señor Martínez.

BEATRIZ M. BRETT (Capital)

☉ La carta del señor Martínez ha desencadenado una avalancha de respuestas. El conflicto existe desde que existe el hombre; cada uno de nosotros lo armoniza dentro de sí mismo, pero es mucho más difícil conciliar los puntos de vista de varias personas.

Guijarro en el cielo (cont.)

Señor Director:

Desde esta ciudad, a orillas del lago más grande de Sud América, se desplaza este proyectil para felicitarlo... No nos explicamos por qué los autores se empeñan en hacer aparecer a la tierra como víctima de todo lo que ocurre en la Galaxia, destruida, invadida por seres ultramundanos, etc. En "Guijarro en el cielo" (MAS ALLA N° 27) el autor pinta a la tierra esclava de un Imperio Galáctico, arrasada por zonas radioactivas donde sólo quedan pocos habitantes preocupados y paranoicos por una ley que los elimina a los 60 años; pero es el caso que cuando esperábamos el triunfo de la rebelión de la tierra por medio de los virus, un personaje que ha venido del pasado se encarga del desenlace destruyendo la conspiración, lo que da un pésimo fin a la obra.

HUGO B. BERMUDEZ y LIGIA LEONARDI (Maracaibo, Venezuela)

Los mutilados

Señor Director:

Me pregunto qué dirán los buenos lectores, hombres de conciencia sana, concientes de que la función de la Literatura es elevar el punto de mira de la especie humana, al leer esa pirrafa sangrienta, esa vergonzosa defecación cerebral que es "Los Mutilados" (MAS ALLA N° 28). ¿Están esos escritores tan hastiados del mundo, tan poco creen en la altitud humana, que consideran que esos engendros deben ver la luz?... ¡"Sursum corda", señor Director! Y a limpiar en adelante a MAS ALLA de esa carga inútil de bacterias.

FERNANDO RODINO (Capital)

Señor Director:

"Los Mutilados"... demuestra el futuro no muy lejano de los aviadores de caza a reacción modernos. He leído en revistas de confianza los tormentos que sufren los pilotos de los

"jets" y "sabres" luchando con la tremenda fuerza de gravedad, la aceleración y otros factores que comienzan a influir cuando la velocidad duplica y hasta triplica en ciertas condiciones la del sonido. En la revista "Life" se publican las declaraciones de los mismos pilotos, que testimonian los inconvenientes en los viajes aéreos a velocidades supersónicas. Ellos dicen "Nos movemos en una ratonera con un traje de 80 kilos y en el cual nuestros miembros son sólo una molestia pues lo único que trabaja febrilmente son nuestras mentes y las demás partes del cuerpo sólo nos causan dolor". No piensen los lectores que el mundo del futuro nos ofrece sólo maravillas y piensen en la amarga realidad que nos rodea y en el porvenir que espera a nuestros aviadores hasta tanto no se perfeccionen los actuales sistemas de vuelos.

SALVADOR ARMADA ALVAREZ (Tucumán)

Señor Director:

"Los mutilados" (MAS ALLA N° 28) es una obra repugnante y sanguinaria, impropia para cualquier persona, por sexo y edad que tenga.

JUAN JOSE BAIONE (Capital)

Señor Director:

...estrabombólico e impresionante...

ROBERTO J. RODRIGUEZ (Capital)

Señor Director:

Horrible... ¿No debe tender el hombre a la belleza espiritual y física?

MARTA ANA BERÁN (Mendoza)

Señor Director:

¡Esto ya colma la medida! "Los mutilados" no es un cuento, es algo monstruoso, horroroso, espantoso y todo lo que termina en "oso" menos hermoso. Es el producto de una mente torturada, estrecha, tortuosa. ¿Le parece bonito hacernos gastar seis pesos para tener que aguantar una cosa así?... Pero eso no es lo peor de todo. Lo peor es que al lado de una cosa como ésa ustedes publican "Mundo de Ocasión", que es algo buenísimo y que merece todos mis elogios.

MAURICIO KITAIGORODZKI (Capital)

Señor Director:

¡Este sí que es un toro como para asustar a cualquiera! Esta terrible probabilidad sí que debe ser estudiada. Aunque, pensándolo bien, probabilidad sólo desde un punto de vista materialista, pues desde un ángulo un poco más humano esperemos que sólo sea una remota posibilidad.

OMAR H. GONZALEZ (La Plata)

Señor Director:

El cuento de "Los Mutilados" toca una nota un poco alta en el asunto de los voluntarios en tiempo de guerra, pero si tenemos como fondo la historia de los "Kamikazi", tanto japoneses como alemanes (ver Life, sept. 10 de 1945, donde se publicó una foto de una V1 con habitáculo para el piloto) y las versiones sobre la formación de una escuadrilla

suicida para atacar los aviones de bombardeo aliados de la segunda guerra mundial, se puede creer cualquier cosa.

EDUARDO FUGAZZA (Avellaneda)

Un no sé qué tan fuerte (Cont.)

Señor Director:

Como me interesa mucho todo lo relacionado con la psicología y el carácter de las personas, no puedo dejar de contestar a la señorita Néliida Ríos (MAS ALLA N° 30). Generalmente uno ve en un dibujo lo que el subconciente ha elaborado y que la memoria se encarga de hacer aflorar a la superficie de la conciencia... Si todo el cúmulo de recuerdos se basa en prejuicios sociales, no se verán más que cosas que choquen a sus prejuicios. Todo será que quien lo mire lo haga objetiva o subjetivamente. Haciéndolo de la primera forma tendrá una visión clara de lo puesto a juicio, excluyéndose totalmente el afloramiento subconciente de visiones raras de un "no sé qué, que aterroriza", producto único de un apasionamiento adolescente.

EDUARDO FERREYRA (Córdoba)

Señor Director:

Quiero decirle a la señorita N. Ríos que la época "rococó" en que las mujeres se desmayaban o fingían desmayarse a la vista de una lauchita ha pasado a la historia. Hoy sólo convencer a los que quieren dejarse convencer, y si quiere seguir un consejo tome unos cuantos frascos de neurofosfato y practique deportes, que las generaciones futuras se lo agradecerán.

LOLA PUJOL DE M. (Capital)

Mundo de ocasión

Señor Director:

Lo felicito por la valiente publicación de "Mundo de Ocasión" (MAS ALLA N° 28 y 29). En un mundo técnicamente avanzado, pero cuya estructura social tiende a dividir a los hombres o pone en manos de unos pocos los resultados del progreso científico, éste no tiene objeto y puede convertirse en un castigo para la humanidad. La ciencia social y el progreso técnico-material deben avanzar estrechamente unidos para que ésta no sea objeto de intereses egoístas. Es por eso que la literatura de F. C. no se verá menoscabada si enfrenta de esta manera los problemas sociales y humanos aparejados con los científicos... cuya solución es en realidad el motivo de todo progreso... Hago votos para que MAS ALLA siga siendo siempre el faro guía de las mentes soñadoras de un mundo mejor, con la visión siempre puesta en el más allá irresistible de la ciencia y de los hombres.

RICARDO PORTOS (Capital)

Señor Director:

Es desolador el cuadro de gobiernos omnímodos y depóticos, generalmente sustentados sobre rígidos sistemas policiales, o pueblos doblegados por regímenes coercitivos y económicamente explotados cuando no esclavizados, o típicos sistemas de corte paternalista que mantienen a los pueblos culturalmente embrutecidos para su mejor dirección, o toda clase

de los peores atropellos a la dignidad en aras de determinadas conquistas científicas... Yo creo que el mundo del futuro debería ser un paraíso que todos anhelan alcanzar. Un mundo en que el adelanto científico y espiritual en estrecha mancomunidad, hayan eliminado definitivamente todos los vicios y errores del presente y del pasado. Los cuentos de MAS ALLA, en cambio, nos sitúan en mundos progresistas y retrógrados al unísono, mundos en que la ciencia ha llegado casi a su culminación, pero a costa de barbarie, esclavitud y miseria moral... "Mundo de Ocasión", interesante desde el punto de vista narrativo, describe una organización político-social que es lo más ignominioso que haya podido concebirse.

ADOLFO L. LAVIE (Capital)

Señor Director:

... Los autores se colocan demasiado en épocas pasadas y en la presente. Deben saber que al hacer sus relatos futuristas colocan al hombre bajo regímenes monárquicos, acosados por todos los vicios, bajas pasiones, ansias de poder malhabido, etc. ¡están en un profundo error! Hacen un daño enorme al hablar de la guerra, de ciudades destruidas, de monstruos humanos creados para esos fines, porque forman una psicosis colectiva, haciéndole creer al lector que la guerra es algo fatal e ineludible y le hacen ver el futuro ansiosamente y con intranquilidad. ¡No, señor! El hombre es perfectible, el progreso, la educación, el respeto recíproco de los derechos harán del hombre del futuro un ser adornado con las más bellas virtudes, un ser que habrá borrado de su mente y del diccionario la palabra guerra.

JULIO L. CASTILLO (Capital)

Señor Director:

"Mundo de Ocasión" es una novela extraordinaria con sus muchas ideas originales. Son esas novelas excepcionales las que prestigan su revista.

ERWIN BAUMGARTNER (Castelar)

Señor Director:

Calificativo: regular. Tema barato y tonto. ¿Quiénes son los cónsers? La clase más baja, atropellada y pisoteada por los capitalistas. Sería conveniente que la revista se apartara de temas escabrosos, definitivamente políticos, que la perjudiquen. No hay que ir precisamente "más allá". Encaremos el problema socialmente, pero sin enjuiciar ni exagerar los errores de cada cual.

FELIX A. DE BAZAN CHRYSTTI
(Lima, Perú)

El hombre aniquilado (MAS ALLA
Nº 30)

Señor Director:

... Es un cuento maravilloso, grandioso, pero también bastante incomprensible. Eso es lo mejor del cuento. Pero hay una cosa con la que no estoy de acuerdo con el autor: está bien que la vida se mecanice, que la industria se mecanice, ¡pero eso de mecanizar a la justicia ya es el colmo! Para hacer justicia se necesita algo más que conocer a fondo los reglamentos y las leyes, se necesita también tener

un poquito de alma y comprensión humana, cosa que una máquina, por más perfecta que sea, no tiene. ¿No le parece?

MAURICIO KITAIGORODZKI
(Capital)

☐ Esperemos que en el futuro la justicia no sea objeto de tantas versiones contradictorias. Su mecanización podría ser peligrosa, pero también lo son la serie de sentimientos subjetivos que se apoderan de los hombres y hacen que la justicia se convierta en un juguete en sus manos.

Señor Director:

"El hombre aniquilado" es un jeroglífico al cual es necesario leerlo dos veces para poder ubicar los personajes, es un juego con una mezcla de brujos, policías y pistoleros. Uno lee y tensión y más tensión, cuatro sí, tres sí, uno no, dónde está la muchacha, tensión dijo el tensor, y la disención empezó sí, no, disculpeme, ya me contagié yo también. Lo que pasa es que la disención empezó cuando comenzó esta novela y cuando aparece el hombre sin rostro (lindo título para una de pistoleros). El personaje del hombre sin rostro tiene un final poco original, hubiera sido más interesante que después de tanto esfuerzo por parte de los perexores le hubieran presentado al pobre Ben la cara del autor para que se desquitara de todo lo que le hizo hacer durante el desarrollo del cuento. Lector a autor: encuentre pronto a la muchacha que ya no aguantará más. Autor a lector: aguanten que al final es lo mejor. Lector a lector: vamos a sondear al director para averiguar por qué publicó esta novela. Director a lector: prometo no hacerlo más, lástima de muchas hojas perdidas. Director lectores y autor: ¡estamos salvados! Somos todos del gremio. Estamos todos en paz. ¡Ya somos todos perexores!

ROBERTO M. GAMALLO (Capital)

Editoriales

Señor Director:

Los editoriales de MAS ALLA conservan su esplendor y brillo primitivo. Si se clasificaran ocuparían para mí el primer puesto.

CARLOS SOSA (Montevideo)

Señor Director:

Con referencia a "La Esfinge sacudida", le diré que el título es incorrecto. Al resolver el "Espaciotest" la sacudida la recibimos nosotros y no la esfinge, que sigue y seguirá impassible, porque conocimientos inalcanzables siempre habrá.

JULIO E. PERRIN (Tigre)

Señor Director:

MAS ALLA se ha convertido en mi revista favorita, me gusta tal como es, con chistes malos, tests difíciles, editoriales extraordinarios (esos nunca fallan) con artículos científicos interesantes y cuentos y novelas buenos, malos, excelentes y algunos pésimos o muy buenos.

MIGUEL O. RAMIREZ (Capital)

respuestas de la sección científica

Tri - Di

¿Cómo se filman las escenas tridimensionales? ¿Acaso es con una cámara con tres objetivos? Las cámaras que pasan las películas, ¿son de tipo especial?

PIMPINELA (Mar del Plata).

Hay varios tipos de TRI-DI. Un tipo, difundido en Rusia consiste en una pantalla normal, delante de la cual se halla una grilla de muchos hilos, colocados verticalmente. La proyección se logra con dos películas (una por imagen) y, por lo tanto, dos proyectores. La grilla y la pantalla están dispuestos de manera que la luz de uno de los proyectores vaya a caer exactamente sobre la sombra de los hilos de la grilla, que la luz del otro proyector forma sobre la pantalla. Si se viera la pantalla en ausencia de grilla, se vería un cuadro formado por muchas bandas de una imagen, alternadas con las de la otra imagen. Pero, como el espectador ve la pantalla a través de la grilla, resulta que los hilos de la grilla cubren enteramente, para un ojo, las bandas de una imagen, dejándole ver las de la otra; y para el otro ojo, al contrario. Así se consigue el efecto deseado, de relieve; cada ojo ve su imagen, y el conjunto da justamente esa sensación.

Otro sistema TRI-DI emplea anteojos, con un cristal rojo y el otro verde. Las dos imágenes, también en rojo y en verde, aparecen superpuestas sobre el mismo fotograma, y los anteojos actúan de la siguiente manera: el ojo con lente rojo ve sólo la imagen verde, y el ojo con lente verde ve la imagen roja. Este sistema es llamado "Metroscope" por la Metro, y es muy antiguo y económico. Sólo requiere una máquina de proyección normal, y los anteojos. Inconveniente: produce dolor de cabeza y no permite la proyección de la película en colores.

Otro sistema es el de la "visión natural". La proyección se consigue con dos películas y dos máquinas normales, cada una provista de una lente polarizada (horizontal y vertical). El espectador mira con anteojos provistos de lentes polarizantes,

de tal modo que el ojo provisto de una lente polarizante horizontal sólo ve la luz que pasa por la lente polarizante del proyector también horizontal. Se requiere una pantalla metalizada, que no anule la polarización de la luz por reflexión. Este sistema ha sido objeto de modificaciones, por medio de un juego de prismas que permiten hacer converger (moviendo solamente los prismas) los dos objetivos hacia el punto principal de la imagen. El efecto de la convergencia hace aparecer en proyección el punto hacia el cual los objetivos convergen en la toma, a la misma distancia de la pantalla; los puntos más distantes aparecen más allá; los más próximos, entre la pantalla y el espectador.

Otro sistema requiere una pantalla grande, en la que el borde no se ponga de manifiesto. No es propiamente un sistema estereoscópico, sino más bien estereofónico; porque se procura aumentar el efecto realista, agregando un sistema sonoro adecuado. El "cinerama" fué el primer intento. Hay que tomar la escena con tres máquinas sincronizadas sobre el fotograma cuadrado o rectangular. Se proyecta luego con tres máquinas sobre una pantalla cóncava y grande (tres veces mayor que las corrientes); la amplitud de la pantalla cubre el ángulo visual del espectador. Es un sistema muy complicado y costoso. El "cinemascope" consigue el mismo efecto con una sola máquina en la toma y en la proyección. Requiere un objetivo especial, que obtenga un efecto similar al de los conocidos espejos deformantes: comprime ciertas escenas y las extiende en la proyección sobre una pantalla bastante grande, mayor que las corrientes. La posibilidad de la tercera dimensión se logra con seis.

Motores en el vacío

¿Es posible que un motor, colocado en una cámara al vacío absoluto, pueda funcionar y levantarse y moverse, dentro de ella?

CARLOS YRARRAZABAL WILSON
(Santiago de Chile)

Sí, es posible; basta con que el motor lleve consigo su propio combustible y com-

burente y emplee el sistema de propulsión a reacción. Es claro que entonces el vacío de la cámara dejará de ser tal, debido a los gases de combustión. Pero en principio, no hay ningún inconveniente para que el motor funcione. La razón de su funcionamiento está en la ley de acción y reacción, o también, en el principio de conservación del impulso: al expulsar los gases por la tobera, éstos se llevan un impulso mv (m : masa de los gases; v : su velocidad); por lo tanto, el motor debe recibir un impulso en sentido contrario, también de valor mv , a fin de que haya conservación del impulso.

Tensión superficial

Quisiera saber qué fuerza contiene el mercurio que, al caer una gota sobre la mesa, forma una bolita casi imposible de tomar y que corre hacia todas partes.

TOMAS JUAN GRONDONA (Carapachay)

Las fuerzas que actúan son las de tensión superficial.

Velocidad de la luz

Según la teoría de Einstein, yendo a la velocidad de la luz se puede llegar al pasado. Pero, si vamos a esa velocidad, ¿no se desintegrarían nuestros cuerpos por la presión que ejerceríamos en el espacio? ¿o quedaríamos flotando en él, sin poder retornar a nuestro tiempo?

E. GALIMBERTI (Capital).

Superando la velocidad de la luz se podría ir al pasado. Durante el proceso de aceleración, si se realiza muy violentamente, ocurriría lo que usted dice, debido a la inercia y al aumento de la masa con la velocidad. Pero si la aceleración se hace paulatinamente, es decir, si nos tomamos suficiente tiempo hasta alcanzar la velocidad de la luz, y el proceso ocurre en el vacío y lejos de todo cuerpo que pueda ejercer atracción gravitatoria, no hay razón para que ocurra lo que usted

sugiere ya que entonces no habría ninguna presión.

Espacio y tiempo kantianos

Según Kant, todo lo que conocemos por medio de los sentidos, lo conocemos en términos de espacio y de tiempo; la extensión en el espacio y la existencia en el tiempo, no son propiedades pertenecientes a las cosas, sino propiedades de nuestra receptividad sensorial. Las cosas existen independientemente del espacio y del tiempo, pero nosotros nunca podemos percibir las fuera de ellos; nosotros sólo percibimos los fenómenos, pero no las cosas en sí, o números. El espacio y el tiempo serían formas a priori de nuestra intuición sensible. ¿Qué opina la ciencia actual de esta posición filosófica? ¿Puede ser refutada? JOSE A. NAPOLITANO (h.), (Pergamino)

Sí, esa posición filosófica ha sido refutada por Einstein. Nuestras experiencias sensoriales nos conducen a la noción de ordenamiento temporal, o sea, el tiempo subjetivo como esquema ordenado de nuestras experiencias. El tiempo subjetivo conduce luego, por medio de los conceptos de cuerpo sólido y de espacio, al concepto de tiempo objetivo; pero antes de éste está ya el de espacio, y antes de éste, a su vez, el de cuerpo sólido, vinculado directamente a nuestras sensaciones. Y más importante aún que el concepto de cuerpo sólido, lo es el de cuerpo rígido, que constituye la base empírica del concepto de espacio. El concepto de espacio es útil, pero no indispensable para la geometría, es decir, para la formulación de las reglas sobre las posiciones relativas de los cuerpos rígidos. En cambio, el concepto de tiempo objetivo es imprescindible para la formulación de la dinámica; está, además, íntimamente ligado al concepto de continuo espacial.

Le sugerimos la lectura del trabajo de Einstein, titulado "Physics and reality", aparecido en 1936 en el "Journal of the Franklin Institution", y que está reimpresso en el libro del propio Einstein, titulado "Out of my later years" (N. Y., 1950).

MAS ALLA

escriba claro

Av. Alem 884
Buenos Aires

Deseo obsequiar con una suscripción anual de **MÁS ALLA** a las siguientes personas:

nombre

dirección

nombre

dirección

nombre

dirección

Adjunto cheque o giro postal a la orden de **MÁS ALLA** por:

m\$**n.** 60.- por la primera suscripción

„ por suscripciones adicionales (m\$**n.** 50.- cu.)

m\$**n** Total de mi remesa.

EN EL EXTRANJERO:

US\$ 4.50 ó m\$**n.** 80.- por la primera suscripción

„ „ por suscripciones adicionales (US\$ 4.- ó \$ 70.- cu.)

US\$ Total de mi remesa.

Para mí, envíenme sin cargo los tres siguientes números de **MÁS ALLA**:

Nº, Nº, Nº

mi nombre

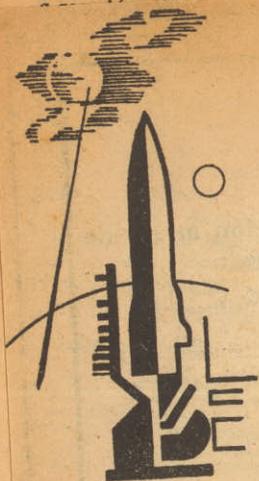
mi dirección

Imp. en Abril - Diciembre 1955
Industria Argentina

más allá. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 507981. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta Nº 574
INTERES GENERAL
Concesión Nº 4923

CORREO ARGENTINO Central B



regale el porvenir...

✦ ...un porvenir cargado de emociones, de conocimientos útiles, de aventuras a través de todos los tiempos y de todos los espacios.

✦ ...regale una suscripción a

más allá

- Su obsequio será anunciado con una elegante tarjeta que llevará a sus amigos sus augurios de Año Nuevo y la noticia de que usted les ha hecho el regalo más original y más grato.
- Y, para usted, un simpático obsequio de parte de MAS ALLA: tres ejemplares diferentes de los números ya publicados de la revista. Elija los números que contienen las novelas que usted desea leer o los que necesita para completar su colección. El aviso de la página 53 le ayudará en la selección.
- Llene la página siguiente, recórtela a lo largo de la línea punteada y envíela a MAS ALLA.

pe
de
ta
bi
sa
se
ton
la
rre
pue
hay

má
ley.
Pro
C.

la vida color de mosca

Más de un filósofo hay que pretende que todos los males del mundo se acabarían si pudiéramos ver las cosas con los ojos de nuestros contrincantes. Todavía la ciencia no ha llegado tan lejos, pero sí lo bastante como para mirar el mundo a través de los ojos de una mosca. El resultado puede apreciarse en las dos fotografías que ilustran esta página. La de la izquierda es de un bichito de la madera; la de la derecha, un edificio situado a doscientos metros de distancia. Ambas se obtuvieron enfocando una microcámara sobre los conos detrás de la córnea de una mosca.



en este número
más allá presenta:

la aguja

novela de Jerry Sohl

La desaparición de algunas
víctimas, el sacrificio de
algunos héroes...
¿representan un triunfo
de la ciencia o una
catástrofe universal?

la conquista de la luna

ilustrado por Chesley Bonestell

estaciones espaciales marcianas

un artículo de Willy Ley

correspondencia

un diálogo vivaz y polémico
entre la revista y sus lectores

- **cuentos**
- **artículos**
- **notas científicas**
- **especiotes**

\$ 6.-